

JEAN ECHENOZ

AL PIANO



Lectulandia

Un célebre pianista, Max Delmarc, va hacia la sala de conciertos donde le espera, como siempre, un público entregado. Y, también como siempre, experimenta una angustia previa, la tentación de beber para calmarse. Pero su acompañante se lo impide. Ovación y ya pueden seguir los tragos. Así se repiten los rituales, con el recuerdo de Rose, la violoncelista del Conservatorio, que le persigue aún treinta años después. Hasta que el pianista se despierta en un Centro donde encontrará a estrellas de cine y a un ángel guardián de nombre con resonancias diabólicas, Béliard...

Lectulandia

Jean Echenoz

Al piano

ePub r1.0

Titivillus 01.06.16

Título original: *Au Piano*
Jean Echenoz, 2003
Traducción: Javier Albiñana

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

I

1

Dos hombres aparecen al fondo del bulevar de Courcelles, provenientes de la calle de Rome.

Uno de ellos, de estatura ligeramente superior a la media, no habla. Bajo una amplia gabardina clara y abrochada hasta el cuello, lleva un traje negro con pajarita negra, y unos pequeños gemelos montados con cuarzo-ónice resaltan sus inmaculadas muñecas. Va muy bien vestido, pero su rostro lívido, sus ojos fijos en no se sabe qué denotan un temperamento inquieto, lleva el pelo blanco peinado hacia atrás. Tiene miedo. Morirá violentamente dentro de veintidós días pero, como no lo sabe, el miedo no le viene de ahí.

El hombre que le acompaña tiene un aspecto totalmente distinto: más joven, notoriamente menos alto, menudo, locuaz y demasiado sonriente, se toca con un sombrero de cuadros oscuros y beige, viste un pantalón descolorido a retazos, un jersey deforme sin nada debajo, y calza mocasines jaspeados de humedad.

Está bien tu sombrero, acaba observando el hombre bien vestido en el momento en que alcanzan la verja del parque Monceau. Son las primeras palabras que pronuncia desde hace una hora. Usted cree, se inquieta el otro. En cualquier caso es práctico, no cabe duda, pero estéticamente no sé muy bien qué pensar. No era mío, desde luego, a mí no se me hubiera ocurrido comprar algo así. No, no, dice el elegante, está bien. Se lo encontró mi hijastro en el tren, precisa el otro, se lo olvidaría alguien. Pero era pequeño para él, sabe usted, mi hijastro tiene una caja craneana muy voluminosa, además tiene un cociente intelectual sorprendente. En cambio es exactamente de mi talla, lo que no quita para que yo sea más tonto, bueno, tampoco más tonto que otros. Hombre, podríamos dar una vueltecilla por el parque.

A ambas partes de la rotonda donde montan guardia los vigilantes del parque, estaban abiertos los dos portales monumentales de hierro forjado y dorado. Los dos hombres los cruzaron, entraron en el parque y, por un momento, el más joven pareció dudar respecto a qué dirección tomar. Disimulaba su indecisión hablando sin cesar, como si no estuviera allí más que para distraer al otro, para procurar que se olvidase de su miedo. Y tal era en efecto su papel, pero, por más que se dedicara a ello a conciencia, no parecía acabar de lograrlo plenamente. Antes de llegar al parque, había abordado distintos temas de carácter político, cultural y sexual, pero sin que su monólogo suscitara la menor respuesta, sin que todo aquello se tradujera en conversación alguna. Apenas entraron en el parque, dirigió una recelosa mirada circular que abarcó desde los tuliperos de Virginia hasta los nispereros de Japón: cascada, rocallas, céspedes. El otro sólo parecía mirar al interior aterrorizado de sí mismo.

El otro, que se llamaba Max Delmarc, tenía unos cincuenta años. Pese a disfrutar de unos ingresos considerables, pese a ser famoso a ojos de más de un millón de personas y haberse sometido desde hacía veinte años a toda suerte de tratamientos

psicológicos o químicos, estaba muerto de miedo y, cuando ese sentimiento le invadía hasta ese punto, de ordinario enmudecía por completo. Tengo sed, Bernie, dijo Max, creo que tengo un poco de sed, ¿y si nos pasáramos por tu casa? Bernie lo examinó muy serio. Creo que no sería muy acertado, señor Max, dijo, al señor Parisy no le haría mucha gracia. Acuérdesse de la última vez. Venga, hombre, si vives a dos pasos, insistió Max, sólo una copita. No, dijo Bernie, no, pero si quiere puedo llamar al señor Parisy. Podemos preguntárselo. Bueno, se resignó Max, déjalo estar.

Pero, comoquiera que acababa de ver a la izquierda un quiosco donde vendían gofres, bebidas frescas y cuerdas de saltar a la comba, caminó con firmeza hacia dicho establecimiento. Bernie, que le había seguido, adelantado y precedido hasta la carta de bebidas colgada junto a la caja, consultó rápidamente aquella carta antes de que llegara Max. Correcto, no hay alcohol. ¿Quiere usted un café, señor Max? No, contestó Max decepcionado por la lectura de la carta, es igual. Echaron a andar. Pasaron ante un busto de Guy de Maupassant que se alzaba sobre la estatua de una muchacha; luego, tras cruzar un césped, ante una estatua de Ambroise Thomas acompañado de otra muchacha y, un poco más allá hacia el este, ante Édouard Pailleron dominando a otra muchacha de piedra que le contempla extasiada. Daba la impresión de que, en aquel parque, las estatuas de los grandes hombres temiesen la soledad, pues todos tenían a una joven a sus pies. Y ya en franca progresión, justo detrás de la cascada, no menos de tres compañeras —una de las cuales había perdido los dos brazos— había necesitado Charles Gounod. Pero Bernie prefirió evitar que pasaran delante del monumento conmemorativo de este compositor. Peor aún, tan pronto divisó a lo lejos, pegado al espacio de juegos reservado a los niños, el de Federico Chopin: hostia, se dijo Bernie, Chopin. Ése sí que no. Cambió apresuradamente de dirección, hizo dar media vuelta a Max y distrajo su atención alabando la variedad, la abundancia y la policromía de la vegetación, precisando la avanzada edad del arce blanco y el diámetro del plátano de Oriente. Pero observe usted qué belleza, señor Max, dijo entusiasmado. El mundo es hermoso. ¿No le parece hermoso el mundo? Sin aminorar el paso ni contestarle, Max fingió echar una ojeada al mundo y se encogió levemente de hombros. Está bien, dijo Bernie con aire contrito, pero reconozca al menos que está muy bien iluminado.

Después de que Bernie hubiera arrastrado a Max por todos los rincones del parque con excepción del sector Chopin, de que hubiera tratado de que contemplara el estanque oval, la pirámide y su piramidón, y que hubiera consultado discretamente el reloj, enfiló hacia una salida del parque tomando la avenida de la Comtesse-de-Ségur, en la que se hallaba sentado Alfred de Musset. Ningún problema con Musset, salvo que también le faltaba el brazo derecho a la joven que, inclinada sobre él, posaba la mano izquierda en el hombro izquierdo de Alfred.

Las siete y treinta y cinco minutos, final de primavera fluctuante, pero el sol seguía presente. Apenas empezaba a ponerse cuando los dos hombres se dirigieron por la avenida Van-Dyck hacia el oeste y abandonaron el parque. Desde su tentativa

de tomarse una copa, Max no había vuelto a decir esta boca es mía, mientras Bernie, ejerciendo rigurosamente su función, no dejaba de hablarle al tiempo que le vigilaba. Max sólo se había alejado de él durante dos o tres minutos, discretamente, lo justo para vomitar de miedo tras un robe de Hungría. Pero como ya había vomitado dos veces aquella tarde, sólo expulsaba bilis tras una dolorosísima sucesión de espasmos. Al salir del parque, subieron por una calle paralela a la avenida Hoche y tomaron la primera a mano derecha, en cuya esquina había un bar. Max intentó de nuevo invitar a Bernie, a lo cual éste se negó silenciosamente. Unos metros más arriba, llegaron al número 252.

Entraron. Escaleras, pasillos, corredores, puertas que se abrían y cerraban hasta llegar a un amplio espacio oscuro atestado de cuerdas, poleas, grandes cajas abiertas y muebles movidos de sitio. Flotaba en el aire un rumor de oleaje o de multitud. Eran las ocho y media en punto. Max se acababa de quitar la gabardina y de pronto, cuando menos se lo esperaba, Bernie le empujó enérgicamente en la espalda, al otro lado de la cortina, y el oleaje se transformó de inmediato en tempestad. Y allí estaba el piano.

Allí estaba, el terrible Steinway, con su amplio teclado blanco dispuesto a devorarte, esa monstruosa dentadura, que va a triturarte con su marfil y su esmalte, te espera para despedazarte. Max estuvo a punto de tropezar debido al empujón de Bernie, pero recobró justo a tiempo el equilibrio y, sumergido en la tromba de aplausos de la sala abarrotada que se había puesto en pie para recibirle, se dirigió titubeante y sofocado hacia los cincuenta y dos dientes. Se sentó delante del piano, el director blandió la batuta, de inmediato se hizo el silencio y venga, vuelta otra vez, no puedo más. Esto no es vida. Bueno, tampoco exageremos. Hubiera podido nacer y acabar en Manila, vendiendo cigarrillos a granel, o de limpiabotas en Bogotá, o de lavaplatos en Decazeville. Ya puestos, vamos allá, primer movimiento, *maestoso*, del Concierto n.º 2 en fa menor, op. 21, de Federico Chopin.

2

Desde la sala, ni siquiera desde la primera fila, nadie se imagina que es tan difícil. Incluso parece evidente que no lo es.

Y, en realidad, Max tampoco tarda tanto en desenvolverse bien. Tan pronto como la orquesta se pone a desgranar la larga introducción, se tranquiliza un poco. Y una vez le toca a él, una vez entra en el movimiento, todo va mejor. Su miedo se aplaca al cabo de unos compases, y se desvanece en cuanto se le escapa una nota en falso: nota en falso de las buenas, dentro de un pasaje muy rápido, de las que se funden en la masa y no se notan. Una vez sobreviene la nota, Max se siente liberado. Ahora domina la situación, aquello es un paseo, sabe lo que se lleva entre manos. Cada semitono le habla, cada suspiro es certero, las series de acordes se posan cual aves danzarinas, desearía que aquello no se parara nunca, pero no, fin del primer movimiento. Pausa. El público suelta sus tosecillas a la espera del siguiente, carraspea, expulsa mucosidades de los bronquios contaminados, cada cual se aclara el respiradero como puede, y comienza el segundo movimiento, *larghetto*: lento, meditativo, tremendamente expuesto, no es cosa de equivocarse, Max no se equivoca ni una sola vez, todo marcha sobre ruedas. Unas pocas toses más y llega el tercero, un *allegro vivace* elegante, verás tú cómo me despacho esto, vaya, hombre, otra nota en falso en el compás 200, siempre patino en el mismo sitio al final, pero de nuevo queda camuflado por el movimiento, tampoco se han enterado, ya llegamos, ya casi estamos, descenso y ascenso cromáticos, cuatro subrayados de la orquesta, dos acordes conclusivos y ya está, solucionado, bravo, saludo, bravo, telón, bravo, ninguna llamada a escena, se acabó la historia.

Agarrotado de cansancio pero superado ya el miedo, Max subió a su camerino atestado de flores. Pero qué hace aquí tanta flor, exclamó irritado, sabes perfectamente que no las soporto, ahora mismo te llevas todo esto de aquí. Voy, voy, dijo Bernie, quien se apresuró a recoger las flores y salió cargado como un coche fúnebre mientras Max se dejaba caer en su silla, ante una consola desordenada rematada por un espejo al fondo del cual, en la penumbra, Parisy se enjugaba el cuello con un Kleenex hecho una pelota. Ah, dijo Max sin volverse y disponiéndose a desabrocharse la camisa, está usted aquí. Ha sido excelente, sonrió el agente. Lo sé, dijo Max, creo que sí. Pero no me apetece mucho volver a tocar eso, lo conozco demasiado. Además, la partitura de la orquesta es bastante floja. Se nota a la legua que lo de Chopin no era eso. Y en general empiezo a estar un poco harto de las orquestas. Mientras se desabrochaba el botón de arriba, éste saltó de la camisa para ir a zozobrar en el marmágnum de la consola. De todos modos, dijo Parisy acercándose, ya solo tiene usted recitales hasta el verano, sabe. Berlín.

Max, que seguía sin volverse mientras buscaba el botón fugitivo, vio ampliarse la figura maciza y despoblada de Parisy, físico de *lukum* retráctil con gruesas gafas, traje cruzado, sudor crónico y tesitura de tenor ligero. Recuérdeme el programa, dijo Max.

Tiene usted Nantes el fin de semana, contestó Parisy, tiene el recital en la sala Gaveau el 19, y luego ya nada más hasta esa cosa para la televisión. Además han llamado de Japón, quieren saber cuándo podrá reanudar las grabaciones para la integral de Chausson, necesitan saber una fecha para reservar el estudio de Cerumen. Necesito tiempo, dijo Max, todavía no estoy preparado. El caso es que les gustaría saberlo cuanto antes, recalcó Parisy, tienen que organizar su planning. Necesito tiempo, repitió Max, tengo sed. ¿Dónde está el chico?

Bernie había vuelto, ya sin las flores. Estaba junto a la puerta, a la espera de nuevas órdenes. Me tomaría una copa, Bernie, señaló Max, siempre sin volverse, arrinconando por fin el botón francotirador entre dos jarrones vacíos. Bernie abrió una alacena y extrajo un vaso y una botella, material que depositó en una bandeja ante Max, tras despejar un poco la consola. Enseguida vuelvo, dijo Bernie, voy a buscar cubitos al bar de Janine. Sin aguardar a que éstos llegaran, Max llenó unas cuatro quintas partes del vaso ante la mirada reticente del agente, que seguía colmando el espejo con su imagen. Parisy, por favor, no me toque las narices, hemos quedado en que, después de los conciertos, puedo. Antes vale que no, pero después puedo. Más que nada, matizó Parisy, es porque no le quedará sitio para los cubitos. Eso es cierto, dijo Max apurando la mitad del vaso de un sorbo. Ve, ahora ya queda sitio. Parisy meneó la cabeza mientras buscaba un Kleenex limpio en el bolsillo e hizo un mohín al comprobar que era el último. Estrujó el envoltorio y lo arrojó a la papelera al tiempo que Bernie reaparecía con un cubo de hielo isoterma amarillo y blanco. Gracias, Bernie, no, no necesito pinzas. Al contrario. Max se puso dos cubitos en el vaso y se pasó otro por la frente, las sienes y el cuello. Acto seguido continuó dirigiéndose a Parisy a través del espejo: qué haría yo sin Bernie, dijo. Claro, claro, asintió vagamente el agente. Hablando de eso, intervino tímidamente Bernie. Qué, dijo Parisy. Una cosa que quería decirle, contestó Bernie. Me veo obligado a pedirle que me suba un poco el sueldo, si es posible, claro. Ni hablar, contestó secamente Parisy. Es que tengo muchos gastos, argumentó Bernie, por ejemplo tengo un hijastro que es muy inteligente, y le pago yo los estudios. Tiene un cociente intelectual muy alto, sabe usted, tengo que matricularle en escuelas de élite, que salen carísimas. Bobadas, sentenció Parisy.

Tenga en cuenta también, recalcó Bernie, que mi trabajo es delicado. Cuidar del señor Max en todo lo que necesite, controlar su régimen alimentario (Max sonrió al oír esas palabras) levantarle la moral cuando no se ve con ánimos para tocar, todo eso supone una responsabilidad muy grande. Por otra parte, subrayó, animarle todas las noches a que salga al escenario no se crea que es fácil, a veces se resiste. El señor Max es un artista, resumió Bernie, se debe a su público, y hágase cargo de que en cierto modo todo depende de mí. Pero estaré soñando, dijo Parisy. Perdóneme, intervino Max, pero yo apoyo totalmente al chico. Es un muchacho que me resulta imprescindible y si no le tengo a mi lado no respondo de nada. Parisy, bañado en sudor, estrujó el Kleenex, buscó otro hasta que recordó que no le quedaban más, y se

restregó la frente con la manga. Tengo que pensarlo, dijo, ya hablaremos. ¿Por qué no lo hablamos ahora?, preguntó Bernie. Tiene razón, dijo Max, ¿por qué aplazar el asunto? Sentémonos, suspiró Parisy extrayendo del bolsillo un pequeño objeto oblongo, tipo móvil o maquinilla de afeitar eléctrica. Con mucho gusto, dijo Bernie mientras Max apuraba el vaso y se levantaba. Bueno, les dejo que lo solventen ustedes, dijo. Cuando salió del camerino, Parisy acababa de pulsar un botón situado en el extremo del objeto oblongo, que resultó ser un pequeño ventilador de pilas y cuyo ruido de carraca Max oyó decrecer hasta que llegó al extremo del pasillo.

3

Cuando Max regresó de la sala Pleyel, Alice hizo como si nada, dado que dormía. Ocupaban en el distrito dieciocho, por la zona de Château-Rouge, dos plantas bastante amplias dispuestas para que pudieran vivir los dos con total independencia, ella arriba él abajo, sin siquiera cruzarse durante el día si no les apetecía.

Max cerró silenciosamente la puerta de entrada antes de pasar a su estudio: un gran piano, un pequeño despacho y una minúscula nevera como las de las habitaciones de hotel, estanterías repletas de partituras y un diván. Allí transcurría la mayor parte de su existencia, comunicado con el piso superior del dúplex por un teléfono interior, y aislado de la calle por dos ventanas con doble cristal. Como todo estaba bien aislado acústicamente, Max podía hacer el ruido que le diera la gana sin exponerse a despertar a Alice y, tras sacar bebida de la nevera, levantó la tapa del piano. Dejó el vaso sobre el instrumento y se quedó contemplando el teclado. No hubiera sido mala idea repasar los dos errores de ejecución del concierto de la noche, aislar esos pasajes, estudiarlos, desmontarlos como pequeños relojes, dos pequeños mecanismos para luego darles cuerda tras encontrar el fallo, reparar el engranaje defectuoso para la vez siguiente. Pero ese concierto, en el fondo, lo tengo ya muy visto. Y además estoy cansado.

Lo mejor sería darse una ducha, volver al estudio, coger el vaso y llevárselo a la habitación. Aun así, ya en la cama, Max siguió pensando en sus dos errores, al principio del primer movimiento y en el segundo tercio del tercero. Tampoco era tan grave, no eran notas en falso de las malas. Dar una nota en falso, incluso un acorde, no acarrea consecuencias cuando se oculta con un gesto amplio, en tales casos el error queda disimulado en medio del torrente de notas, nadie lo advierte aparte de mí. Más fastidioso hubiese sido pifiar un pasaje en el segundo movimiento, que es menos denso, más frágil, más desnudo, todo el mundo lo habría notado. Pero bueno, no lo pienses más. Mejor piensa en Rose un momento, como cada noche. Y además ya has bebido bastante, no tienes por qué acabarte el vaso. Es tarde, apaga la luz. Bien. Venga, ahora duerme. ¿Qué pasa, que no hay manera? Bueno, esta bien, tómate la pastilla. Con un vaso de agua. He dicho: un vaso de agua. Vamos.

La pastilla le hizo efecto al cabo de veinte minutos, y veinte minutos después cayó en un extraño letargo: durante un puñado de segundos un sueño insustancial agitó la mente de Max mientras sus ojos se agitaban asimismo bajo los párpados. Luego se despertó antes de lo que hubiera deseado, y trató de volverse a dormir, pero en vano: manteniendo los párpados cerrados sin acceder a una auténtica vigilia, le rondaban ideas absurdas, razonamientos desatinados, inventarios sin objeto y cálculos interminables, para volver a sumergirse en breves periodos de sueño.

Vamos, levántate, que son ya las diez pasadas. Venga. Bueno, está bien, un ratito más, pero como mucho a las diez y media en pie. Pues claro, piensa en Rose todo lo que quieras. No es seguro que te sienta bien pero allá tú.

Lo de Rose es una historia que se remonta a la época del conservatorio, en Toulouse, hará como unos treinta años. Rose, que estudia último curso de violoncelo y posee una belleza sobrenatural, tiene un Fiat blanco demasiado grande para ella y del que se apea cada día a la misma hora ante la misma terraza de un bar donde, sentada siempre a la misma mesa, habla únicamente con un tipo barbudo de aspecto hosco que sin embargo no tiene pinta de ser su enamorado, por decirlo así. Cada día está más increíblemente guapa. El único detalle que tal vez se le podría objetar es su nariz, un pelín demasiado arqueada, pero precisamente le sienta de maravilla: una nariz de emperatriz egipcia, de aristócrata española o de ave de presa, en resumidas cuentas una nariz. Max, durante todo ese año, se las ha ingeniado para sentarse en el mismo momento y en el mismo sitio que ella, pero a otra mesa de esa terraza, ni muy lejos ni muy cerca, desde donde contempla a Rose sin atreverse a hablarle — demasiado guapa para mí demasiado guapa, pero qué estarán contándose.

En una sola ocasión se atreve Max a ocupar una mesa muy próxima a la de la joven, ella le pide fuego, lo cual podía interpretarse como un gesto de aproximación, incluso tal vez de aliento pero precisamente no: es un gesto de aproximación tan manido, una actitud de aliento tan convencional que no es digna de tan sobrenatural beldad, e incluso resulta indecoroso el mero hecho de plantearse semejante hipótesis, olvídate de eso olvídate. Max le alarga el mechero con gesto de displicencia, cuidadosamente indiferente, sin que la chispa de ese mechero desencadene la menor explosión emocional, y ahí queda la cosa. Luego continúa mirándola aprovechando que ella mira hacia otro lado, procurando pasar desapercibido, clavando los ojos en ella del modo más discreto posible. Al menos eso cree. Luego llega el verano y Rose vuela hacia las vacaciones y el violoncelo perpetuo. Max deambula por una Toulouse apagada y decide ir a tomar una copa a aquella misma terraza, igual de vacía, donde hay unos pocos clientes, sobre todo turistas pero también está, mira por dónde, el barbudo hosco, y, a falta de otra cosa mejor, Max se pone a charlar con él.

Muy pronto la conversación gira en torno a Rose, y Max, boquiabierto, se entera de que era de él, Max, de quien ella hablaba perpetuamente con el barbas, de él sin cesar, hasta el punto de que el barbas se veía obligado a sugerirle de vez en cuando que cambiara de disco. Resulta que Rose no se atrevía a abordar a Max —al igual que le sucedía a Max con ella—, y tan sólo se aventuró una vez a pedirle fuego. Lo que es peor, según ese informador, si Rose acudía a la terraza cada día, lo hacía exclusivamente porque esperaba ver a Max, tras haber observado que éste tenía la costumbre de sentarse allí. Al enterarse de eso, Max se queda paralizado, petrificado, con síntomas de apnea, olvidando que transcurrido un minuto el hombre necesita respirar, recobrar el aliento, sobre todo cuando le asaltan unas inmensas ganas de llorar. Pero ¿dónde está ella ahora, qué puede hacer para encontrarla, existe alguna dirección donde localizarla? La verdad es que no, le contesta el otro, como ya ha

acabado sus estudios, se ha ido, para siempre, vaya usted a saber adónde.

Desde entonces, Max se pasa una parte de la vida creyendo, esperando, aguardando encontrarla por azar. No transcurre un día sin que piense en ella unos segundos, unos minutos o más, lo cual no tiene mucho sentido. Treinta años después, Rose tal vez viva en el otro extremo del mundo, pues ya tenía, según el informador, ciertas disposiciones para ello, o tal vez incluso esté muerta, sobre ese punto tenía por lo menos tantas como cualquiera de nosotros.

En pie, pues, a las diez y media, Max, tras descubrir su vaso medio lleno junto a la cama, salió a vaciarlo al fregadero y, desnudo en la cocina, preparó el café.

No se asearía hasta el anochecer antes de salir, para ir a tocar o a ver gente. Se vistió con ropa ligera y práctica, holgada como un chándal, camisa de lino beige arrugada y pantalón de algodón ya no muy blanco, pero decididamente parecía que a los botones les daba por caerse uno tras otro, como podía advertirse en las camisas supervivientes. Dos o tres veces por semana, a la primera de cambio, ya fuera debido a un lavado o un planchado demasiado enérgicos por parte de la asistenta o de la lavadora, a un estiramiento muscular, a un movimiento brusco o a una caída espontánea, un hilo demasiado gastado se deshacía, el botón se desprendía del ojal y caía como una hoja de otoño, un fruto maduro o una bellota seca, rebotando y dando vueltas en el suelo durante largo rato.

Luego, todos los días la misma rutina: después del café, el piano. Hace ya mucho tiempo que Max no se ejercita antes de ponerse a tocar. Las escalas y los arpeggios solo le sirven para soltarse los dedos, como ejercicios de estiramiento para ir calentando los músculos. Trabaja directamente con las obras que ha de interpretar, perfeccionando algunos trucos que ha inventado, artificios y argucias técnicas adaptadas a tal o cual obstáculo, durante tres o cuatro horas seguidas. Se mantiene erguido ante el teclado en un estado febril, una mezcla de excitación, desánimo y ansiedad, si bien la ansiedad se impone al cabo de un tiempo a los otros dos estados y, alojada al principio en el plexo, Max siente que invade las zonas circunvecinas, principalmente el estómago de forma más o menos opresiva, convulsiva, hasta que, pasando a eso de la una y media de lo psíquico a lo somático, esa ansiedad se metamorfosea en hambre.

Max buscaba ahora soluciones en la nevera, pero Alice no había hecho la compra, y no había nada satisfactorio para saciar el hambre. Tampoco eso representaba mayor inconveniente, comer solo en casa no le pone a uno especialmente alegre, la ansiedad puede volver a imponerse al apetito hasta destruirlo, hasta impedirle a uno comer mientras el hambre, por su parte, crece cada vez más, y es algo espantoso. Así pues, como sucedía casi siempre, Max saldría a comer por el barrio, donde la amalgama étnica había originado una proliferación de restaurantes africanos, tunecinos, laosianos, libaneses, indios, portugueses, balcánicos o chinos. Había también un japonés aceptable que acababa de abrir a dos calles de allí. Sí, venga, al japonés; Max cogió una chaqueta y se puso en camino. Salió del edificio, subió calle arriba y allí, al llegar al cruce, se topó con ella. No, no con Rose. Con otra.

Esa otra era también, sin duda alguna, una mujer sobrenaturalmente guapa, no del mismo tipo que Rose, aunque quizá algo sí tenía. Max, que había reparado en ella hacia tiempo, no la conocía, nunca le había dirigido la palabra, ni había intercambiado una sola mirada ni una sonrisa con ella. Aunque a todas luces vivía en

su calle, tal vez a unos metros de su casa, se cruzaban de manera intermitente desde hacía años, Max no sabía cuántos a ciencia cierta, algo así como ocho, diez, doce o incluso más, no recordaba cuándo se habían visto por primera vez.

Iba siempre sola, y lo mismo podía encontrársela dos veces en una semana que pasarse varios meses sin verla. Era una mujer alta, turbadora y morena y dulce y trágica y profunda y, tras desgranar todos estos adjetivos cada uno de los cuales designaba sobre todo su sonrisa y su mirada, Max hubiera tenido que hacer ímprobos esfuerzos para describirla. Pero aquella sonrisa, aquella mirada —estrechamente vinculadas entre sí, como interdependientes, y que, para desconsuelo de Max, nunca iban dirigidas a él, pues estaban reservadas a otras personas privilegiadas del barrio, a quienes tampoco conocía Max— no eran los únicos atributos que le intrigaban. Era también, en medio de aquella zona popular, ruidosa, multicolor y en conjunto bastante ingrata y miserable, una extrema elegancia en el porte de aquella mujer —en sus andares, en su presencia, en su modo de vestir— sólo imaginable en los barrios residenciales, tranquilos y ricos. Anacrónica no era la palabra idónea, la palabra sería anatópica pero no existía todavía, al menos que supiera Max, para quien aquel ser inaccesible venía a ser una variación sobre el tema de Rose, una repetición de dicho motivo. Al cruzarse con su persona, Max intentó cruzarse con su mirada, pero tan sólo lo logró durante una fracción de segundo sin suscitar especial muestra de interés por su parte, y doscientos metros más allá estaba el restaurante japonés. Sushi o sashimi.

Sashimi, por variar un poco. Luego regresó a casa para seguir tocando el piano, pues no tenía más motivos para volver a salir. En dos o tres ocasiones tuvo que contestar al teléfono, que por lo general sonaba poco y que, como Max no llamaba casi nunca a nadie, sonaba cada vez con menos frecuencia. A eso de las seis oyó volver a Alice, sin interrumpir por ello su trabajo: pasaría el fin de la tarde perfilando unos matices de los dos movimientos, *Presentimiento* seguido de *Muerte*, de la sonata 1.X.1905 de Janáček, tras lo cual subiría a ver a Alice, que andaba atareada en la cocina. Hombre, diría Max, pescado. Sí, contestaría Alice, ¿por qué? Por nada, diría Max mientras ponía la mesa, me gusta el pescado, ¿dónde has guardado los cubiertos de pescado? Luego cenarían juntos, contándose más o menos sus actividades del día, y verían un rato la televisión, en la que ponían aquella noche *Artists and Models*, película que ya había visto Max, quien, cansado, la apagó poco después de que Dean Martin untara con crema solar la espalda y los hombros de Dorothy Malone mientras le cantaba *Innamorata*. A continuación, se irían a la cama, cada uno a su cuarto.

6

Una semana después del concierto en la sala Pleyel, a Max le quedaban quince días de vida y viajábamos a toda velocidad en el TGV que le devolvía a París, desde Nantes, donde, la víspera por la noche, se había exhibido en la Opéra Graslin con un programa sobre Fauré. Como de costumbre, apenas había tenido tiempo de disiparse en el cuerpo y en la mente de Max el terror que le había producido ese recital cuando, ante la perspectiva de actuar otra vez aquella noche en la sala Gaveau, le oprimía ya un nuevo pavor. Para tratar de diluirlo, para pensar en otra cosa, Max se levantó y se dirigió hacia el bar, desequilibrado por los movimientos del tren y asiéndose a la parte superior de los asientos.

Había muy poca distancia hasta el bar, a esas horas casi vacío y desde donde podía contemplarse el paisaje tranquilamente, si bien gruesas varillas horizontales en medio de los cristales, incomprensiblemente colocadas a la altura de los ojos, obligan a inclinarse o a ponerse de puntillas para contemplar el paisaje, por lo demás carente de interés. Tras pedir una cerveza, Max sacó del bolsillo izquierdo un teléfono, en cuyo teclado marcó un número. Sí, dijo Parisy descolgando de inmediato. Ah, es usted, ¿cómo le ha ido en Nantes? Pues verá, no muy mal, contestó Max, pero lo de la habitación era un puro escándalo. Ah, sí, dijo Parisy preocupado, ya veo. Pero ¿cómo se le ha ocurrido reservarme una habitación para minusválidos?, preguntó Max.

A decir verdad, aquella habitación de aspecto clínico, con cama especial y sanitarios elevados, barras en todos los rincones para agarrarse, bañera con asiento, ventana expuesta al norte desde la que se dominaba una zona del parking, cuyas señales en el suelo indicaban que estaba también reservada para los minusválidos, no era precisamente como para levantar el ánimo a un hombre solo, y menos a un artista solo y aterrorizado. Ya sé, ya sé, reconoció Parisy, pero le aseguro que no pudimos encontrar nada mejor. Debían de celebrarse congresos o algo parecido en Nantes, y estaban completos todos los hoteles. Puede ser, dijo Max, pero aun así. Sabe usted, argumentó Parisy, no todo son desventajas en ese tipo de habitaciones, por ejemplo, son mucho mayores que las otras. Y no sé si se fijó, pero las puertas son mucho más anchas. ¿Por qué más anchas?, preguntó Max. Porque tienen que caber dos sillas de ruedas, explicó Parisy. ¿Por qué dos?, preguntó Max sorprendido. El minusválido tiene derecho al amor, recordó Parisy. Puede ser, repitió Max, pero bueno, es que no había ni minibar. El minusválido es sobrio, observó fríamente Parisy. Está bien, está bien, dijo Max. Hasta luego. Y, tras apurar su cerveza, adquirió en el bar tres botellines de aguardiente que se metió en el bolsillo derecho antes de regresar a su asiento.

En preferente, sección de fumadores, Max disponía de una butaca solitaria en un conjunto de cuatro asientos vacíos. Una de las cosas buenas que tenía el TGV, en aquella época, era que en el coche 13 la clase preferente para fumadores estaba pegada al bar, lo cual podía simplificar las cosas. Un hombre que venía de la sección

de no fumadores se acercó a preguntarle si estaba libre alguna de aquellas butacas, precisando que no se quedaría mucho tiempo, lo justo para fumarse uno o dos cigarrillos. No faltaba más, dijo Max con ademán hospitalario, como si estuviera en su casa. Dándole las gracias y sacando cigarrillos y un mechero, el hombre clavó una mirada un tanto insistente en Max, quien se preguntó si el otro le había identificado. Al fin y al cabo, como en ocasiones salía su cara en los periódicos, en las revistas especializadas, en carteles o en carátulas de discos, a veces alguien le reconocía y se acercaba a hablarle, curiosamente más a menudo en los transportes públicos que en otros lugares. Nunca era desagradable, desde luego, por más que en ocasiones fuese embarazoso, pero aquella mañana, en aquel tren, a Max se le hacía largo el tiempo y no le hubiera hecho ascos a entablar un poco de conversación. Pero no: una vez carbonizado su Marlboro, el otro se quedó dormido frente a él, con la boca abierta. Max distinguía perfectamente un empaste oscuro en la parte superior de su mandíbula derecha. Está bien, qué se le va a hacer, Si además siempre pasa eso. Cuando uno sabe que es un poco conocido, siempre resulta que la gente le conoce un poco más o un poco menos de lo que uno cree, depende. ¿Qué puedo hacer para pasar el rato? Encogiéndose interiormente de hombros, Max sacó del bolsillo el primer botellín.

Mucho antes de que se detuviera el tren, los pasajeros se levantaron de los asientos, cogieron sus bolsas y se agolparon junto a las puertas. Salvo Max, que se apeó muy lentamente del vagón después de todo el mundo. Bernie, que le esperaba en el andén 8 de la estación de Montparnasse, advirtió de inmediato que algo no iba bien. Acudió corriendo, asió a Max del brazo, procurando mantener el timón lo más recto posible hacia la salida de la estación al tiempo que no paraba de hablar, informando al pianista de que la crítica del último concierto en la sala Pleyel había sido unánimemente elogiosa (bueno, eso me han dicho, yo nunca leo el periódico), de que sin la menor duda la sala Gaveau estaría abarrotada aquella noche, de que habían llamado de Estados Unidos para contratar una gira de un mes, de que el caché que ofrecía el festival de Fougères era según Parisy escandalosamente inaceptable y de que, la integral de Chausson era muy esperada, Japón insistía para las fechas de reserva de los estudios Cerumen (realmente ocurrente el nombrecito), y de bastantes otras cosas más. Todo ello, mientras subían por las escaleras mecánicas, tan sólo suscitaba en Max pequeñas risitas socarronas que, sumadas a su aliento, produjeron una honda inquietud en Bernie. Por cierto, dijo Max, ¿cómo te fue la otra noche con Parisy? Ya sabes, lo de tu aumento. Pues bastante bien, contestó Bernie, pero va a depender un poco de usted. No te preocupes, dijo Max tropezando con un escalón, que todo irá bien. Si no va bien, es igual porque nos lo quitaremos de encima. Un agente se cambia y asunto concluido. Tú y yo formamos un excelente equipo, y Parisy es un cretino. Hombre, objetó Bernie. Cállate, ordenó Max, no sabe ni papa de música, tiene la sensibilidad artística de una almeja. Encima, insistió saltándose otro escalón, está sordo como una tapia. Hombre, repitió Bernie asiéndole con más firmeza por el codo. Que sí, que sí, argumentó Max, está tan sordo que las orejas sólo

le sirven para aguantarle las patillas de las gafas. Además no entiende nada de mi proyecto. Aunque de todas maneras, generalizó, nadie entiende nada de mi proyecto. Ni yo mismo.

Como eran las doce y pico, Bernie, tras coger un taxi y dejar a Max en su casa, bajó andando por el bulevar Barbès en busca de alguna cervecería. Una vez la encontró, pidió el plato del día y bajó a la planta inferior, donde vegetaban como de costumbre el teléfono y los servicios. Tras hacer uso de estos últimos, descolgó el teléfono y marcó el número de Parisy. Qué, se inquietó éste, ¿cómo está? No está muy fino, dijo Bernie, me da la impresión de que no se encuentra bien. ¿Cómo, exclamó Parisy, otra vez está cocido? ¿Ya a estas horas? Está cansado, reconoció Bernie, lo veo muy cansado. Escuche, Bernard, dijo secamente Parisy, eso es de su incumbencia, me entiende, es responsabilidad suya. ¿Recuerda nuestro trato del otro día? Ni que decir tiene que, si eso afecta en algo al concierto, de lo dicho no hay nada. Y ahora haga su trabajo.

Tras comer en su casa de Château-Rouge, donde Alice había dejado pollo frío en la cocina, Max se adormiló un rato en el sofá del estudio y se despertó sobresaltado por el miedo, que le asaltó de nuevo y que intentó combatir con una copa, no logrando sino potenciarlo. Cuando Bernie reapareció en su casa al finalizar la tarde, para acompañarlo como de costumbre antes del concierto, Max parecía menos seguro de sí mismo que en la estación y Bernie se vio obligado a guiarle hacia la ducha y ayudarle a vestirse. Luego, en la esquina de la calle Custine, llamó un taxi, en el que se metieron. Al parque Monceau, ordenó Bernie. Pero ¿por qué al parque Monceau?, protestó Max, ¿por qué me llevas siempre allí? Está bien el parque Monceau, contestó Bernie. Es práctico, es bonito y no está mal comunicado. Queda al lado de mi casa. Lo que pasa también es que no tengo mucha imaginación.

El cielo tenía una tonalidad gris oscuro en los bulevares que desfilaban ante ellos, el aire era pesado y a ratos soplaban ráfagas frescas, intermitentes bofetadas que se colaban por las ventanillas abiertas del taxi. Max no cesaba de abrocharse y desabrocharse la gabardina. Mira observó cuando el taxi se detuvo ante las verjas doradas, ahora se pone a llover. Espere un momento antes de bajar, que abro el paraguas, advirtió Bernie. Haga el favor de hacerme un recibo, dijo al taxista. A continuación dio la vuelta al vehículo a paso de carrera, extrajo un paraguas plegable y lo abrió sobre la cabeza de Max, mientras éste se tambaleaba al salir del taxi bajo la fina lluvia.

Entraron de nuevo en el parque. Bernie se contorsionó ligeramente para sujetar a Max por un brazo mientras seguía blandiendo, con el otro brazo, el paraguas perfectamente centrado sobre el cráneo de Max. Este protestó: Pero resguárdate un poco tú también, que te vas a empapar. Llevo el sombrero, recordó Bernie. Escucha, dijo Max, por qué no vamos a tomar una copa a tu casa, sólo una cerveza, que allí estaremos bien calentitos. No, señor Max, dijo Bernie con voz firme. Escucha, insistió Max, ya sabes que la lluvia no les sienta nada bien a mis manos. Me destroza

los dedos, se me quedan congelados, me ataca la artrosis, la noto. No podré tocar en estas condiciones. Señor Max, gimió Bernie desesperado. Advirtiéndole que el otro aflojaba, Max metió la mano en el bolsillo de la gabardina, sacó uno de los botellines que había comprado en el TGV y lo enarboló con aire amenazador como una granada ofensiva. Mira, dijo, si esto es lo que tienes, de todas formas lo llevo conmigo. Seguro que me calienta. Así que muy sencillo, o nos tomamos una cerveza en tu casa o me bebo esto aquí mismo. ¿Prefieres eso? No está bien, capituló Bernie, no está bien. Pero ¿qué es lo que no está bien?, se sorprendió Max. ¿Qué tiene de malo? ¿Y dónde estaba tu casa, ahora que lo pienso? En la calle Murillo, dijo Bernie con voz sombría, es por ahí. Sí, ya veo. Pues oye, dijo utilizando un desagradable tono sarcástico, tú vives en los barrios finos, ¿eh? Si es un pisito pequeño, protestó apagadamente Bernie, está en la última planta, apenas cabemos mi hijastro y yo. Lo heredé de mi familia. Vamos para allá, dijo Max. Bernie, va sin preceder a Max, lo siguió resignado hacia la salida sur del parque, procurando aun así evitar, por principio, el monumento dedicado a Chopin, en el que se ve a este esculpido en plena acción al piano, aporreando no se sabe qué mazurca mientras la inevitable joven sentada debajo del instrumento, el cabello cubierto con un velo y curiosamente dotada de enormes pies, a todas luces muy concentrada, se tapa los ojos con una mano bajo el efecto del éxtasis —Joder, es que es una auténtica pasada esta música— o de la desesperación —Joder, es que ya no lo aguanto a este tío.

El número 4 de la calle Murillo es en efecto un edificio bastante hermoso, pero el piso de Bernie se reducía a tres habitaciones abuhardilladas, agrupadas y con vista al patio. Bernie hizo pasar a Max a la habitación principal, que acumulaba las funciones de salón, cocina y comedor, y que contenía asimismo una cama. Por una puerta abierta, Max vislumbró material informático perfeccionado en la habitación del hijastro superinteligente, que no parecía estar en casa. Bernie, según lo pactado, sirvió a Max una cerveza en la que, para consternación suya, el otro vertió buena parte del aguardiente exhibido en el parque. Luego el hombrecillo procuró como de costumbre distraer al pianista, lograr que se olvidara de la inminencia del concierto, buscando argumentos e ideas con tanto más esfuerzo cuanto que la ebriedad de Max se acrecentaba minuto a minuto, si bien —único elemento positivo— pareció mitigar su canguelo.

Y a eso de las siete y media, el uno sosteniendo al otro en la medida de lo posible, bajaron lentamente por la avenida de Messine rumbo a la sala Gaveau. Ya las ocho en punto, tras no pocos problemas para mantener en pie a Max, Bernie lo propulsó hacia el piano según su técnica habitual. De manera imprevisible, el otro se dirigió con paso firme hacia el instrumento, si bien, en su visión perturbada por la ingestión alcohólica, el teclado no fue ya como de costumbre un simple maxilar sino un auténtico par de mandíbulas que se disponían en esta ocasión, con la mayor seriedad del mundo, a absorberlo para desmembrarlo a dentelladas. Ahora bien, comoquiera que, apenas apareció en el escenario, la sala entera se puso en pie para aclamarlo,

interminable Niágara de aplausos, más encendido que la semana anterior, una de esas ovaciones entusiastas que nunca se prolongan sin menguar, Max, quien no acababa de estar en sus cabales, creyó poder deducir que el concierto había concluido. Por lo tanto saludó profundamente al público repetidas veces y regresó con paso no menos firme hacia el bastidor ante la mirada horrorizada de Parisy, pero Bernie, sin pararse en barras, asió de inmediato a Max por los hombros, lo hizo girar sobre su propio eje y, de un potente empujón, lo envió vigorosamente al escenario y hale: sonata.

Bien hecho, Bernard, dijo Parisy, ha estado usted muy bien. Realmente bien. No siempre es fácil, sabe usted, observó Bernie. Lo cierto es que es un oficio que requiere un gran esfuerzo físico.

Dos horas después, despejado por el trance del concierto, el corazón en paz pero la mente vacía, Max Delmarc dormitaba en el asiento trasero de un taxi. Como este acabó deteniéndose, Max, tras abrir un ojo, reconoció su bloque antes de divisar, ante el portal, un perrazo inmóvil que miraba fijamente en su dirección. Tras pagar al taxista, el perro continuó observando a Max mientras éste se apeaba del coche: era un animal realmente voluminoso, con pinta de terranova o de dogo, de apariencia pacífica y bonachona y que acabó marchándose, arrastrado por una larga correa que la mirada de Max fue siguiendo en travelling para desembocar en una persona de sexo femenino, vista de espaldas. Pero incluso de espaldas, incluso de lejos, incluso bajo una farola apagada como lo estaban una de cada dos, Max reconoció de inmediato a la mujer sobrenaturalmente guapa con la que a veces se cruzaba en el barrio. Y ahora de repente se alejaba, seguida de su animal, hacia la plazoleta de la Villette. A esas horas.

Max no era ni mucho menos de esa clase de tipos que abordan a las desconocidas en la calle, sobre todo a esas horas. Era una cuestión de principios, por supuesto, pero no solo eso: por más que se empeñase sería incapaz de hacerlo. Con todo, pudo ser por un efecto retardado del alcohol consumido durante el día, pero probablemente no fue sólo por eso, el caso es que se puso a seguir a aquella mujer con la firme intención de hablar con ella. No tenía ni idea de lo que iba a decirle, no le preocupaba, ni siquiera le extrañaba que no le preocupase, ya se le ocurriría en el último momento. Por desgracia al llegar a su altura, sorprendido de pronto de oírla hablar sola, se dio cuenta de que conversaba por un móvil. Como no podía abordarla en tales condiciones, la adelantó rápidamente como si tal cosa, sin volverse ni saber muy bien adónde iba, obligado a fingir que iba a algún sitio, improvisando una meta, que sería precisamente la plazoleta de la Villette, tres esquinas más allá. Había poca gente a esas horas por las callejuelas del barrio: el ruido de sus pasos sonaba demasiado fuerte, parecía repercutir en las fachadas oscuras y, como eso le producía la impresión de caminar patosamente, Max, incómodo, se imaginó visto de espaldas. Al llegar a la plazoleta había discurrido un plan muy sencillo: daría media vuelta para cruzarse con aquella mujer y esta vez le hablaría, aunque seguía sin tener ni noción de lo que podía decirle, pero a ese punto, curiosamente, le concedía escasa importancia.

Así pues, al llegar a la plazoleta, volvió sobre sus pasos y la divisó de lejos caminando hacia él. El perro iba ahora delante de su ama, quien a esa distancia tan sólo era una figura borrosa. Como sea que se precisó muy pronto, y al comprobar que seguía hablando por el diminuto teléfono, Max hubo de renunciar de nuevo a abordarla. Cabizbajo, mirándose la punta de los zapatos, pasó lo más aprisa posible y corrió a refugiarse a su casa: seguro que se ha dado cuenta de mi numerito, en el mejor de los casos le habré parecido pirado, en el peor, idiota, de lo que no cabe duda

es de que se ha ido todo a la mierda. Abrió el portal del edificio, tras tomar nota sin detenerse de que todavía había luz en la habitación de Alice, y al llegar a su casa arrojó la gabardina de cualquier manera sobre el sofá del estudio, sin quedarse allí un rato como de costumbre, y pasó directamente a su habitación, donde se quitó la ropa con rabia para irse a la cama con más rabia. Pero de pronto, tras permanecer un instante inmóvil, vuelve a ponérsela a toda velocidad, y quizá al revés, cruza de nuevo el estudio y sale precipitadamente. Seguro que está ya en su casa pero nunca se sabe, sigo sin tener ni idea de qué decirle pero en el fondo tampoco pierdo nada. Pero qué veo: si está ahí. Está ahí, el perro está ahí, están ahí.

Max se acercó, decidido. El perro le miró de nuevo sin agresividad, sin lanzar ningún gruñido ni enseñar ni medio diente, parece tan bueno como gordo, ya me dirás tú para qué sirven semejantes perros. También ella miraba acercarse a Max, sin poner apenas cara de extrañeza, sin fruncir una sola ceja ni blandir el menor spray de autodefensa con extracto de pimienta natural. No tema, balbuceó Max demasiado deprisa, sólo la entretengo un segundo, verá: hace tiempo que me cruzo con usted en la calle. Es cierto contestó ella sonriendo. Vamos bien, pensó Max, me tiene visto, algo es algo. Verá, yo, dijo Max, bueno, sólo quería saber quién es usted. Carota, el tío.

Pues, sonrió ella, vivo en el número 55 y, como ve, estoy sacando a mi perro (yo vivo en el 59, calculó Max). Habitualmente lo sacan mis hijos (jo, pensó Max), pero esta noche no están en casa. Silencio y nueva sonrisa. Aquello no podía prolongarse más so pena de que le tomaran por un. Max, que no quiere que le tomen por un, se inclinó levemente y sonrió a su vez lo mejor que pudo. Pues nada, dijo, muy buenas noches.

Cruzando otra vez el patio, Max vio de nuevo luz en la habitación de Alice pero se abstuvo de ir a darle las buenas noches. Sin embargo, subía con frecuencia a verla, después de los conciertos, para contarle cómo habían ido las cosas, y tú, qué tal el día, todo eso, pero esta noche no, imposible. No hubiera podido evitar el contarle lo que acababa de suceder, bastante había hecho ya el ridículo, y además estaba muy nervioso. De modo que regresó un momento al estudio, se sirvió como si tal cosa la última copa, alzó la tapa del piano para bajarla de inmediato, hojeó un periódico sin leerlo y acabó yéndose a la cama: largo pensamiento para la mujer del perro, apenas un pensamiento pequeñín para Rose, mi somnífero y buenas noches.

Durante los días siguientes, Max se encontró con la mujer del perro a un ritmo desacostumbrado, mucho más constante que todos aquellos últimos años. Tras su breve entrevista de la otra noche, se veían obligados a saludarse, y aun a sonreírse, toda vez que su breve conversación había transcurrido en términos muy corteses. Aquellas sonrisas, no obstante, resultaron ser de diferente actitud y calibre. Una noche en que la vio más elegante que de costumbre —para ir tan elegante, probablemente iba a una fiesta, y vete a saber con quién, y a saber si Max no empezaría a mostrarse celoso, va todo tan rápido en ese tipo de historias—, ella le dirigió una sonrisa divertida, casi cómplice o tan sólo indulgente y que incluso pareció prolongarse tras volverle ella la espalda, lo cual provocó que Max se sintiese ridículo, luego halagado y luego ridículo por haberse sentido halagado.

En otra ocasión, hacia el final de la mañana, la vio acercarse desde el otro extremo de la calle, vestida con ropa de jogging —ropa de jogging Hermès eso sí, pero ropa de jogging a fin de cuentas— y tirando de un carro de la compra —un carro de Conran, conforme, pero un carro—. Aquella mañana iba menos maquillada que de costumbre, menos peinada, menos victoriosa y esbelta, vendría sencillamente de hacer la compra y no debía de hacerle mucha gracia que la sorprendiesen de tal guisa, pues su sonrisa, ínfima esa vez, le pareció a Max mucho más fresca. Otro día, se la encontró ante el número 55 intentando aparcar el coche bajo la lluvia —un pequeño Audi negro, observó Max— en un espacio un tanto reducido para el tamaño del vehículo. La sonrisa que dirigió a Max, completamente vuelta en el asiento hacia el cristal trasero del Audi, aparentemente en pleno esfuerzo, tuvo en aquella ocasión un matiz de mayor complicidad dada la dificultad de la empresa, una de esas sonrisas que hacen alzar lentamente los ojos al cielo, que os toman por testigo de las pequeñas dificultades de la vida, sobre todo porque además llueve y ese movimiento de los labios lo suaviza todavía más el vaho y los reflejos cambiantes de los cristales empapados. Max, que no tenía coche y no sabía que aquella mujer lo tuviera, se aprendió y memorizó al instante su número de matrícula. En todas esas situaciones no volvió a aparecer el perro, y Max procuró mostrarse lo más discreto posible, contestar a aquellas sonrisas con cortés reserva, medio tono más bajo, en una palabra comportarse como un perfecto caballero. No exponerse nunca a que le tomaran por un.

El día de aquella sonrisa cómplice, Max debía recibir la visita de Parisy. Era la primera vez que el agente acudía a su domicilio, en su afán por cerciorarse de que el intérprete tenía la moral lo bastante alta antes de grabar un concierto en televisión. Orquesta prestigiosa, solistas excepcionales, condiciones de actuación en directo en un estudio de Radio-France y público restringido invitado especialmente, aunque el concierto se transmitiría en diferido, a ultimísima hora en una cadena cultural. Si bien Parisy —vestido aquel día con un traje oscuro que supuestamente absorbía y

camuflaba el sudor— acudía so pretexto de echar una última ojeada a las partituras y de solventar algunos problemas técnicos, en realidad quería asegurarse de que Max, quien como de costumbre llevaba unos días nervioso ante la perspectiva, no perdería el oremus antes de que comenzara el concierto. El agente delegaba habitualmente esa labor de vigilancia en Bernie, pero el asunto era demasiado importante como para dejar que lo supervisara únicamente éste. Con todo, Max se mostraba bastante distraído, tendiendo a hacerse un lío con los números de la matrícula del Audi y los de los compases de las partituras. ¿No tiene un poco de sed, preguntó Max, no quiere tomar algo? Escuche, comenzó a decir Parisy, prefiero decirle de entrada que preferiría que. Tranquilo, le interrumpió Max, hoy nada de alcohol, no se preocupe. Lo cierto es que no sé lo que me pasa, pero no me apetece. ¿Un café? Con mucho gusto dijo el otro.

Por el teléfono interior, Max pidió a Alice que preparara un poco de café, ofreciéndole que pasara luego a tomarlo con ellos. Acto seguido cerró la partitura y se dejó caer bostezando en el sofá. ¿Todo bien? se inquietó Parisy. ¿Muy nervioso? Curiosamente no, dijo Max. La tele no me produce el mismo efecto que las salas. De todas formas no es en directo, recordó Parisy, puede estar tranquilo. En última instancia siempre puede repetirse un pasaje si no sale bien. Sí sí, dijo Max levantándose para ir a mirar ceñudamente por la ventana. Bajo los efectos conjugados de la lluvia y del viento, nada ni nadie destacable en la calle, salvo que descontaban como de costumbre un 25 % en los rollos de linóleo alineados en la acera, que el neón verde de la cruz de una farmacia parpadeaba como siempre y que en la prendería de al lado todo seguía a diez francos como antes. En éstas apareció Alice con una bandeja.

Casi más alta, todavía más delgada y dos años menor que Max, el pelo tan blanco como él, ligeramente mal parecida y apenas maquillada, sin más joyas que una fina cadena de oro en torno al cuello, Alice vestía un conjunto gris claro muy ligero, muy holgado, muy neutralizante. Tras dejar la bandeja en una silla junto al sofá, se acercó sonriendo a Parisy, que se levantó con brusquedad del sillón para inclinarse muy tieso y luego incorporarse. Tras examinarla gravemente, parecía tan impresionado que comenzó a balbucear y a sudar a más y mejor apenas ella le dirigió la palabra. Max observaba sorprendido al agente, poco habituado a que Alice produjera semejante efecto en un hombre, pero divertido de ver a este tan ofuscado. Cuando Parisy, para recobrar el aplomo, se esforzó en decir algo gracioso, Alice soltó de inmediato una carcajada. Como sucedía con algunas mujeres no muy guapas, no era menester gran cosa para suscitar su hilaridad, lo que hacía que se riese con demasiada frecuencia, pese a que su risa sonaba ronca como un grito de rabia o de sufrimiento, como si reírse le doliera, como si intentase expulsar algo con dificultad.

Con todo, a Parisy no pareció disgustarle aquella risa tanto como a Max, a quien, por lo común, le resultaba tan insoportable que se abstenía cuidadosamente de pronunciar la menor cosa graciosa en su presencia. Lo que ocurría era que una cosa

en absoluto graciosa podía igualmente arrancarle una carcajada, provocando de rebote otras risas en cadena, cada vez más inextinguibles y frenéticas no bien se intentaba, mediante medidas autoritarias, atajar ese proceso. Max, en cualquier caso, decidió aclarar la situación. Bien, dijo, le presento a mi hermana. No creo que se conozcan.

A ustedes, en cambio los conozco y sé perfectamente lo que piensan. Se imaginaban que Max era uno de esos hombres mujeriegos, uno de esos viejos seductores, muy simpáticos pero un pelín pesados. Primero Alice, luego Rose, y ahora la mujer del perro, todas esas historias les inducían a imaginar un perfil de hombre pródigo en aventuras amorosas. Les parecía un perfil típico, estaban seguros de no equivocarse. Pues nada de eso. Buena prueba es que de las tres mujeres que han aparecido hasta ahora en la vida del artista, una es como sabemos su hermana, la otra un recuerdo, la tercera una aparición y paren de contar. No hay ninguna más, hacían ustedes mal en preocuparse, prosigamos.

Después de que tomaran café, de que Parisy no despegara los ojos de Alice hasta que ésta se retirase, de que el agente observara que se hacía tarde, que era hora de marchar, que su coche estaba aparcado en la calle de Clignancourt, Max salió a ponerse su uniforme de pianista. Y también entonces, por más que se vistiera tranquilamente, e incluso con una calma inhabitual, dos nuevos botones decidieron desertar de su prenda, uno corriendo a refugiarse bajo un mueble, el otro echándose al monte por una fisura del parquet. Al parecer se cumplía una estación en la vida de la ropa de Max, corría algún otoño en su guardarropa. Pero se había hecho demasiado tarde como para proceder a largas búsquedas, Alice, cuya presencia fue reclamada, recalcó que no le daría tiempo de intervenir, Max tuvo que cambiar su camisa de esmoquin por un modelo más ordinario. Era una contrariedad pero se apañarían así, y partieron apresuradamente en el Volvo de Parisy hacia el distrito dieciséis que, arrancando de Château-Rouge, se halla prácticamente en la otra punta de París, una especie de Nueva Zelanda intramuros.

Maldito tiempo, profirió Parisy, procuraremos evitar el centro. No había dejado de llover, y probablemente se produciría la inevitable concentración de atascos. Para evitar perder el tiempo cruzando la ciudad congestionada, decidieron tomar los bulevares periféricos.

Enfilaron primero la calle de Clignancourt, rectilínea, doblaron a la derecha por la calle Championnet para salir a la calle des Poissonniers y acceder a los bulevares periféricos, cuyas aceras se poblaban esporádicamente de jovencísimas mujeres nigerianas, lituanas, ghanesas, moldavas, senegalesas, eslovacas, albanesas o costamarfileñas. Vestidas con exiguas faldas bajo los paraguas, eran vigiladas casi sin cesar por cuatro categorías de hombres: en primer lugar los proxenetes búlgaros o turcos acomodados aquí y allá pero a escasa distancia, bien calentitos en coches de gran cilindrada tras haberles hecho a las chicas las recomendaciones de rigor (No menos de treinta fletes al día, si bajas de veinticinco te rompo una pierna); en segundo lugar los clientes para quienes declamaban día y noche, en toda gama de tonos, el mismo perfecto alejandrino, clásicamente construido con cesura en el hemistiquio (Quince euros mamarla y treinta el polvete); en tercer lugar las fuerzas

del orden, que se presentaban sobre todo de noche sin mostrar excesivo rigor (Hola. Policía. ¿Documentación? ¿No, ningún documento? ¿Ni fotocopia?); por no hablar, en cuarto lugar, de los equipos de televisión, pendientes de que, en el momento de la transmisión del milésimo reportaje sobre el particular a segunda hora de la noche, conforme a la ley sobre protección de la imagen de las personas, los rostros de dichas trabajadoras aparecieran debidamente desenfocados en la pantalla. Aquellas mujeres jóvenes, aquellas muchachas que con frecuencia no habían cumplido los dieciocho empezaron a escasear a partir del bulevar Suchet, para desaparecer por completo en la calle de Boulainvilliers, a lo largo de la cual se deslizó el automóvil de Parisy hasta la Maison de la Radio.

La grabación debía realizarse a las seis, pero se requeriría un tiempo para familiarizarse con el estudio, negociar con los técnicos de luces y los de sonido, y repasar dos o tres puntos con la orquesta, aunque todo estaba ya ultimado tras varias semanas de ensayo. Después se someterían a la sesión de maquillaje, pasarían en grupos de tres a los sillones, ante los espejos, a manos de especialistas por lo general bastante guapas y que oficiaban con atenta indiferencia. Por lo demás, sólo maquillarían a los solistas y al director de orquesta, el resto permanecería en estado natural, apenas un toquecillo de polvos apropiado para los melancólicos y los sanguíneos. Aunque sólo se requería un espacio mínimo para la orquesta, el estudio era mucho más exiguo de lo que se veía en la pantalla, pero es lo que sucede siempre con la televisión: espacio, pantalla, ideas, proyectos, todo es más pequeño que en el mundo normal.

Tras anunciar la cuenta atrás unas voces surgidas de no se sabía dónde, comenzó el concierto. El director de orquesta era un tipo bastante exasperante, todo rictus rebuscados, movimientos untuosos y engatusadores, pequeñas señas codificadas dirigidas a las diferentes categorías de ejecutantes, dedo en los labios y contoneos sin venir a cuento. A la vista de eso los instrumentistas empezaron a su vez a hacer gansadas: aprovechando un circunloquio de la partitura que le permitía lucirse un poco, un oboísta se sumergió en una concentración extrema, incluso sobreactuando para beneficiarse de un primer plano. Aprovechando unas frases en relieve que les habían asignado, dos cuernos ingleses hicieron asimismo su numerito instantes después. Y Max, a quien se le había pasado rápidamente el escaso canguelo que le atenazaba aquel día, empezó a su vez a hacer visajes de pianista, a lanzar miradas vívidas, a encoger excesivamente la cabeza o a arquear el busto con desmesura según el tempo, a sonreír al instrumento, a la obra, a la esencia misma de la música y a sí mismo, bien hay que pasar el rato.

Luego, una vez recogido todo, llegó el momento de marcharse. Aprovechando que por una vez podían encontrarle buena cara, Max decidió irse sin que le desmaquillasen. Comoquiera que Parisy se disculpó por no poder acompañarle, se marchó andando, aprovechando que había dejado de llover, cruzó el puente de Grenelle hasta el paseo des Cygnes, fragmento de la espina dorsal del río adornado

con bancos y árboles, recorriéndolo hasta el puente de Bir-Hakeim, por el que recaló en la parada de metro de Passy, pues había decidido tomar la línea 6 de la red metropolitana para transbordar en Étoile y, desde allí, regresar a Barbès. La parada de Passy es muy bonita, muy despejada, muy elegante, y está rematada por altos edificios distinguidos como buques insignia, tan hermosos que parecen vacíos y estrictamente decorativos. Max aguardó tranquilamente a que apareciese el metro.

Cuando llegó, vaciándose y llenándose de algunos usuarios, llegó al mismo tiempo otro tren en sentido inverso, en dirección Nation, se detuvo y cargó y descargó viajeros al igual que el otro. Y, una vez dentro y de pie pegado a una puerta acristalada, ¿a quién vio Max, o por lo menos a quién le pareció ver en el vagón de enfrente, justo a la altura del suyo, y que se disponía a arrancar? A Rose, por supuesto.

A Rose, vestida con un traje sastre gris oscuro bajo una gabardina beige claro, bastante plisada, aparentemente ligera, cortada con lo que debe de llamarse popelina flexible y ceñida en la cintura. Ni que decir tiene que Max no le había visto nunca dicha prenda, pero aparte de eso, treinta años después, no parecía tan cambiada.

Urgencia. Pese a que acababa de sonar la señal, Max se precipitó peligrosamente fuera del vagón: se escurrió de perfil, a la egipcia, para evitar las puertas, que le golpearon levemente en los hombros antes de que saltase al andén. Desde allí, intentó de nuevo divisar a Rose a través de los cristales superpuestos de los dos trenes, uno de los cuales, el suyo, acababa de arrancar hacia l'Étoile. Por un instante, ello le permitió ver mejor el otro tren, hasta que, dos segundos más tarde, éste arrancó en dirección Nation, sin que Max pudiera comprobar que Rose se hallaba efectivamente allí dentro. No estaba del todo seguro de que fuese ella pero, por un instante, la semejanza le había parecido evidente: una semejanza vestida con aquella gabardina en la que Max, por más que no la hubiera visto nunca, reconocía perfectamente lo que le pareciera intuir otrora en los gustos indumentarios de Rose.

Nada es seguro, pues, pero nunca se sabe: Max echó a correr por el andén hacia los pasillos de enlace, subiendo de cuatro en cuatro los escalones para acceder al andén de enfrente, donde esperó la llegada del siguiente tren. Lo cual le llevó un tiempo demencial. La empresa es absurda. No se sigue a un metro. Pero en el fondo por qué no. Entretanto, para acelerar el tiempo, releyó febrilmente el reglamento interno del metro, comprobando que entre las cinco categorías de usuarios para los cuales es gratuito seguían figurando, si bien en último lugar, los amputados de las dos manos no acompañados. Llegó el tren. Max subió. Pese a que había un montón de asientos vacíos, Max permaneció de pie, apostándose contra una puerta por cuyo cristal podría inspeccionar las estaciones siguientes. En cuanto salieron de Passy por el puente de Bir-Hakeim, primero pudo examinar el Sena y luego, entre las sucesivas estaciones, tuvo la oportunidad de contemplar también la ciudad.

Y es que esa línea Étoile-Nation, que sirve de nexo entre los barrios elegantes y los populares —por más que esos adjetivos no sean ya lo que eran, pues se confunden entre sí y se pisan el uno al otro hasta el punto de tornarse el uno por el otro—, es aérea en gran parte: se beneficia como ninguna otra de la luz del día, de la que disfrutan una estación de cada dos. Sale sin cesar de la superficie para volver a sumergirse en zigzag, serpiente de mar o montaña rusa, tren fantasma o coito.

Pero ya en el andén de Bir-Hakeim, primera parada después de cruzar el río, ni rastro de la gabardina beige. En Dupleix, estación clara y blanca bajo su cielo de vidrio en doble pendiente, ni señal de beige tampoco y, en el momento en que empezaron a circular a toda velocidad junto a las casas, a la altura de las cocinas y de los cuartos de baño, de los salones y de las habitaciones, incluidas las habitaciones de hotel, donde, como comenzaba a languidecer el día, las luces eléctricas amenazaban con encenderse, Max empezó a pensar que su empresa era en extremo incierta. Aunque las ventanas estaban con frecuencia embozadas con visillos, cortinas o estores, vislumbraba fugazmente escenas en los pisos. Un niño a la luz de una lámpara. Una mujer pasando de una habitación a otra. Un gato, tal vez un perro

tumbado sobre un cojín. Al no encontrar el menor rastro de Rose en La Motte-Picquet-Grenelle, Max comenzó a dudar cada vez más del desenlace de su proyecto. Incluso estuvo en un tris de desistir, pero no, prosiguió. Total, tanto daba.

Poco a poco, ya sólo miraba distraídamente los andenes de las estaciones que iban desfilando. Entre una y otra, inventariaba más bien los objetos y las personas que ornaban los balcones, las terrazas que jalonaban el trayecto a un nivel inferior: ropa tendida en tendederos fijos o plegables, bicicletas apoyadas contra una persiana bajada, carritos de la compra, cochecitos y lavadoras inservibles, cajas de cartón empapadas, sillas de jardín, alfombras, escaleras pequeñas y grandes, plantas y maceteros con flores en las que el geranio se llevaba la parte del león, viejos juguetes rotos, barreños, palanganas y cubos de plástico de donde surgían oblicuamente largos palos de escoba. Por no hablar, meses después de fin de año, de los viejos árboles de Navidad de los que tan sólo quedaba una espina rojiza, ni de las antenas parabólicas, todas ellas orientadas en la misma dirección como campos de girasoles enhiestos, ni de algunas mujeres ociosas, más o menos vestidas, acodadas en las barandas y que miraban pasar el metro aéreo lleno de tipos como Max, quienes les devolvían la mirada.

Una vez pasado Pasteur, Max, perdidas ya todas las esperanzas de ver a Rose, acabó sentándose en un transportín, y dirigía tan sólo miradas ausentes a los andenes. Mientras el metro circulaba por el exterior, observaba el paisaje, y cuando se sumergía bajo tierra, examinaba a los dos hombres sentados en los transportines de enfrente, espectáculo no especialmente alegre: uno, con una maleta a los pies, tenía una llaga en el cuero cabelludo; el otro, de rostro apagado, consultaba un folleto titulado «Ayuda para cobrar las pensiones alimenticias». Max optó de inmediato por contemplar su tíquet.

Comoquiera que suceden pocas cosas en esta escena, podríamos dedicarla a hablar de ese tíquet. Y es que pueden decirse bastantes cosas sobre esos tíquets, sobre sus usos añadidos —mondadientes, limpiaúñas o cortapapeles, plectro o púa, señal de libro y recogemigas, calce o cilindro para productos estupefacientes, biombo de casa de muñecas, microcuaderno de notas, recuerdo, apaño para garabatearle el número de teléfono a una chica en caso de urgencia— y sus distintos destinos —doblados en dos o en cuatro partes a lo largo y utilizables entonces para deslizarlos bajo una alianza, una sortija de sello o un reloj de pulsera, doblados en seis y hasta en ocho partes en acordeón, rotos hasta convertirlos en confeti, pelados en espiral como una manzana, y luego arrojados a las papeleras del metro, al suelo del metro, entre los raíles del metro, a la orilla, a la calle, en casa para jugar a cara o cruz: cara, sección urbana; cruz, la parte magnetizada—, pero quizá no sea el momento de extenderse sobre todo eso.

Cuando el metro volvía a ser aéreo, Max hubiera podido interesarse por los viaductos por los que transitaban, queridos, amables y hermosos viaductos, querida y vieja arquitectura de hierro inteligente y digna, pero no: como sea que su proyecto de

persecución se venía abajo a ojos vistas, decidió apearse del metro en la estación Nationale. Como ya no tenía nada que hacer, echó a andar, sin imaginación, sin dejar de seguir la línea 6 pero al aire libre, recorriendo el espacio bárbaro, precario y destartado que se prolonga bajo esos viaductos como una pista. Suele haber allí mercadillos, chamarileros o tenderetes diversos, pequeñas canchas de baloncesto, pero es sobre todo un lugar de aparcamiento más o menos anárquico de coches: frío y angosto camino, tierra de nadie en la que nunca se aventura uno, bajo el desabrido ruido de chatarra de los trenes, sin una vaga inquietud. Max siguió ese trayecto hasta el Sena, cruzó el río en sentido contrario al de antes y continuó caminando hasta Bel-Air, donde, cansado, cogió el metro siguiente.

Bel-Air es una estación aislada entre dos túneles, una isla que se alza como un oasis sobre la calle du Sahel despoblada. Aguantados por dos hileras de cinco columnas, protegen sus andenes unos saledizos de madera pintada tras los cuales se alzan marquesinas. Los andenes parecen más cortos que en las demás estaciones y, en líneas generales, Bel-Air ofrece un aspecto humilde. Parece una estación de pueblo, prima provinciana o hermana malquerida de George-V.

A primera vista habría pocos motivos para extenderse sobre esta estación de metro salvo que fue allí, por inverosímil que parezca, donde Max creyó reconocer de nuevo a Rose. Y sucedió de la siguiente manera. Max llegaba al andén desierto, en dirección Nation, cuando llegó un tren que venía en sentido contrario, hacia Étoile, estos líos de trenes no se acaban nunca. Se apearon unos cuantos viajeros, no subió casi ninguno, y el metro se alejó. Max miró distraídamente a los viajeros que se dirigían hacia la salida del andén para luego desaparecer en la escalera. Y entre ellos, aunque sólo alcanzaba a ver tres cuartas partes de su espalda, le dio la impresión de que era otra vez ella, salvo que en esta ocasión vestía un pantalón azul marino y una cazadora color manzana con cremallera, o algo similar, no le dio tiempo a verlo bien; todo transcurrió de nuevo en escasos segundos. Sin embargo, Max no se paró a pensar, ni le pareció extraño que Rose se apease de un tren que circulaba en esa dirección cuando él, menos de una hora antes, se había puesto a perseguirla en dirección contraria —amén de que Rose ni siquiera vestía igual—. No cuadraban ni el espacio ni el tiempo ni la ropa pero da igual, vamos allá. Corramos.

Echó a correr bajo los veinticuatro pares de neones sin protección que le llegaban justo encima del pelo, corrió bordeando los accesorios clásicos de los andenes de metro, pantallas de control, extintores, asientos de plástico, espejos y pictogramas que prevenían de los peligros de la electrocución, contenedores, cuatro contenedores en dirección Étoile mientras que sólo dos en dirección Nation, ¿por qué? ¿Se tiran menos cosas cuando se regresa de los barrios elegantes? A Max no le dio tiempo formularse a esa pregunta, pero al salir del metro le vino a la cabeza la idea de que acababa de gastarse un tíquet inútilmente.

Cuando salió a la calle du Sahel, de nuevo nada a la vista, ni a la izquierda ni a la derecha. Decidió tomar, a un lado de la estación, una pasarela que cruzaba las vías protegidas por una reja, donde reposaban envases vacíos y más o menos chafados (Orangina, Coca-Cola, Yoplait), seis piedras, un casco de botella rajado y roto, un par de alpargatas inutilizables color azul petróleo, una palita de plástico para jugar en la arena, y alrededor reinaba el silencio, el gran silencio, el célebre silencio del distrito doce.

Y en medio de ese silencio, nada ni nadie hasta donde alcanzaba la vista. Bien. Analicemos la situación. Cuatro posibilidades. O bien, en Passy, era Rose con una gabardina beige. O bien, en Bel-Air, era Rose con una cazadora verde. O bien era

Rose en ambos casos, tras haberse cambiado de ropa en menos de una hora para coger el metro en dos direcciones distintas, lo cual resultaba en extremo inverosímil. Vamos, olvídате. Vuelve a casa. Coge otra vez el metro y sumérgete bajo tierra. Exacto, compra otro tíquet. Y no pongas esa cara.

Y durante todo el tiempo que duró su largo regreso, catorce estaciones y dos transbordos, el metro había de parecerle más sucio, más deprimente que nunca, por concienzudos que fueran los servicios de limpieza. Ya se sabe que a la ida no había problema, el impoluto embaldosado de la red, calcado del de las clínicas, tenía por objeto mitigar, si no anular, las ideas inquietantes insufladas por la profundidad —oscuridad, humedad, trasudor, miasmas, humedad, enfermedades, epidemias, desmoronamientos, ratas—, disfrazando esa madriguera para convertirla en impecable cuarto de baño. Con la salvedad de que se lograba el efecto contrario. Y es que existe una maldición de los cuartos de baño. Un cuarto de baño un poco sucio parece siempre más sucio que cualquier no-cuarto de baño mucho más sucio. Porque basta cualquier insignificancia en una extensión blanca, ya sea un banco de hielo o una sábana, un minúsculo detalle sospechoso, para que todo cambie, al igual que basta una mosca para que todo el azucarero se vista de luto. Nada tan triste como un cerco entre dos baldosas blancas, como una mugre negra bajo las uñas o el sarro entre los dientes. Al regresar a casa, Max ni siquiera tuvo ganas de darse una ducha.

Pero a la mañana siguiente, al salir de casa, Max se cruzó de nuevo con la mujer del perro, que desplegaba en esta ocasión su elegancia de batalla —elegancia de barrio, a medio camino entre la de sus supuestas fiestas y su atuendo para ir a hacer la compra—, y apenas vio a Max se dirigió decidida hacia él. Hola, dijo, anoche le vi casualmente en la televisión, haciendo zapping. Se interrumpió un instante sonriendo, como para disculparse por haber utilizado ese término. Ah, prosiguió, no sabía que tuviéramos un gran músico en el barrio. Le diré a mi marido (jo, pensó de nuevo Max) que compre sus discos. La mujer volvió a sonreírle, en esta ocasión de modo muy distinto a todas las demás. Luego se fue con sus finísimos tacones, y Max, volviéndose y mirándola alejarse durante largo rato, pensaba dirán lo que quieran, pero la música tiene sus cosas buenas.

A los pocos días, Max tuvo que participar en una gala de beneficencia en beneficio de no sabía muy bien quién, pero que a juicio de Parisy no podía perjudicarle de cara a su imagen. Una serie de intérpretes ofrecerían una pequeña actuación, Max conocía a la mayoría, prácticamente eran amigos todos ellos, entorno relajado, ningún canguelo. Por otra parte, el ambiente de la sala era mucho más distendido que el que reina habitualmente en una sala de conciertos: público muy familiar y muy poco versado, gran cantidad de niños, nada que ver con el perfil habitual del público de música clásica. Cuando le tocó el turno a Max, quien debía precisamente interpretar las *Escenas de niños* de Schumann, se sentó al piano en medio de un increíble barullo: reinaba en la sala una barahúnda de gritos, parloteos, risas y ruidos de envases arrugados con la que nunca se había encontrado durante un concierto, pues, digan lo que digan, el público de música clásica es habitualmente bastante bien educado e incluso cuando desapueba una actuación en principio se calla.

Sin ofenderse por ello, Max atacó *Países misteriosos* en medio de aquel entorno verbenero, hasta el punto de que apenas él mismo oía los primeros compases. No obstante, conforme seguía tocando, advirtió que el rumor comenzaba a disolverse como una nube, dando paso a un silencioso cielo azul, se dio cuenta de que estaba embobando al auditorio, trayéndolo a su terreno como a un toro, concentrándolo, dominándolo, poniéndolo en tensión. Al poco el silencio de la sala era tan sonoro, magnético y enérgico como la propia música, ambos flujos remitían el uno al otro y vibraban en común —sin que Max controlara en absoluto lo que hacían sus diez dedos en el teclado, sin que supiera de dónde venía aquello, de su trabajo o de su experiencia, o quizá de fuera, como un relámpago, como una intensa luz imprevista—. El fenómeno es insólito pero puede producirse, y veinte minutos más tarde, apenas concluyó *Habla el poeta*, tras un silencio, tras un instante de estupor en suspenso, estalló una ovación que Max no hubiera cambiado por un triunfo en el Théâtre des Champs Élysées.

Champán. Qué menos, hay que recuperarse un poco. Champán, por supuesto, pero, enseguida, los organizadores se acercaron a pedirle a Max que dedicara unos discos a petición general. Claro, dijo Max, me tomo otra copita y estoy con ustedes. Regresó a la sala, en la que habían montado una mesita, tras la que había una silla y delante de la cual se había formado en efecto una cola bastante considerable. Muy pronto las *Escenas de niños* grabadas por Max dos años atrás se habrían agotado, casi con la misma rapidez Schumann en general, más toda la música romántica que tuvieran a mano, se iniciaría un largo desfile de hombres intimidados con sonrisa suficiente, de mujeres emocionadas con sonrisa accesible e incluso de niños muy bien peinados con sonrisa seria y Max venga a firmar y firmar, la de veces en la vida que tiene uno que escribir su nombre.

Y al poco, en medio de aquella pequeña multitud, le tocó el turno a un hombre bastante apuesto, rostro afable y traje a medida, que depositó tres discos ante Max al tiempo que se inclinaba hacia él. Usted no me conoce, dijo —él sin sonreír—, pero conoce a mi mujer y a mi perro. Max, comprendiendo de inmediato de qué iba la cosa, creyó que había llegado su hora. Nosotros mismos, sabiendo que se acerca su muerte, tendríamos motivos para creer que le ha llegado el momento de pasar a mejor vida, pero no, incluso da la impresión de que todo transcurre más bien con normalidad: la esposa de ese hombre debió de contarle el rápido encuentro entre ambos, probablemente sin desencadenar en él ninguna reacción de celos ni de venganza homicida. El hombre se dedica también, según explica, a una profesión relacionada en cierto modo con las bellas artes. ¿Qué nombre pongo?, preguntó Max ilusionado. Son para mí, dice el hombre, me llamo Georges y he venido solo, sin mi mujer y mis hijos. No ha llegado el momento de que Max conozca el nombre de la mujer del perro.

Así pues, las cosas no fueron del todo mal, pero Max estaba un poco nervioso al abandonar la gala de beneficencia. Aunque, al no haber sufrido el miedo habitual, no había necesitado beber antes de tocar, después había trasegado bastante champán con los amigos, que habían ido desapareciendo uno a uno, obligándole a marcharse a su vez. Luego había recorrido en solitario unos cuantos bares cerrándolos hasta el último, tras lo cual, qué le vamos a hacer, no queda más remedio que irse a la cama.

Es tarde, hace frío, llovizna o chispea, Max camina bastante erguido por su calle desierta a esas horas y, antes de llegar a su casa, al pasar delante del número 55 echa una ojeada semicircular ante él para comprobar que el marido de la mujer del perro no ha cambiado de opinión y está ahí agazapado en un rincón, espionando el regreso de Max para atacarle. No, nadie. La lástima es que no haya echado esa ojeada tras él, porque de pronto alguien lo agarra por el cuello del abrigo, lo derriba y cae rumbado de espaldas cuan largo es con dos tipos subidos encima, embozados con pañuelos —de todas formas, pañuelos o no, Max se ha llevado el antebrazo a la cara para protegerse—, que proceden a registrarle sistemáticamente. Para ello, le abren la gabardina con violencia, con tan pocos miramientos que otros dos o tres botones saltan y ruedan hacia el arroyo —decididamente, no cabe duda ya: es la estación de la caída de los botones.

Los tipos extraen con pericia todo lo que encuentran en los bolsillos de Max y, al cabo de un rato, comoquiera que éste considera que aquello se prolonga demasiado, se le ocurre gritar, bueno tampoco demasiado, sólo un poquito, nunca se sabe, por cubrir el expediente, si con eso lograra que acudiera alguien. Pero, por una parte, tan sólo acierta a lanzar un grito débil y tímido, una especie de lamento un tanto quejumbroso, y por otra siente que una mano le tapa la boca para hacerle callar. Indudablemente podría apartar esa mano para seguir gritando, es una mano pequeña, quizá de adolescente. Pero, claro, teme que otra mano, no necesariamente más grande pero armada, le someta a un trato más radical —y, sobre todo, nota el sabor sucio y

salado de esa mano en los labios, a lo cual prefiere poner término por un reflejo de higiene.

Y además lo cierto es que acaba renunciando, se resigna a capitular, a no oponer resistencia, invadido de pronto por una resignación casi confortable, casi vergonzosamente voluptuosa, provocada por esa renuncia a todo y a la vanidad de todo. Sucede lo mismo cuando decidimos, de perdidos al río, dejar que haga lo que le dé la gana el anestesista, cuando nos coloca una mascarilla en la cara, a la luz perfecta del escialítico y en medio de la calma ideal del quirófano, ante las miradas de los cirujanos encapirotados. Y correlativamente, aunque esta operación se desarrolla a toda velocidad, a Max le da la impresión de que el tiempo se distiende, se desmultiplica, como si todo sucediera a cámara lenta pese al nervioso arrebató de los dos tipos instalados encima de él.

Sin embargo, aunque no debería a veces tiene unas reacciones aciagas: Max deja de protegerse los ojos para ver quiénes son esos tipos, sin duda son muy jóvenes pero a saber qué pinta tienen. Entonces, como llevan la cara tapada con pañuelos, Max, presa de un ataque de exasperación, arranca sin pensárselo dos veces uno de esos pañuelos. Descubre un rostro bastante desdibujado, muy joven en efecto, en el cual sólo tiene tiempo de ver una expresión asustada pero de inmediato furiosa, indignada y al final vengadora, y apenas tiempo de vislumbrar sobre él un brazo alzado, prolongado en un largo estilete que el joven desenmascarado, sin duda no menos asustado que Max, le clava profundamente en la garganta, debajo mismo de la nuez. El estilete atraviesa primero la epidermis de Max para luego atravesar la tráquea y el esófago, afectando a su paso grandes venas tipo carótida y yugular, tras lo cual, resbalando entre dos vértebras —séptima cervical y primera dorsal—, secciona la médula espinal de Max sin que esté nadie allí para verlo.

Todas las luces están apagadas en las casas vecinas, todas las ventanas están a oscuras, nadie mira nada salvo el perro de la mujer del perro, todavía de pie a esas horas en la cuarta planta del número 55. Es un perro meditativo y dulce, Max lo advirtió enseguida, es un buen perro pensativo que, como padece insomnio, observa la noche por la ventana para distraerse y acaba de presenciar tan lamentable espectáculo. Si la naturaleza contemplativa del animal le predispone a tener visiones, tal vez vea ahora, a modo de espectáculo complementario, elevarse suavemente el alma de Max hacia el éter acogedor.

II

No.

No, ni elevación, ni éter, ni gaitas. No obstante, daba la impresión de que, una vez muerto, Max seguía sintiendo las cosas. Se hallaba desnudo en una cama individual que ocupaba la cuarta parte de una pequeña habitación oscura cuyas paredes, pintadas de ocre, absorbían la luz de una lámpara de cabecera de escaso voltaje, colocada sobre una mesilla de noche, con una tela de color rojo oscuro a franjas, desplegada sobre la pantalla beige, que acentuaba la oscuridad. Cuando abrió los ojos, tras pasar varios minutos mirando a su alrededor sin apenas ver nada, Max apartó aquel trapo de la lámpara sin lograr distinguir mucho más de su nuevo entorno. Transcurrieron unos minutos más durante los cuales hizo débiles esfuerzos para comprender lo que había sucedido, sin resultado alguno. Como último recurso acabó levantándose, luchando contra un breve vértigo hasta dar con su pantalón, cuidadosamente doblado sobre el respaldo de una silla. Se lo puso y se dirigió hacia la puerta de la habitación, que suponía, sin motivo preciso, cerrada con llave.

Tampoco. Pero, si bien aquella puerta se abría fácilmente, daba a un largo pasillo vacío, jalonado de puertas cerradas entre las cuales una serie de apliques, regularmente dispuestos, difundían también nebulosos halos de lamparillas de noche. Un pasillo tan largo que no se distinguían sus límites, ni a uno ni a otro lado, tan vacío que no era nada, no daba a nada, habría sido lo mismo que la puerta hubiera estado atrancada de verdad. Max, con el torso desnudo, se disponía a cerrarla cuando, al fondo del todo, a la izquierda del pasillo, divisó a un personaje apenas distinguible, vestido con un batín amarillo y que se despegaba discretamente de la pared, pareciendo aventurarse como él ante su puerta. Al ignorar la naturaleza de aquel personaje, Max no sabía si hacerle una señal u ocultarse cuando de pronto lo vio acurrucarse precipitadamente al ver llegar otra silueta.

Ésta, de color blanco y surgida de no se sabía dónde, pareció amonestar con suavidad pero firmeza a Batín amarillo, quien desapareció al instante. Silueta blanca, pareciendo entonces percatarse de la presencia de Max, que la miraba dirigirse hacia él, se transformó al acercarse en una joven de físico parecido a Doris Day, alta, bata de enfermera, cabello claro estirado hacia atrás y prendido con una goma. Con la misma dulzura que no admitía réplica, instó a Max a que regresase a su habitación. Tiene que quedarse aquí, dijo, por cierto con la voz de Doris Day, van a venir a buscarle. Pero, comenzó a decir Max, pero no pudo seguir hablando, pues la joven atajó de inmediato ese conato de objeción con un ligero chasquido de dedos, semejante al paso de un pájaro en el aire que mediaba entre ellos. Bien pensado, se parecía incluso tremendamente a Doris Day, ese tipo de rubia alta y un poco rolliza de cara rellena y regordeta, pecho opulento y frente amplia, pómulos marcados, boca grande con un labio inferior excesivo que genera una permanente sonrisa de jefa de exploradores entusiasta: más tranquilizadora que excitante, exhalaba la moral estricta

de la buena salud.

Tras cerrar la puerta, Max examinó detenidamente la habitación. No había espacio para muchos más muebles aparte de la cama y de la mesilla de noche, ambas de caoba: un minúsculo armario empotrado, tal vez de roble, que contenía unas cuantas prendas de recambio de la talla de Max, una elegante mesita con forma de trincherero, la silla en la que se había encontrado el pantalón doblado, y eso era todo. Ningún cuadro en las paredes; ni objetos, ni revistas, ni libro a la vista, ni Biblia de los Gedeones en el cajón de la mesilla de noche ni prospecto turístico desplegable que indicase dónde estaban, qué se podía hacer allí y qué cosas había que ver por aquellos pagos, con horarios y precios. En definitiva, una habitación sobria y más bien confortable, como debe de haberlas en ciertas abadías transformadas en lugares de retiro espiritual, destinadas a almas que dispongan de ingresos igualmente confortables. Espacio climatizado, totalmente silencioso pues desgraciadamente carecía de ventanas, y que seguiría siéndolo al no estar equipado ni con radio ni con televisión. Una puerta de una sustancia traslúcida daba a un baño correctamente diseñado, con la salvedad de que no había espejo encima del lavabo. Cuando Max trató de divisar su reflejo en la sustancia, distinguió vagamente una mancha oscura en la base de su cuello. Y amén de que algo debió de disuadirle de llevarse la mano allí, en ese preciso momento se abrió la puerta, sin previa llamada, y apareció un visitante.

Aquel hombre era tal vez un poco más alto que Max, sin duda un poco más delgado, con muy buena pinta y de porte elegante, detalles todos ellos que habitualmente no dejaban de irritar a Max. Hacía gala de una desenvoltura que rayaba en la altivez, semejante a la de muchos tipos con los que se había cruzado Max en su vida profesional, directores artísticos o creativos publicitarios de casas de discos, críticos o productores de festivales especializados en un sector muy concreto del barroco. Su ropa ligera y holgada le sentaba demasiado bien, conjunto de lino beige con niqui color antracita y mocasines náuticos. Parecía excesivamente preocupado por su apariencia: su cabello lucía el punto justo de desaliño: tupido y cepillado hacia atrás con un mechón discretamente rebelde. Todo él —manos manicuradas, sesiones mensuales de rayos ultravioletas y piel exfoliada— desprendía efluvios a gimnasio de alto standing, a salones de peluquería, de belleza, de alta costura o incluso de té. Hola, Max, dijo sin mostrar efusión, encantado. Me llamo Christian Béliard, pero puede llamarme Christian. Yo voy a hacerme cargo de usted.

Todo ello —los que conozcan un poco a Max pueden imaginárselo— no augura nada bueno: a Max no le hace mucha gracia que un desconocido le llame de entrada por su nombre de pila como hacen los americanos, le hace poca que ese desconocido se dirija a él con ese tono desenvuelto sin mirarle apenas, y no le hace ninguna la actitud distendida, muy profesionalmente indiferente, ostentada por ese desconocido, quien, mientras le habla, dirige miradas distraídas a la habitación, como si estuviera inspeccionándola. Ya puestos, sólo faltaría que le tuteara. Max tampoco entiende por qué ese tipo, que le inspira una inmediata animadversión, pretende tener que hacerse

cargo de él, ni con qué derecho. Preferiría que antes le explicase educadamente a qué viene tanta solicitud distante, qué es todo aquello y qué hace el propio Max ahí. Pero, con o sin animadversión, el tipo debe de ser lo bastante intuitivo, o cuando menos lo bastante instruido, como para entender lo que le ronda espontáneamente a Max por el sistema nervioso. No se preocupe, dice el tal Béliard, quien esgrime media sonrisa mientras se sienta al pie de la cama, todo irá muy bien. Se lo explico rápidamente.

Resultó de esas explicaciones que por el momento Max se hallaba allí provisionalmente. Allí, o sea en una especie de Centro de orientación especializado, según creyó entender, algo así como un Centro de selección que iba a determinar su destino. El tiempo necesario para formalizar su expediente, que elaboraría una comisión idónea, no rebasaría una semana, durante la cual Max podría descansar un poco, pudiendo disfrutar a su antojo de los equipamientos del Centro, como tendrá usted ocasión de comprobar, la cocina es excelente. Respecto a las decisiones que adoptara aquella comisión, su naturaleza era de lo más sencillo: no había más que dos opciones posibles conforme al principio de la obligación alternativa. Según los resultados de la deliberación, Max sólo podría ser orientado hacia uno u otro de los dos destinos previstos. Pero no se preocupe, dijo Béliard, tanto el uno como el otro tienen su lado bueno. De todas formas, dentro de cinco minutos comprenderá mejor lo que le estoy explicando. Vístase, por favor.

Salieron de la habitación y se internaron en el pasillo, a lo largo del cual se alineaban a ambos lados, como ha quedado dicho, separadas por aquellos apliques que eran como hachones de madera dorada, puertas similares a la de la habitación de Max. Esas puertas, sin numerar, estaban cerradas, salvo una entreabierta por la que se vislumbraba una celda idéntica asimismo a la suya. Al parecer estaban limpiándola, pues, por el resquicio, Max entrevió a dos asistentes de espaldas en plena labor, vestidas con inmaculadas blusas y faldas negras sorprendentemente cortas, inclinadas sobre el fondo de un carrito metálico donde se apilaban productos de limpieza y montones de sábanas, fundas de almohada, manoplas y toallas limpias así como amasijos de sábanas, fundas de almohada, manoplas y toallas arrugadas, entre los sordos gemidos de un aspirador y un leve perfume a desinfectante de lujo.

Luego se abrió otra puerta a la izquierda, de la que salió la enfermera con la que se había encontrado Max media hora antes y que se detuvo al verlos pasar. Max la saludó respetuosamente con un movimiento de cabeza y se volvió hacia Béliard, cuyo rostro adoptó un aire severo. El 26 está un poco excitado, dijo la enfermera con cara de preocupación, ya no sé qué hacer con él. Escuche, dijo fríamente Béliard, sabe usted perfectamente que el 26 es un hombre un poco especial, conoce el tratamiento, ¿no? Claro que sí, contestó la enfermera, pero lo he intentado todo, y con él no hay manera. Eso ya no entra dentro de mis atribuciones, dijo Béliard, es competencia suya, ¿no? Si es que tiene usted alguna, añadió con tono cortante. Además, ya ve que estoy ocupado, hable con el señor Lopez si no se siente capacitada para desempeñar su trabajo, le buscaremos un traslado o cualquier otra cosa. Creo que necesitan

personal en la cocina, hasta luego.

Se separaron con acritud. Tampoco está tan mal esa chica, se permitió comentar Max. Es curioso cómo se parece a Doris Day. Es que es Doris Day, dijo Béliard con indiferencia. ¿Perdón?, inquirió Max. Sí, dijo Béliard, en fin, quiero decir que era Doris Day. ¿Por qué, la conocía usted? Hombre, dijo Max renunciando a mostrar asombro, creo que es bastante conocida, la he visto en algunas películas. Y hasta creo que tenía uno o dos discos suyos. Ah, claro, dijo Béliard con indiferencia, ahora recuerdo que se dedicaba usted a la música, ¿no? No exactamente a la misma música, dijo Max, pero el caso es que me interesan también otras cosas, quiero decir otros géneros.

Calló un instante, examinando sus manos, y pulsó en el aire vacío un acorde de séptima disminuida. Debo decir que me urge volver a tocar, añadió, pues enseguida lo echo en falta en cuanto me alejo de mi instrumento. Eso, objetó Béliard, me temo que va a ser un poco difícil. Tendremos que reconsiderar ese problema, ya le explicaré. ¿Perdón?, repitió Max. El caso es, precisó Béliard, que tendrá que cambiar de actividad. Así son las cosas cuando se ingresa aquí. Yo no tengo nada que ver, entiende, aquí se aplica el mismo régimen a todo el mundo. Pero a qué quiere que me dedique yo, se inquietó Max, si no sé hacer otra cosa. Ya encontraremos algo, dijo Béliard, siempre encontramos soluciones para todo el mundo. Fíjese en Doris, por ejemplo, también ella se ha visto obligada a reciclarse, ha tenido que cambiar de profesión. Ha elegido la sanidad, bueno, tampoco se las apaña tan mal, y además tiene más o menos el físico adecuado. Lo que pasa es que, por más que se le insista, no ha podido zafarse de sus pequeños hábitos de estrella. De cuando en cuando le vuelven, y a veces hay que darle un toque. Ya, dijo Max, he creído notar que no parecen llevarse muy bien. No es sólo eso, dijo Béliard, ocurre también que no me gusta mucho ese tipo de mujeres. ¿Qué tipo?, preguntó Max. Bueno, dijo Béliard con un gesto, las rubias grandotas y todo eso. Las conozco demasiado.

Al extremo del pasillo se dibujaba un recodo, pasado el cual se accedía a una especie de vestíbulo muy amplio en el que penetraba por fin la luz del día, que se derramaba a través de dos grandes ventanales, orientados en sentidos opuestos. Uno de aquellos ventanales daba a una ciudad que se parecía como una hermana a París, pues estaba balizada por sus puntos de referencia clásicos —torres y edificios altos de épocas y funciones variadas, desde la de Eiffel a Maine-Montparnasse y Jussieu, basílica y monumentos variados—, pero vista de muy lejos desde arriba. Era imposible calibrar bajo qué ángulo se veía aquella ciudad y sobre todo dónde se hallaba uno exactamente, pues semejante perspectiva de París no era factible desde ningún punto que conociera Max. En cualquier caso, como París o su sosias parecía asfixiarse bajo una lluvia negra y sintética descargada por nubes de contaminación, parduzcas e hinchadas como odres, la luz que entraba por aquel lado era opaca, depresiva, casi apagada, mientras que llegaba suave, afectuosa y clara por el otro ventanal. Éste dominaba en efecto un inmenso parque, una masa vegetal de suaves

relieves que ofrecía un amplio muestrario de todos los matices de verde, desde el más oscuro hasta el más claro: ondulando aquí y allá bajo un cielo más amable, aquella extensión parecía extenderse indefinidamente, hasta donde alcanzaba la vista, sin límites perceptibles.

He aquí grosso modo lo que le espera, dijo Béliard señalando aquellos dos ejes opuestos. Son las dos orientaciones posibles, el parque o la sección urbana. Se le destinará a uno de los dos. Pero de nuevo le repito que no se preocupe, no existe ni buena ni mala solución, ambas tienen sus ventajas y sus desventajas. Bueno, como ya le he dicho, la estancia en el Centro tiene un límite máximo de una semana. Así de sencillo, hoy es jueves y el miércoles que viene ya lo sabrá. Ah, dijo Max sin gran entusiasmo, ¿y no podría quedarme aquí? No me encuentro nada mal aquí, creo que podría estar a gusto, podría trabajar en algo. Totalmente imposible, zanjó Béliard. Aquí únicamente se está de paso. Pero ¿y Doris, qué?, preguntó Max sorprendido. Doris es un caso especial, dijo Béliard, esgrimiendo una sonrisa aviesa. Tiene valores, sabe usted, ha sabido situarse. El sistema a veces tiene fallos, existen favoritismos, como en todas partes. Max no se atrevió a preguntar gracias a quién se beneficiaba Doris Day de semejante trato de favor.

Cuando Max, acariciándose pensativamente la barbilla, a contrapelo de una barba más que naciente —porque ¿cuánto llevaba sin afeitarse, en realidad? ¿Cuánto tiempo separaba la escena de la acera de la del despertar? ¿Podía uno informarse sobre ese punto?—, se disponía a pasarse la mano por el cuello de la camisa, Béliard atajó con presteza su gesto. No se toque la herida, dijo, nos ocuparemos de ella. Por cierto, añadió frunciendo una ceja, acercándose a Max y examinándolo con mirada profesional, será mejor que lo hagamos cuanto antes. No podemos dejarle así. Entretanto, permanecerá en su habitación. Ya conoce el camino.

Sí, dijo Max, pero creo que tengo un poco de hambre. ¿No podrían darme algo de comer? En el estado en que se halla su garganta, dijo Béliard, no es muy recomendable por el momento. Pero ¿se puede saber qué le pasa a mi garganta?, preguntó Max, no noto nada, me encuentro muy bien. Es normal, dijo Béliard, se le ha sometido a un tratamiento especial a la espera de intervenirle. Podrá comer más adelante. Totalmente prohibido ingerir nada entretanto, de todas formas tampoco le entraría. Pero voy a ocuparme de que se ponga en marcha todo eso, dentro de un rato irá a verle una persona.

Max regresó a su cuarto, que alguien se había encargado de poner en condiciones durante su ausencia, para proporcionarle un confort hotelero bastante satisfactorio. Sobre el trinchero había ahora una bandeja de frutas exóticas pero prohibidas —un kiwi, un mango, un plátano y unas cuantas papayas— bajo celofán y un ramo de flores variadas. Asimismo sonaba un fondo musical a bajo volumen, una cinta grabada con obras tradicionales y suaves, poco perturbadoras, sin duda elegidas por una sensibilidad aséptica y cuyo volumen podía controlarse con un mando integrado en la mesita de noche.

Comoquiera que sobre la mesilla se apilaban también una docena de libros, Max examinó aquellos volúmenes, todos idénticamente encuadernados en un tono semirrojo como si provinieran de la misma biblioteca de empresa, al parecer elegidos según los mismos criterios que la música. Se trataba de una selección de obras clásicas, Dante o Dostoievski, Thomas Mann o Chrétien de Troyes, cosas así, pese a la presencia desconcertante de un ejemplar de *Materialismo y empiriocriticismo* extraviado allí, y que Max hojeó durante unos minutos. Tras intentar en vano vislumbrar su herida en la puerta deslustrada del cuarto de baño, se resignó a tumbarse en la cama resistiendo la tentación de pelar el plátano y abandonando a Lenin para abrir al azar la *Jerusalén liberada* en la vieja traducción (1840) de Auguste Desplaces.

Apenas le dio tiempo para avanzar en esa lectura pues enseguida llamaron a la puerta. De nuevo Béliard, sin duda, pero no, no era él. Quien entró en la habitación sonriendo era un ayuda de cámara clásicamente vestido de blanco y negro, Buenos días, señor, salvo que en lugar de la habitual bandeja de la comida posada en la mano izquierda desplegada, llevaba una varilla metálica en cuyo extremo había un bocal, lleno de un líquido traslúcido y del que partía un tubo flexible rematado por una aguja, en resumidas cuentas lo que suele llamarse un gotero.

Aquel ayuda de cámara era también un hombre de elevada estatura, cabello negro ondulado y lustroso y una sonrisa latina, irónica y seductora a lo Dean Martin. En realidad, visto de cerca, su físico era clavado al de Dean Martin, incluso tenía sus andares de excelente bailarín y sus ojos marrones que refulgían con destellos azules. Hasta tal punto se le parecía que Max, ya puestos, y en el punto en que estaban, habida cuenta del precedente con Doris Day, se preguntó si no sería el ejemplar auténtico: aun consciente de que se aventuraba a entrar en un terreno delicado, decidió arriesgarse. Perdón, dijo, pero ¿no será usted Dean Martin, por casualidad? No, no, señor, contestó el criado sonriendo más martinianamente que nunca, por desgracia no. Ah, crea que me hubiera gustado. Es increíble cómo se le parece usted, comentó Max con tono de disculpa. Eso parece, sonrió el criado con modestia, más de una vez me lo han dicho, en efecto. Si tiene la bondad de arremangarse. No, mejor la derecha, por favor.

Durante la hora siguiente Max permaneció tumbado en la cama mientras una solución hidratante a base de glucosa, vitaminas y sales minerales se difundía por su organismo. Luego llamaron de nuevo a la puerta —por todos los dioses, no paraban— y en esta ocasión era de nuevo la sonrisa de Doris Day, impregnando más que nunca el ambiente de vegetarianismo y ciencia cristiana. Lozana y alegre como siempre, la seguía un joven vestido de camillero que, en su caso, no se parecía a nadie conocido. Pidieron a Max que se desnudase para endosarse una especie de bata, embutirse un gorro y calzarse unas zapatillas de tejido sintético azul que se arrugaba como si fuera papel, y luego que se tumbara en una camilla alta. Así lo hizo y, empujado por el joven, se internaron en el largo pasillo. En esta ocasión se dirigieron en sentido contrario hasta un montacargas tan amplio como un ascensor de hospital y tan rápido como un ascensor de rascacielos: debieron de bajar a toda velocidad desde gran altura pues en varias ocasiones, desde lo alto de su camilla, Max se vio obligado a tragar saliva para despejarse los oídos tapados por la carrera hasta el sótano tercero.

Nuevos pasillos inundados de luz blanca y jalonados de amplias puertas de doble batiente, una de las cuales acabó abriéndose a un quirófano que no se diferenciaba en nada de cualquier otro quirófano. Tampoco el cirujano evocaba a ninguna celebridad. Un simple trabajillo de retoque, explicó el cirujano clavando otra aguja esta vez en el antebrazo izquierdo de Max, vamos a restaurarle el sector con una pequeña intervención de orden estético, pues la cuestión de las funciones vitales ya no se plantea, claro está. Tan sólo se trata de limpiar la herida, de suturar las partes lesionadas de la garganta y de reconstruir los elementos dañados, especialmente por la parte de la médula espinal, que es una zona delicada, para luego tapar y disimular el boquete abierto por el arma de sus agresores. Max se sumergió en el sueño químico antes de que el otro hubiera acabado de dar sus explicaciones.

Se despertó bruscamente, tardó un instante en reconocer su habitación pero reconoció de inmediato a Doris Day, que estaba sentada en una silla, a su cabecera, hojeando un folleto. Cuando Max abrió la boca para preguntar algo, ella le posó suavemente la mano derecha en los labios, posando en los suyos un dedo de la mano izquierda. No hable, dijo en voz baja, es demasiado pronto, y no sería bueno. Pero no se preocupe, que ahora todo irá muy rápido. En su caso, la herida cicatrizará rápidamente. Verá como mañana va ya todo mejor. Aunque no entendía nada de lo que ella le decía, Max asintió con expresión de complicidad, dirigió una mirada a la perfusión que había reaparecido en su brazo derecho y se quedó dormido como un tronco.

Cuando abrió los ojos, no había ya nadie en la habitación, que esta vez reconoció instantáneamente. No se oía ruido alguno, debían de haber desconectado el fondo musical para que durmiera tranquilo, no había modo de saber qué hora era de la tarde o de la mañana, del día o de la noche. A falta de otra actividad, Max decidió recapitular todas las informaciones recibidas desde su llegada al Centro, haciendo una síntesis y meditando sobre el rumbo que iban a tomar las cosas, hacia qué zona iban a

orientarle. Según todas las apariencias, mirado desde un punto de vista estético, el parque parecía ser una buena solución, si bien convenía ver con más detalle de qué se trataba. Como Béliard le había indicado que la decisión se tomaría tras examinar su expediente, Max se planteó el futuro con optimismo, pues confiaba bastante en el balance de su vida.

Su comportamiento siempre había sido, a su entender, más bien correcto. Procediendo a una vista de conjunto de su existencia, acabó concluyendo que no había cometido errores graves en ningún ámbito. Ciertamente se había dejado llevar por la duda, el alcoholismo y la desidia, cierto que en ocasiones había cedido a la pereza, había incurrido en arrebatos de cólera o se había abandonado a accesos de orgullo, pero cómo actuar de otra manera. Todo aquello, en conjunto, parecía decididamente venial. Si se accedía a ese parque según los méritos, Max no veía nada que pudiera oponerse a su integración, pero sin duda era prematuro especular sobre su destino antes de poseer más información, y, en ese preciso instante, se abrió la puerta y apareció Béliard.

Qué, profirió Béliard con voz marcial de médico jefe, ¿cómo nos encontramos esta mañana? Luego era por la mañana. La del día siguiente, a no ser que fuera la del otro. Pero antes de que Max pudiera contestar, llamaron a la puerta: en esta ocasión era el ayuda de cámara con una auténtica bandeja de comida.

Como habrá visto, aquí todo va muy deprisa, dijo Béliard alargando a Max un espejo de bolsillo, no hace falta ni venda, la cicatrización prácticamente ha concluido. En efecto, Max vislumbró a la altura de la garganta una ligera línea pálida bordeada de puntitos apenas visibles. Podrá usted volver a comer, agregó Béliard señalando al criado, que despejó diligentemente el trincherero, depositó la bandeja y procedió a desconectar el gotero. Tras extraer la aguja del antebrazo de Max, limpió rápidamente la zona con alcohol, como si pasara el paño por un hule, y hale, un cuadradito de esparadrapo encima y no se hable más. Ya está, dijo Béliard, asunto concluido, ahora ya puede vestirse.

Esto es sólo provisional, señor, se disculpó el criado a media voz mientras Max se ponía la camisa. Es por la operación. Un pequeño régimen de convalecencia que no es como para tirar cohetes, la verdad, pero no nos lo tenga en cuenta. Muy pronto disfrutará usted de menús más variados. En realidad, el menú consistía en arroz blanco con verduras al vapor, una loncha de jamón de york, yogur y compota, todo ello regado con agua mineral. ¿Qué le parece?, se inquietó el criado al tiempo que colocaba cuidadosamente los cubiertos a ambos lados del plato. Abrevia, Dino, abrevia, exclamo Béliard, quien parecía complacerse en zaherir al personal subalterno. Quiso despedir abruptamente al criado una vez éste hubo concluido su tarea pero Dino, puesto que se llamaba Dino, se tomó su tiempo con indolencia distante, sonriente, indiferente y tranquilo.

Ahora que está usted recuperado, dijo Béliard, le enseñaré un poco la casa. Tomaron el mismo ascensor que el que transportara a Max al quirófano y, mientras bajaban, Max intentó sacarle alguna información a Béliard acerca de Dino. ¿Por qué?, preguntó fríamente el otro. No sé, dijo Max, me cae simpático ese muchacho, lo encuentro especial. No puedo contestarle, dijo Béliard, no le gusta que se hable de él. Prefiere que no se sepa nada sobre su persona, cosa que yo respeto. La gente tiene ese derecho en nuestra institución, pero no le oculto que a veces me irrita, la verdad es que lo encuentro un poco descarado.

El ascensor se detuvo en esta ocasión tres niveles por encima del servicio de cirugía, en la planta baja del Centro. Se internaron en una nueva red de pasillos más anchos, mejor decorados —ramos de flores sobre consolas, estatuillas neoclásicas sobre zócalos y paisajes imaginarios— y más poblados —mujeres de la limpieza e intendentes, secretarias con gafas y moño que, apretando sus carpetas bajo el brazo, dirigían a Béliard al cruzarse con él tímidas y respetuosas miradas a las que él apenas respondía con un leve movimiento de barbilla—. Pasillos y más pasillos que

desembocaron al final en un gigantesco vestíbulo brillantemente iluminado por refulgentes arañas de cristal y de bronce, a las que se sumaban oblongas vidrieras color pastel, y de donde arrancaba una escalera monumental de doble vuelta. Ésta es la entrada del Centro, dijo Béliard. Al otro lado de una puerta giratoria se distinguía en efecto, jalonada de macizos y surtidores, una de esas amplias superficies de gravilla como suelen verse ante las amplias mansiones, generalmente salpicadas de largos automóviles, manchadas por el aceite de sus cárteres y estriadas por las huellas de sus neumáticos, pero allí, por lo que podía ver Max desde donde estaba, no había manchas, ni huellas de neumáticos ni coche alguno bajo el cielo despejado.

Tampoco parecía haber ningún agente de control en el interior del vestíbulo ni en sus aledaños. Ni vigilantes, ni guardias de seguridad ni la menor cámara de vídeo, bueno, sí: oculto tras la arquitectura de la escalera, Max vislumbró un discreto cubículo, de cristal esmerilado hasta la mitad, que contenía un escritorio tras el cual un sexagenario vestido como un conserje tradicional de gran hotel —levita negra, chaleco blanco y unas llaves entrecruzadas adornando la solapa de la levita— parecía sumido en sus ensoñaciones, aislado del mundo. Parece que no tienen ustedes mucho personal, observó Max. La gente entra y sale como le viene en gana, ¿no? No es exactamente así de sencillo, atemperó Béliard, pero algo así hay. La gente funciona rigiéndose por el principio de la autodisciplina, por decirlo así, la vigilancia es muy reducida y cada cual debe controlarse a sí mismo. Mañana visitaremos el parque, si le apetece. Entretanto, puedo presentarle al director. ¿Quiere usted conocerlo? Sí, dijo Max, buena idea, quiero conocer al director. Primero comprobaremos si está, dijo Béliard dirigiéndose hacia la garita del conserje: Dígame, Joseph, ¿está el señor Lopez en su despacho?

Ante la respuesta afirmativa de Joseph, se internaron en la escalera: por los rellanos circulaban o estacionaban algunos botones —muchachos muy jóvenes apenas púberes, vestidos con dolmán de paño, pantalón con franja, cuello y guantes blancos, y gorra—, quienes al ver pasar a Béliard y a Max parecieron suspender sus actividades principalmente retozonas. En la segunda planta, había una gran puerta de dos batientes custodiada por un ordenanza quien, saludando muy circunspecto a Béliard, los hizo pasar: atravesaron una serie de salas unas veces desiertas, otras divididas en despachos separados por tabiques de vidrio tras los cuales se distinguía, aquí y allá, una figura inclinada sobre un escritorio. Tras pasar por una antesala, Béliard llamó a la puerta siguiente, que se abrió y dio paso al espacioso despacho del director. Optaremos por no dar una descripción muy detallada de ese despacho, nos limitaremos a indicar que su mobiliario y su decoración hacen juego, quizá en un tono un poco más triste y gris, un poco menos limpio, al estilo de los lugares que hasta ahora ha atravesado Max.

Pero en aquel despacho, por más que fuese el del director, tan sólo había un hombre de pie, flaco y encorvado, inclinado sobre gruesos legajos de documentos amarillentos esparcidos sobre una consola. Aquel personaje era de estatura mediana y

vestía un austero y barato traje gris. Su largo rostro céreo denotaba una alimentación mal equilibrada y sus ojos legañosos lagrimeaban. Esgrimía un aire preocupado de pasante de notario mal pagado, más consternado que descontento por estar preocupado pero resignado a ello. Debía de ser el secretario o el contable, o uno de los subsecretarios o subcontables del director, a quien sin duda iba a mandar que avisaran.

Pero no. Señor Lopez, dijo en efecto Béliard con dulzura y deferencia, le presento al señor Delmarc, que lleva muy poco tiempo en nuestro Centro. Se le ha admitido esta semana, y quería verle a usted. Ah, dijo vagamente el otro alzando una mirada intimidada hacia Max, pues sea usted bienvenido. No le hizo ninguna pregunta a Max, siquiera por cubrir el expediente, a primera vista parecía un poco asustado, con la expresión interrogante de quien se ve desbordado por los acontecimientos, aunque cabía preguntarse si no sería una estratagema, una pose para tener paz, cuando sabía mejor que nadie quién era Max. ¿Qué apellido me ha dicho?, preguntó a Béliard, quien le repitió, deletreando, el patronímico de Max. Sí, dijo Lopez, me parece que ya veo. Un momento. Inclínándose de nuevo sobre la consola y hurgando entre los documentos diseminados, acabó extrayendo uno que le alargó a Béliard. Éste lo hojeó primero rápidamente y, en medio del silencio general, lo releyó con más atención.

Aun manteniéndose a prudente distancia, Max echó una ojeada al objeto en cuestión: era una ficha oblonga de cuadritos, de formato 125 × 200, de bordes amarillentos y algo arrugados, casi enteramente cubierta por una letra manuscrita fina, apretada, escrita con tinta china: a todas luces no era del día anterior, como la mayoría de los documentos apilados sobre la consola de Lopez. Recordaba aquellas fichas que se consultaban tiempo atrás, en las bibliotecas públicas, antes de que se transfirieran sus catálogos a archivos de ordenador. Anda, se permitió observar Max, ¿no están ustedes informatizados? ¿Le he preguntado yo algo?, contestó Béliard sin alzar los ojos. Entretanto Lopez se había sentado y se dedicaba a barrer con el dorso de la mano imaginarias motas de polvo en la superficie de su escritorio, que miraba con expresión ausente. Una vez concluida la lectura de la ficha, Béliard dirigió una breve mirada a Max antes de devolverle a Lopez el documento. Sí, dijo, creo que más o menos ya veo yo también. Pero qué mosca les pica, se preguntó Max, qué habrán visto que les parece tan raro.

En su habitación le esperaban dos huevos al plato acompañados por una cerveza y una raja de melón, primeros discretos indicios de que mejoraba el condumio. A partir del día siguiente, en efecto, la comida daría un salto cualitativo y la cena sería francamente digna de un restaurante caro. Max pasó todo aquel segundo día posoperatorio en su habitación, hojeando los libros que había allí, pero sin convicción y sin acabar de enterarse de lo que leía, al principio distraído por una inquietud referente a la ficha que había visto en el despacho de Lopez, y, ya iniciada la tarde, distraído en mucho mayor grado por el aburrimiento. Dino seguía atendiéndole con la misma discreción sonriente y desenvuelta, aunque no había modo de sacarle ninguna

información sustanciosa, y a continuación pasaba Béliard a tomar el café. Al caer la noche, Max le mostró su preocupación respecto a sus actividades durante los días siguientes. Es que empiezo a aburrirme un poco aquí, se vio obligado a confesar. ¿No podría salir a dar una vuelta de vez en cuando? Pero si es usted totalmente libre, aseguró Béliard, su puerta está abierta. Ahora nada le impide ya ir y venir a su antojo por el establecimiento. Respecto a las distracciones propiamente dichas, ya hablaremos más adelante. ¿Un puro?

El despertar del día siguiente resultaría bastante deprimente. También influía el que fuese domingo y el que, incluso en un lugar tan aislado del mundo como el Centro, el domingo producía como siempre y en todas partes su efecto de lentitud y de vacío, de desvaído discurrir, de hueca y desolada resonancia. Para empezar fue una interminable mañana a lo largo de la cual Max permaneció en la habitación, dándole vueltas al asunto de la ficha de Lopez, hasta que le sirvieron una de esas comidas frías que le caen a uno cuando no hay nadie en la cocina. Aparte de que ni siquiera se la sirvieron: cuando empezó a tener hambre y abrió la puerta a la espera de que apareciera Dino, se encontró la bandeja plantada en el pasillo a sus pies como un felpudo. Y Béliard, al igual que Dino, aprovechó sin duda su descanso semanal, a no ser que estuviese invitado a comer, pues no pasó como de costumbre a tomar café con Max. Éste se sentía ya totalmente restablecido de la operación y, una vez alimentado, decidió darse una vuelta por el Centro. Con una pequeña idea en la cabeza.

No resultó todo tan fácil. Tuvo que rehacer en solitario el recorrido efectuado la víspera con Béliard. El pasillo de su planta, más vacío que de costumbre, devolvía un gélido eco de internado desierto durante las vacaciones escolares, cuando todos los demás se han marchado con su familia y se queda uno solo con el personal, ya sea por castigo o porque sea uno huérfano. Sólo que Max no se encontró con ningún miembro del personal. En un momento le pareció percibir la vibración de un aspirador a lo lejos, el débil entrechocar de una escoba en un cubo, pero, como no se veía a nadie, podía tratarse de leves alucinaciones causadas por el propio silencio. Tanto daba. No le costó encontrar el acceso al ascensor y, una vez cerradas las puertas, comoquiera que la maquinaria no emitía el menor ruido, Max quedó enclaustrado en un silencio superior, silencio en el silencio, un silencio al cubo que nada bueno anunciaba. No sin desazón pulsó con el dedo índice el botón de la planta baja, y el descenso se prolongó lo suficiente como para ver desfilar de nuevo toda su vida, hasta el bing final del ascensor, que le produjo un leve sobresalto.

Al igual que la víspera, las puertas del aparato se abrieron para dar a la misma red de pasillos, mejor decorados que los de arriba. Las puertas daban a las mismas estancias ahora desiertas, y Max pudo detenerse en los resquicios para examinar lo que debían de ser despachos, salas de exposición, salas de reunión con máquinas de café. Se aventuró en lo que parecía un pomposo salón, amplio espacio cuya decoración respondía a cierta estética vagamente soviética: estucos y molduras, colgaduras de grueso damasco, alfombras con motivos imprecisos, grandes muebles sin gracia, cargados de buena voluntad y cubiertos con tapetes. Incluso había, al fondo del todo, un piano de concierto. Mira por dónde.

Al verlo, Max se dio cuenta de que desde hacía unos días tenía casi olvidada la música. Y eso que la música era su vida, o al menos lo había sido. Sin embargo, Béliard y él apenas la habían evocado, lo justo para que éste le diera a entender que

debía renunciar a ella. Incluso Max recordaba que apenas le había conmocionado en el momento aquella notificación, pero el piano, caray. Un piano. Max se acercó muy lentamente a él, como quien se aproxima a un animal feroz, como si el instrumento pudiese echar a volar gritando al menor gesto brusco. Aprovechando la ausencia dominical de Béliard, le entraron ganas de ver de cerca aquel modelo, de hacerlo hablar un poco. Pero antes, deteniéndose prudentemente a un metro de distancia, quiso descifrar su marca: no era ni Gaveau ni Steinway ni Bechstein ni Bosendorfer ni nada: no se veía ninguna marca dorada debajo. Voluminosa máquina anónima y negra, barnizada, reluciente, solitaria y cerrada. Aproximándose un poco más de puntillas, Max colocó silenciosamente las manos en supinación, pero cuando avanzó con cautela la punta de los dedos para levantar el cilindro, resultó que éste estaba cerrado, lo que hacía que las teclas fueran inaccesibles. Max insistió, intentando forzar aquella tapa, pero no hubo nada que hacer, estaba atrancada. Bernie, poseedor de numerosas habilidades, hubiese sido perfectamente capaz de abrir la cerradura con una ganzúa en dos tiempos tres movimientos, pero Bernie ya no estaba allí. Bernie también pertenecía a su pasado.

Max tuvo que contentarse con dar vueltas durante un rato, no más de dos o tres veces, en torno al piano cerrado. Sin hacerse muchas ilusiones intentó también levantar la tapa superior del instrumento, siquiera para examinar la tabla de armonía y el secreto, para acariciar las cuerdas y pasear las uñas por ellas como con un arpa, pero en vano: estaba cerrada como el resto. Durante aquellas dos o tres vueltas que dio en torno al piano, la pequeña idea creció en la mente de Marx.

Esa idea coadyuvó a recomponer bastante pronto y sin esfuerzo el itinerario que le separaba del vestíbulo. Seguía caminando en medio de un profundo silencio que, no limitándose a amplificar el ruido de sus pasos, despertaba otros ruidos diversos y vagos, palpitations y quejidos, lamentos, chirridos, zumbidos lejanos que se interrumpían en seco apenas Max cobraba conciencia de su origen ilocalizable, de su posible nacimiento en el interior de sí mismo. Su cráneo formaba la caja de resonancia o la cámara de eco de tales sonidos. Cuando llegó al vestíbulo, no había allí el menor agente de seguridad: incluso el conserje había abandonado su garita de cristal. Con todo, Max fingió al principio examinar el lugar con aire desenfadado, distraído pero abierto a toda curiosidad, como un turista abandonado sin guía en un castillo, yendo y viniendo sin plan alguno durante una jornada de puertas abiertas. No obstante, un motivo guiaba su deambular: acercarse, en círculos concéntricos y como quien no quiere la cosa, a la puerta giratoria del vestíbulo; una vez alcanzada ésta, empujarla ligeramente para cerciorarse de que no estaba bloqueada; y, no bien comprobado esto, empujarla con firmeza, penetrar en su espacio y salir con la mayor naturalidad del mundo. Experimentó una breve sensación claustrofóbica cuando se encontró, por espacio de tres segundos, encerrado en la cámara rotatoria de la puerta, al tiempo que la pequeña idea abandonaba la parte posterior de la cabeza para crecer e invadir ésta por completo: me voy a largar, santo cielo, me largo de aquí.

¿Para ir adónde? Ni idea. Una vez fuera, lo importante era alejarse lo más posible, luego ya se vería. El exterior consistía en un paisaje mínimo: una vez cruzada la explanada cubierta de grava que se extendía ante el Centro, se abría una calle sucintamente alquitranada, y este revestimiento se disgregaba poco a poco en placas de asfalto cada vez más sueltas, entre las cuales crecían matas de malas hierbas. Esa calle se transformaba muy pronto en un camino pedregoso, apenas transitable y flanqueado de arbustos secos con perfil de fásmido, sin más perspectiva que ondulaciones yermas a uno y otro lado, indefinidamente.

Nada evocaba en ese paisaje ninguno de los dos que Max había divisado desde las ventanas: era un estadio intermedio, gris, neutro y más bien fresco de la naturaleza. Max decidió seguir aquel camino tiritando un poco, sin disponer de alternativa alguna, ni tener la menor idea de hacia dónde se dirigía. Al cabo de unos quinientos metros, se volvió para contemplar el Centro. Era, como se había podido apreciar en el ascensor, un edificio muy alto, prácticamente un rascacielos de unos cuarenta pisos, de color gris y flanqueado de alas, anexos y largas dependencias bajas. Debía de haber allí mucha gente.

Tuvo que caminar dos o tres kilómetros por aquel camino desierto a campo raso hasta percibir un ligero ruido de motor de escasa potencia, sin duda de dos tiempos, que iba amplificándose a su espalda. Max fingió no enterarse hasta que oyó que el ruido del motor decrecía muy cerca de él, a su espalda, ronroneando suavemente en punto muerto. No le quedó ya más remedio que volverse: era un vehículo del Centro, y de marca desconocida para Max, además, como ocurría con el piano, no figuraba la menor mención del fabricante. A medio camino entre el Mini Moke y los cochecitos que se ven en los campos de golf, era un pequeño vehículo todo terreno descapotable, de bastante buen gusto dentro de su sencillez. Max no necesitó esforzarse para reconocer a Dino, quien estaba sentado al volante, aunque había cambiado su librea de ayuda de cámara por un traje azul eléctrico de buen corte. Llevaba también un sombrero, que se echó ligeramente hacia atrás al abrir con la otra mano la portezuela del pasajero, sin decir una palabra pero sonriendo irresistiblemente con todo su esmalte.

Saltaba a la vista que no había discusión posible, a Max sólo le quedaba subir y sentarse sin decir ni pío. Dino maniobró para dar la vuelta y partieron sin hacer el menor comentario en dirección al Centro, al principio en silencio, y luego, como si Dino advirtiese que ese silencio podía empezar a pesar, comenzó a tararear delicadamente una melodía que Max identificó de inmediato —*The Night is Young And You're So Beautiful*— hasta que se puso a cantar de verdad con toda la letra, a media voz, al tiempo que improvisaba una batería tamborileando en el volante con la punta de los dedos. Aparte de reconocer la canción, Max reconocía cada vez más claramente el timbre de la voz de Dino. Aquella voz de *crooner* un pelín trivial, desenfadada y diestra pero consciente y riéndose de su propia trivialidad: Dean Martin a todas luces, Dean Martin sin lugar a dudas, era tan indiscutible como

bastante intimidante porque Dean Martin, caray.

Pero también era una oportunidad de conocer un poco mejor a aquel artista, aunque sin manifestar que le había reconocido, pues el otro le había dado a entender claramente que deseaba mantener su anonimato. Si Dino no quería que se le identificara, al fin y al cabo era asunto suyo y Max no tenía intención de importunarle con eso. Eso sí, podrían conversar un poco, abordar muchísimos otros temas, yo qué sé. Dino, dijo cuando el otro dejó de cantar, ¿no podríamos tomar una copa un día de éstos? Me gustaría conocerle mejor. El otro, hasta ese momento tan amable y distendido, congeló un instante la sonrisa, aunque sin hostilidad, y volviéndose cortésmente hacia Max: Nadie puede conocerme, señor, contestó pausadamente, dicho lo cual volvió a desplegar su rutilante esmalte. Max se guardó muy mucho de insistir: Dino era un hombre tranquilo y reservado, como había dicho Béliard aquello había que respetarlo.

Entretanto, mientras circulaban hacia el Centro bajo un cielo casi tan blanco como aquella sonrisa, Max comenzó a cavilar sobre los terribles problemas que podían aguardarle a su regreso. Era difícil imaginar las medidas disciplinarias que le acarrearía su tentativa de fuga o de evasión —estaba por definir la propia naturaleza del delito—, pero evidentemente su conducta sería sancionada con alguna pena. ¿Cuál? ¿Penitencia, reclusión, reprobación o trabajos forzados, comparecencia ante un consejo de disciplina seguida de una expulsión pura y simple, claro que adónde podían enviarle ahora? Bien es cierto que nada de eso parecía ser preocupante por el momento habida cuenta de la actitud de Dino, quien seguía tamborileando sobre el volante igual de distendido —aunque no era propiamente indulgencia lo que emanaba su rostro, era más bien que parecía importarle un pimiento, no sólo eso sino todo en general, y probablemente no sólo lo parecía.

Pero, al llegar al Centro, Max no fue recibido por una legión de guardianes impasibles o de enfermeros enarbolando jeringuillas, ni arrastrado hacia un calabozo ni ante un comité de hombres vestidos de negro. Dino se limitó a acompañarle a su habitación, donde Béliard, sentado en la cama, le esperaba consultando tranquilamente el reloj. Max temía reprimendas e incluso amenazas, pues quizá, para más inri, le había jorobado el domingo a Béliard, su único día de descanso semanal; pero no, el otro mostró la misma cordialidad e indiferencia que Dino. Incluso estuvo más bien solícito. Cuando Max se disponía a embarcarse en una serie de confusas explicaciones, Béliard le interrumpió con un gesto. No se preocupe, dijo, todo el mundo lo ha intentado alguna que otra vez. Bueno, matizó, no todo el mundo. Pero le diré que tampoco tenemos nada contra ese tipo de iniciativa. Todo lo contrario, es muy sano, es una buena reacción. Sobre todo demuestra que está usted totalmente restablecido. Y ahora haga el favor de preparar sus cosas, dijo haciendo un gesto circular. No tengo nada, recordó Max, inquieto. Perdón, dijo Béliard, sólo era una fórmula, es que vamos a cambiarle de habitación.

Max todavía se esperaba lo peor —un oscuro calabozo, una celda acolchada, un

chabolo—, pues no, nada de eso, incluso parecía que habían decidido instalarle mejor. Su nueva habitación, situada en la misma planta, más espaciosa y sobre todo bastante más clara que la primera, disponía de una puerta vidriera con dos batientes que daba a una terraza desde donde se disfrutaba de una amplia vista del parque. Aquella noche todavía cenaría en su habitación, y Béliard, quien le había anunciado que al día siguiente le invitaría a comer en el restaurante, le facilitó un par de prismáticos mediante los cuales Max pudo hacerse una idea general del parque hasta que cayó la noche.

Cuando le llevó la bandeja a Max, Dino, que se había vuelto a poner la librea, se quedó maravillado de aquella habitación, cubriendo de elogios el mobiliario, el diseño funcional y el color de las paredes. Es mucho mejor que la mía, observó, y además desde aquí tiene usted una vista, uau. Al lanzar esta interjección, se acentuó de tal modo su parecido con quien a todas luces era que Max, sin poder contenerse, exclamó: Vamos, Dino, por favor, reconozca que es usted. ¿Quién?, replicó el criado con expresión sombría. De sobra sabe usted lo que quiero decir, se impacientó Max, estoy seguro de que es usted. Le conozco, le he visto muchas veces en el cine, hará un mes le volví a ver en la tele en una película de Tashlin. Si hasta he tenido discos suyos. Admítalo, hombre, que quedará entre nosotros. Señor, declaró con firmeza Dino, me cae usted muy simpático, pero le agradecería que no volviera a mencionar ese asunto. ¿De acuerdo?

A eso de las doce y media del día siguiente, Béliard fue a buscar a Max, va siendo hora de que tenga un poco de vida social, explicó. No sería bueno para usted permanecer recluso en su habitación, no hay que aislarse, siempre es bueno ver a gente. Sería pues la primera comida que Max tomaría fuera de su habitación, al salir de la cual se cruzaron con Doris en el pasillo. Parecía deambular por la planta sin tener gran cosa que hacer, como si estuviese deseando encontrarse con Max. Este, como hemos dicho, no había sido nunca lo que se llama un seductor, ni se había mostrado nunca receptivo a los mensajes más o menos subliminales que pudieran dirigirse, pues nunca había tenido la suficiente seguridad en sí mismo como para considerarlos como tales, pero le dio la impresión de que Doris le miraba con más fijeza, de que le sonreía con más insistencia. Ni siquiera su maquillaje y sus andares, más ligeros y dinámicos que de ordinario, eran los mismos que otras veces, como si algo, en fin no sé. Pero de qué hablas. Qué cosas se te ocurren.

No es el único restaurante del Centro, por supuesto, pero éste no está mal, anunció Béliard haciendo recorrer a Max una nueva red de pasillos que no pasarían, en esta ocasión, por el acceso al ascensor. Si no, acabaríamos perdiéndonos, prosiguió Béliard. En realidad hay uno en cada planta. Verá, aquí estamos sectorizados, la gente está agrupada por zonas geográficas. Los que va a ver ahora no vivían muy lejos de su casa. Es fácil que se encuentre con tipos que ha conocido. De todas formas, sólo pasan aquí una semana, como usted. De acuerdo, dijo Max, pero ¿por qué sólo tipos? Ah, exclamó Béliard, ¿no le he dicho que el Centro no es mixto? La sección de mujeres está en otro lugar. Puede parecer un poco anticuado, lo sé, es un punto que se ha discutido mucho con la dirección, pero por el momento se mantiene así. Ya veremos. Tenemos tiempo. Todo el tiempo del mundo. Bien, ya hemos llegado. Usted primero, por favor.

Era un espacio con cabida para doscientas o trescientas personas, sentadas en torno a unas cuarenta mesas montadas para seis comensales. Había allí sobre todo hombres mayores, por supuesto, que comían lentamente y poco sin mirar a su alrededor, pero los había también más jóvenes, algunos de la edad de Max, que pedían alegremente más vino. Entre éstos había una proporción más importante de accidentados, de asesinados, y de suicidas, que exhibían en su mayoría señales de heridas graves: perforaciones con arma blanca, impactos de proyectiles, señales de estrangulación y de fracturas de cráneo. Cierto que los cirujanos debían de haber tratado aquellas lesiones como lo habían hecho con la de Max, procurando que las cicatrices resultasen apenas visibles, pero aquellos estigmas seguían siendo perceptibles en algunos casos y, según el aspecto particular de cada uno, hubiera podido ser un juego adivinar lo que había sucedido. Comoquiera que fuese, aquel pasado no parecía cortarle el apetito a nadie. Bueno, dijo Béliard, le dejo. Enseguida le atenderán, le veré luego.

Efectivamente se acercaba un maître d'hotel, que precedió a Max hacia una mesa donde había una silla libre. Como a primera vista Max no reconoció a nadie entre los comensales, y como ninguno de ellos tomó la iniciativa de dirigirle la palabra, decidió examinar primero el lugar y luego al personal. Era un comedor de muy grandes dimensiones, ángulos monumentales y amplias perspectivas, que no evocaba en absoluto un refectorio o un comedor de oficiales, ni una cantina de colectividad. Todo tenía por el contrario un aspecto de restaurante de altos vuelos: colgaduras plisadas, arañas recargadas, cascadas de plantas colgantes, immaculados manteles y servilletas bordadas, pesada cubertería de plata grabada, portacuchillos prismáticos, fina porcelana monogramada con un trazo indescifrable, cristal resplandeciente, jarras con arabescos, lamparitas de cobre y ramos variados en cada mesa.

Dirigía el servicio un maître principal vestido con esmoquin negro, camisa y cuello almidonados, pajarita negra y chaleco blanco, calcetines negros y zapatos negros no charolados con tacón de goma. Le asistían otros maîtres adjuntos vestidos con frac, chaleco y pantalón negros, camisa y cuello almidonados, pajarita negra, calcetines negros y zapatos negros no charolados con tacón de goma. Éstos dirigían a su vez a una brigada de maestresalas vestidos con spencer blanco cruzado, chaleco negro muy abierto, pantalón negro, cuello postizo, pajarita blanca, calcetines negros y zapatos negros no charolados con tacón de goma. Por su parte, los sumilleres que comprobaban constantemente el nivel de los vasos, vestían chaquetilla, chaleco y pantalones negros, camisa almidonada blanca, cuello postizo, pajarita negra, delantal de grueso algodón negro con bolsillos de plastón y cordón de cuero; en la solapa izquierda de la chaquetilla llevaban prendida una insignia que representaba un racimo dorado.

A un nivel jerárquico inferior, otros empleados asistidos por auxiliares que despejaban las mesas servían de enlace entre la mesa de servicio de su inmediato superior y los servicios de retaguardia, lugares invisibles en los cuales, bajo la autoridad de un chef, como en todo establecimiento que se precie debía de trajinar un ejército de camareros, cafeteros, pasaplatos, lavaplatos, encargados de la cubertería, la vajilla, los vasos y las copas, la bodega, las cuentas y la fruta, mientras que en la cima de la pirámide, moviéndose al margen de las mesas y manteniéndose discretamente ojo avizor, el director del restaurante vestía chaqueta y chaleco de color gris marengo, camisa y cuello blancos almidonados, corbata gris, pantalón de rayas, calcetines negros, zapatos negros y lucía un cabello impecablemente plateado.

Los tipos sentados alrededor de las mesas, que sin duda habían llegado al Centro antes que Max, y forzosamente estaban mejor informados, parecían mucho más al tanto que él de las dos orientaciones posibles —parque o sección urbana—, pues todos ellos hacían cábalas sobre su propio futuro, al tiempo que aludían, en ocasiones con perfidia, al de los demás. Todo el mundo especulaba y apostaba bajo mano. Max escuchaba. Antes de que le informaran de la norma de separación de sexos, había acariciado durante unos instantes la idea nunca descartable de encontrarse a Rose en

el restaurante, pero bueno, olvidémonos de ese asunto.

Como las estancias eran semanales, los que llevaban allí cinco o seis días habían tenido tiempo de tomar contacto y se conocían. Max sintió que le recibían como a un novato a quien hay que meter en vereda, y así le alcanzaban la sal sin mirarle y apenas le dirigían la palabra. Únicamente le pareció que le caía un poco simpático al trinchador, vestido con un immaculado delantal, quien circulaba en torno a las mesas con su carrito cromado, y cortaba la carne tras presentar las piezas a los clientes. Al parecer aquel día podía elegirse entre los pollitos a la polaca y el cuarto trasero de corzo con salsa Cumberland. Tras optar por los pollitos, Max dio cuenta del resto del menú hasta el café, a la espera de que Béliard pasara a recogerle.

Al salir, Béliard le preguntó en el ascensor: ¿Qué, se ha encontrado a alguien? No, contestó Max. Aunque no se había cruzado con nadie conocido en el restaurante, le impresionaba la presencia en el Centro de Doris y de Dino —por más que éste se aferrara al incógnito y transmitió a Béliard su decepción por no haberse encontrado a otras celebridades. Sobre ese punto no tendrá usted queja, dijo Béliard, quien le expuso que, si bien uno de los principios del Centro era reciclar a antiguas personalidades para que formasen parte del personal, se respetaban ciertos cupos y se fijaban límites: no más de dos por planta. Por ejemplo, en la planta de abajo tiene usted a Renato Salvatori y a Soraya. Algunas de esas glorias pretéritas, destinadas allí a perpetuidad, quedaban dispensadas de la alternativa entre sección urbana y parque. Un estatus sin riesgo, ciertamente, pero también sin futuro.

Max se disponía a pedirle que explicara más detenidamente ese asunto del futuro cuando el discreto timbre del ascensor les anunció que habían llegado. Pasaron por los nuevos pasillos, que desembocaron, esta vez, en una entrada muy distinta de aquella por la que Max había intentado huir. Allí no había ni puertas giratorias de viejo hotel colonial, ni garita de conserje, ni salida a un patio con grava: allí dos altas y amplias puertas vidrieras daban directamente a la naturaleza. Vamos, dijo Béliard, sígame. ¿Le parece que demos un paseíto para hacer la digestión? Con mucho gusto, dijo Max.

Para empezar, subieron a un promontorio desde donde Max pudo contemplar la estructura general del parque. Se trataba de una inmensidad vegetal de forma más o menos redonda, pero de tal amplitud que su contorno parecía sobrepasar los trescientos sesenta grados. La componían paisajes sorprendentemente heterogéneos, combinados con acierto, amalgama de todas las entidades geomorfológicas —valles, colinas, escarpaduras, cañones, mesetas, picos, etcétera—, entre las cuales se desplegaba una amplísima red hidrográfica: aquí y allá, fugaces o estáticas refulgencias revelaban o sugerían ríos grandes y pequeños, lagos, albuferas, estanques y surtidores, cascadas y albercas, en cuyo horizonte se adivinaba la orilla de un mar.

No bien bajaron al pie del promontorio, Max vio una frondosidad vegetal que comenzaba a extenderse hacia ese horizonte, concierto de árboles y de plantas donde

cohabitaban todas las especies que crecen en los climas más variados —el pino codeándose con el olmo y el tejo con el terebinto—, como se ven en ciertos jardines portugueses pero de modo aún más exhaustivo, hasta el punto de que no parecía faltar una sola de las treinta mil especies de árboles censados en el mundo. Sigamos, dijo Béliard, y lo veremos todo de más cerca. Se internaron por un camino del todo distinto de aquel por el que había intentado huir Max, profusamente florido, rodeado de árboles frutales, ornamentales y forestales, de arbustos espinosos y lianas entrelazadas. En medio de aquella vasta flora, naturalmente, la fauna no iba a la zaga. Saltaban conejos de los matorrales, furtivos como mecanismos, bandadas de colibríes multicolores estriaban el cielo de rama en rama, y a media altura zumbaban selectos insectos de lujo —esmaltadas libélulas, lustrosas mariquitas, cetonias metalizadas—. Más allá, un grupo de monos maleducados se balanceaban en las lianas lanzando sus chuscos gritos mientras otros monos, más tranquilos y disciplinados, recogían frutos en los perales, con el asa de un bonito cesto de mimbre juiciosamente colgada del brazo.

Al poco comenzaron a aparecer casitas muy espaciadas entre los árboles y de aspecto tan heterogéneo como éstos. Aquellas construcciones reflejaban distintos orígenes culturales, desde la cabaña hasta la yurta, desde la isba a la casita de té tradicional, pero se divisaban también edificios más modernos, estructuras hinchables de propileno, habitáculos de hormigón con cabina de vidrio, contenedores o cápsulas monocascos de plástico, incluso había un módulo Algeco. Presentaban siempre dos particularidades. En primer lugar, cada una era de tamaño reducido, pues estaban concebidas para albergar a una o dos personas como mucho, y por otra parte casi todas parecían fácilmente desmontables, cuando no iban sencillamente montadas sobre ruedas. Al observar la sorpresa de Max, Béliard le explicó que la movilidad geográfica era un modo de vida de los ocupantes del parque, nomadismo que sus amplísimas dimensiones facilitaban. Diseminadas en el paisaje, aquellas viviendas móviles solían mantener cierta distancia entre unas y otras, si bien algunas, más sedentarias, instaladas en las ramas de los árboles, formaban una red unida por aceras suspendidas que corrían entre plátanos y secoyas.

Pero todas aquellas viviendas, en las que se vislumbraban a ratos ocupantes, Max sólo las veía desde muy lejos. ¿No podríamos acercarnos un poco?, preguntó. No, contestó Béliard, no puede ser. No les gusta que les molesten. Necesitan tranquilidad. Además, usted tiene estatus de visitante y no puedo permitirle que los vea. Sólo puedo decirle que llevan una vida apacible en su casa, cuyo mobiliario y estilo han elegido a su antojo. Es una fórmula que gusta a la gente. Como el parque es muy amplio, pueden vivir en paz, sin estar amontonados. Pero a veces se reúnen. Disponen de equipamientos para las actividades deportivas, hay campos de golf, pistas de tenis, clubs náuticos en los lagos, todo ese tipo de cosas. Lo cierto es que las prestaciones son excelentes. De vez en cuando organizan conciertos y pequeños espectáculos, aunque nadie está obligado a asistir, por supuesto. Cada cual hace lo que le da la

gana. De todas formas le enseñaré una vivienda de más cerca. Podemos echarle una ojeada porque en este momento está desocupada.

Béliard guio a Max a través de un minúsculo *cottage* de tipo anglosajón, flanqueado por un jardín cuajado de rosas y de anémonas, de flox y de arañuelas, de cleomes y de adormideras, bajo los fugaces arcos iris que desplegaba el sistema de riego automático, a la sombra de los lentiscos y de los ocozoles. Fíjese usted qué preciosidad, se maravilló Béliard, incluso pueden cultivar su jardín. Y además en el parque hay toda clase de árboles frutales y puede uno comer tranquilamente de todo. Bueno, cuando digo de todo, me refiero más que nada a las papayas, eh. Es que aquí prácticamente no hay estaciones, ¿verdad?, y el clima es ideal. Y, claro, la papaya crece sin parar, no para de crecer. Claro que, así entre nosotros, la papaya tiene que gustarle a uno, yo personalmente no la digiero bien. Mire, ya puestos, le enseñaré unas casas más exóticas, aprovecharemos que no hay nadie, lo cual es lógico porque son menos confortables, más que nada se utilizan como lugares de paso.

Así Max tuvo ocasión de admirar sucesivamente: una cabaña construida sobre pilares de roble, con vigas de castaño y varas de sauce, todo ello cubierto de bálago compuesto de capas de pinaza dispuestas sobre un entramado de mimbre; una choza circular cuyo armazón, paredes y techos eran un almocárabe de cañas, bambúes y hojas de palmera tejidas con lana de cabra, en la que la espesa lona de las paredes y de los tejados se aguantaba con gruesas cuerdas anudadas; una cabaña cónica con armazón vertical construida sobre cimientos de ladrillos enlucidos con mortero hecho con arcilla, hierba triturada y estiércol de caballo, amalgamados con turba y boñiga de vaca.

Lo cierto es que así a primera vista todo esto suena a museo del hombre, reconoció Béliard, es demasiado etnográfico, lo dejaremos aquí. Pero tiene usted también cosas más exóticas, vea aquello. Max divisó en efecto, según caminaban, casitas mediterráneas, refugios de pescadores, jardines obreros e incluso, todavía más apañado, caravanas, vagones o furgones rehabilitados, búnkers y blocaos restaurados, cascos de barcos vueltos del revés. Ve usted, dijo Béliard, hay de todo, el cliente tiene dónde elegir. Sí, dijo Max, ¿y qué sistema hay de calefacción? El clima está perfectamente estudiado, sonrió Béliard, aquí no se necesita calefacción, nunca, como tampoco hacen falta ventiladores. Bien, pues nada más, sólo quería que se hiciera una pequeña idea del parque. De todas maneras, mañana sabrá ya a qué atenerse. Pero se da cuenta de que aquí podría estar bien, ¿no? Sí, reconoció Max, lo único es que me da un poco de miedo aburrirme. Ah, claro, dijo Béliard, ése es el problema. Bueno, se está haciendo tarde y creo que va siendo hora de volver.

Cuando Max regresó a su nueva habitación, se cruzó de nuevo con Doris en el pasillo. Ella se detuvo a su altura, dirigiéndole una radiante sonrisa, ¿no necesita nada? Todo va bien, aseguró Max, todo va muy bien. Así que ha visitado el parque, ¿ha visto qué bonito es? Magnífico, convino Max, realmente hermoso. Bueno, pues le dejo, ya he acabado por hoy, explicó Doris, que pase una buena noche. Buenas

noches, dijo Max, buenas noches. Se separaron dirigiéndose largas sonrisas, miradas insistentes. No llevaba Max tres minutos en su habitación cuando llamaron a la puerta. Era Doris, quien entró alegando un pretexto fútil, asegurando que las asistentas se habían olvidado una cosa, buscando en vano esa cosa, para luego volverse fogosamente hacia Max y, cuando menos se lo esperaba éste, arrojarse en sus brazos. Y así fue como Max Delmarc, una buena noche, poseyó a Doris Day.

Noche de amor con Doris Day

A la mañana siguiente, Max se despertó muy tarde y solo en su cama. Mientras se volvía un par de veces, con los ojos todavía cerrados, su primer pensamiento fue espontáneamente recordar aquella noche. De entrada, aquel fenómeno vivido con Doris parecía a tal punto improbable que se le antojó un sueño, pero, una vez abrió los ojos, tras incorporarse con brusquedad para examinar someramente las sábanas, el estado de éstas le confirmó la realidad de los hechos. Entonces se dejó caer de espaldas, arrojándose y suspirando con satisfacción. Luego, una vez proyectó en su mente los principales episodios intensos de la noche, sobrevino el segundo pensamiento: hoy es el día, recordó. Ese día, según Béliard, debían informarle sobre su futuro.

A la espera de ese veredicto, Max procedió a hacer un nuevo repaso de su vida, como lo hiciera después de su operación pero de modo más estrictamente canónico: examen exhaustivo de conciencia basado en un protocolo reconocido. Recapitulemos, pues: nunca he matado a nadie, puede decirse que nunca he robado nada, no recuerdo haber levantado el menor falso testimonio y en muy raras ocasiones he soltado tacos. Siempre he procurado descansar los domingos y, por lo que respecta a mis padres, creo que he hecho lo que he podido. Si bien no he tenido ocasión de estudiar a fondo el asunto del adulterio, quizá en términos generales no he acabado de ser del todo claro sobre el de la codicia del bien ajeno, incluidas las esposas. Pero tampoco ha sido nada del otro mundo. Queda, claro está, el problema de lo divino, sobre el que estimo haber sido más bien correcto. Escéptico pero honesto. Dubitativo pero respetuoso. Al margen de eso, no se me ocurre nada más. Confieso que en ocasiones he bebido inmoderadamente pero, en primer lugar, dada mi profesión, creo que he tenido circunstancias atenuantes y, por otra parte, yo diría que en el decálogo no se menciona directamente el asunto del alcohol. ¿Qué más? Grosso modo creo poder afirmar que me he comportado, sí, más bien correctamente. Debería ir todo bien. Claro que el parque no sé si me convence mucho, pero ya se verá.

Bastante satisfecho de aquel panorama, Max volvió a proyectarse la película de su noche con Doris. Lo cierto es que sexualmente había estado estupenda, muy imaginativa por lo poco que había podido juzgar él, que, al no contar con la suficiente experiencia —pues todo se reducía a dos o tres amores desdichados y unas cuantas putas—, sólo podía suponer que Doris tenía en efecto un montón de ideas, si bien en ese ámbito raramente se podía rebasar, y resoplando a base de bien, la decena o la docena de ideas posibles con sus consiguientes variaciones, porque fuera de eso todo venía a ser siempre lo mismo. Pero por ejemplo, durante una buena parte de la noche, Doris había practicado largas mamadas sorprendentemente sofisticadas, y quién iba a decirle a Max, cuando escuchaba sus canciones en tiempos, que podía ser capaz de concebir semejantes refinamientos, pese a todo su talento de artista. Nunca se lo hubiera imaginado.

Eran un poco menos de las doce y Max, que seguía acostado, se hallaba sumido en ese punto de sus reflexiones cuando Béliard entró en la habitación con una expresión inhabitual aunque muy discreta pintada en el rostro, a medio camino entre la reprobación y el regodeo. ¿Todo va bien?, preguntó Béliard. ¿Ha dormido usted bien? Nada mal, contestó Max preguntándose si no estaría el otro en antecedentes de los pormenores de su noche. Bien, dijo Béliard, tengo el veredicto. Vengo a comunicárselo, se han reunido esta mañana. Adelante, dijo Max.

Lo lamento mucho, dijo Béliard, pero han decidido enviarle a la sección urbana. Bueno, pues de acuerdo, dijo Max, sin dejar de preguntarse si la noche con Doris no habría pesado sobre el veredicto, pues constituía una infracción contra el principio de separación de sexos, que podía asimismo extenderse a una intolerancia más general respecto a la sexualidad. Pues muy bien. No obstante, pese a las leves reticencias que manifestara respecto al parque y que en realidad no eran sino fruto de una coquetería, pues pensaba que le mandarían allí por decreto, le asaltó una inquietud. En el fondo no le habían explicado nada concreto sobre aquello de la sección urbana, además a qué venía ese estúpido nombre rescatado de los antiguos tíquets de metro.

Confieso que no acabo de entenderlo, dijo, y lo considero bastante injusto. Habida cuenta de la vida que he llevado, totalmente dedicada al arte, pensaba que se me iba a tratar con más indulgencia. Verá usted, dijo Béliard suavizando el tono, no le ocultaré que siempre existe un punto de arbitrariedad en las deliberaciones. No es algo automático. Ocurre con frecuencia, es así. Además hay que respetar los cupos, añadió sin dar más precisiones. ¿Y no hay manera, replicó Max, no hay posibilidad alguna de apelar? No, dijo Béliard. Eso sí que va contra las normas. Pero no se preocupe, no se lo tome a la tremenda. Y además, francamente, el parque, así entre nosotros, no es que sea muy divertido cada día, a veces la gente se aburre un poco. Eso sí, tiene usted siempre sol, pero convendrá conmigo que lo mejor del sol es la sombra. Incluso hay muchos que no soportan nada bien el parque al principio, aunque luego se acaban acostumbrando. Claro que tampoco pueden hacer otra cosa.

Bueno, dijo Max, de acuerdo, pero ¿en que consiste exactamente eso de la sección urbana? Si es muy sencillo, dijo Béliard, la gente se imagina vaya usted a saber qué, pero verá como tampoco está tan mal. Sencillamente le mandamos de vuelta a casa, ni más ni menos. Bueno, cuando digo a casa, me estoy refiriendo a París, claro está. ¿Y hasta cuándo?, se inquietó Max. ¿Cuándo se acaba? Ahí está, dijo Béliard, no se acaba. Es en cierto modo la base del sistema, por decirlo así. Pero si ello puede tranquilizarle, se lo recuerdo, tampoco se acaba para los del parque. Max meditaba ya, diciéndose que ese retorno le permitiría regresar con los suyos, volver a ver a gente, reanudar una actividad normal, pero Béliard se anticipó de inmediato a sus pensamientos.

En la sección urbana sólo rigen tres grandes reglas. La primera es que está prohibido contactar con personas a las que se haya conocido en vida, prohibido darse a conocer y prohibido reanudar vínculos. Pero eso, dijo Béliard con aire de

complicidad, no tiene por qué plantear problemas. ¿Y por qué?, quiso saber Max. Cambiaremos cuatro casillas en su aspecto físico, anunció Béliard, nada, menudencias. No se preocupe, porque es algo muy discreto. Pues yo no quiero, dijo Max sublevándose enérgicamente, me niego. Le digo que no se preocupe, dijo Béliard. Cuando le operamos el otro día ya procedimos a rectificarle unos detalles utilizando la cirugía plástica. ¿Cuáles?, se aterrorizó Max pasándose las manos por la cara. Ve usted, dijo Béliard, ni siquiera se ha dado cuenta. Ahora se le practicará una nueva intervención, nada complicado, leves retoques, unas ligeras modificaciones y luego nadie podrá reconocerle. Ya digo, de todo lo referente a su aspecto físico nos ocupamos nosotros. Se lo repito, peccata minuta. Y tranquilícese, que apenas cambiará nada para usted. La gente no puede imaginarse lo tranquilo que se vive de incógnito.

El punto siguiente es que también debe cambiar de identidad, por supuesto. De eso ya debe encargarse usted, la cuestión de los papeles es cosa suya. Pero bueno, objetó quejumbrosamente Max, si yo no entiendo nada de eso, hombre, no tengo ni idea de lo que hay que hacer. No es asunto mío, contestó secamente Béliard recobrando su brusquedad, pero, al ver la expresión desolada de Max, acabó hurgándose en el bolsillo y sacando una agenda, que hojeó. Lo que sí puedo hacer es darle una dirección, dijo, pero es en Sudamérica y ni siquiera estoy seguro de que todavía funcione. De todas formas intentaré organizarle una pequeña estancia por allí. Pero si no conozco en absoluto esos países, repitió Max, no sé ni cómo ir. Le echaremos una mano al principio, dijo Béliard, pero luego tendrá que apañárselas solo. Bien. La tercera regla, como ya le he señalado, es que tiene totalmente prohibido reanudar su antigua actividad. En el sentido más amplio del término, ¿entendido?, ello abarca toda práctica profesional relacionada con la que ejercía usted. Ya no podrá ir de artista como antes, tendrá que ejercer una profesión de verdad, como todo el mundo. Pero también en eso recibirá una ligera ayuda al principio. ¿Y el dinero?, preguntó Max. Está previsto, contestó Béliard, le daremos también una pequeña cantidad para ir tirando. Bien, pues creo que ya se lo he dicho todo, su operación está programada para dentro de veinte minutos, y se marchará inmediatamente después. Pasaré a recogerle dentro de un rato.

Apenas hubo cerrado la puerta, ésta volvió a abrirse y entró Dino, cuya sonrisa superaba en un tono su registro habitual. Así que nos deja usted, dijo gravemente Dino. Sí, dijo Max con tono preocupado, me mandan otra vez a casa, no sé muy bien qué va a ser de mí. Me he enterado, señor, no sabe cuánto lo lamento. Dino, se aventuró Max, podría usted traerme una copita, creo que en este momento me sentaría bien. Me temo que va a ser difícil, señor, dijo el criado, porque su estancia ha terminado. La verdad es que he venido a preparar la habitación para la persona siguiente, como ve, no se quedan mucho tiempo desocupadas. Es el problema con esta profesión, ¿sabe usted?, el trasiego es continuo y no le da tiempo a uno de hacer amistades. Lo entiendo, dijo Max, lo entiendo.

Como reapareciera Béliard en ese momento, acompañado del camillero, Max se despidió rápidamente del criado. Bueno, pues adiós, Dino, gracias y disculpe por haberle importunado. ¿Importunado a mí, señor?, dijo Dino. Nada de eso, por favor, en ningún momento. Sí, dijo Max, ya sabe, esa pregunta que le hice. Por favor, señor, dijo Dino, volviendo a esgrimir su sonrisa clásica, aunque amenizada en esta ocasión con un guiño inhabitual —clara alusión a una escena con Raquel Welch en la película *Bandolero*, y que de ese modo contestaba explícitamente a la pregunta—. Bueno, vamos, vamos, dijo Béliard con tono impaciente.

De regreso en el quirófano, el cirujano, que por otra parte no era el de la otra vez, no se dignó hacer el menor comentario a Max. Tampoco le pincharon para dormirle, como se esperaba: le aplicaron rápidamente una mascarilla en el rostro que le hizo sumergirse de nuevo en el sueño artificial sin que tuviera tiempo de preguntarse dónde, cuándo, cómo e incluso sencillamente si, algún día, se despertaría.

III

Habían de despertarlo los atropellados traqueteos de un hidroavión, un pequeño aparato amarillo que amerizaba en la blancura del alba en medio de un gran río de color resina. Al abrir los ojos, Max divisó a lo lejos, a la derecha, una ciudad de proporciones considerables y de aspecto destartado a orillas del agua. Iquitos, indicó lacónico el piloto, un tipo joven de bigote rectilíneo, rostro de color mármol ocre y falsas Ray-Ban oscuras tratadas con iridio.

El hidroavión, ya inmóvil, se balanceaba en la superficie del río, sumido en el tórrido calor que reinaba ya a esas horas. El tipo joven abrió la puerta al cabo de unos minutos, señalando con la barbilla una piragua con motor que se acercaba a toda velocidad y que se detuvo junto a los flotadores del aparato. Max dio las gracias al piloto con un gesto y saltó a la piragua, que arrancó de inmediato rumbo a la terminal fluvial situada río arriba. El piragüista parecía tan poco locuaz como el piloto, y Max sólo llevaba una bolsa pequeña cuyo origen ignoraba, y en cuyo interior había un neceser que tampoco recordaba haber comprado. Nada más, ni siquiera ropa de recambio, sólo un sobre que contenía una cantidad en moneda local, para él desconocida, con un papel donde estaban anotados una dirección de hotel y un número de teléfono precedido del nombre Jaime. Esa cantidad quizá bastase para vivir durante algún tiempo en un país de moneda débil, lo cual a primera vista, de lejos, parecía traslucir el aspecto bastante miserable del lugar. Max no se atrevió a preguntar al de la piragua en qué país de Sudamérica se hallaba exactamente, pues podía resultar extraño y, en cualquier caso, Max era incapaz de hacerlo, toda vez que no hablaba ni español ni portugués. Comoquiera que fuese, primero habría que arreglárselas para comprar algo que ponerse, pues únicamente disponía de una camisa y un pantalón de algodón sin cinturón, con unos zapatos de cuero claro que le hacían un poco de daño.

Iquitos, situada en el noroeste del continente sudamericano y a igual distancia de tres fronteras, encajonada entre la selva tropical y el Amazonas, es una ciudad de trescientos mil habitantes, construida en la orilla derecha de ese caudaloso río. Fue designada oficialmente como puerto fluvial amazónico por el artículo único de la ley n.º 14702, el 5 de enero de 1964. Su temperatura media es de treinta y seis grados. Rodeada por el río y por algunos de sus brazos, Iquitos puede también ser considerada una suerte de isla ya que no se puede acceder a ella por carretera alguna: sólo se puede llegar por el aire o por el agua. A lo largo de la orilla se suceden pequeños embarcaderos como aquel al que se acercaban. Poco más allá estaba aparcado un vehículo Ford ocupado por dos hombres llamados Óscar y Esaú, que acabaron saliendo para recibir a Max.

Óscar, mucho más joven que Esaú, más charlatán y orondo, camiseta y cadena al cuello, hablaba un excelente francés. Sin nombrar directamente a Béliard, dio a entender que estaba al corriente de su influencia y de las formalidades que debía

cumplir Max antes de invitarlo a subir al coche. Se internaron en la carretera llena de baches que conducía al centro de la ciudad. Esaú, traje oscuro, corbata, pelo aplastado, gruesas gafas de voluminosa montura, se limitaba a conducir en silencio y lentamente el viejo y abollado Ford azul petróleo cuyos asientos y volante estaban envueltos en peluche amarillento. En la base del parabrisas, un plano horizontal estaba cubierto con una estera protectora de terciopelo rojo acolchada con franjas doradas. Como sea que aquella alfombra inestable se deslizaba sin cesar de su soporte, cayéndose al menor bache, Esaú se pasaba el tiempo colocándola pacientemente en su sitio, con una mano, como si le pareciera de especial importancia mantener ese objeto, que Óscar le ayudaba de vez en cuando a ajustar. Esaú, constantemente distraído por esa labor, conducía muy despacio, a una media de treinta y cinco kilómetros por hora, incluso en muchos tramos no pasaba de veinte. Como sucediera que, sin motivo aparente, uno de los limpiaparabrisas se puso a funcionar motu proprio, raspando con un ruido sordo el parabrisas rajado, Esaú accionó en vano todas las manecillas del salpicadero para detenerlo, hasta que por fin renunció. Hacía cada vez más calor en el coche, que no tenía aire acondicionado, y la estera protectora seguía resbalando. Esaú acabó renunciando también y la dejó caer.

En Iquitos, por la zona de Fitzcarrald y de Putumayo, el alojamiento que le habían reservado a Max en la segunda planta del Hotel Copoazú consistía en una habitación de lo más rudimentaria cuya ventana daba directamente a una pared. Cama de hierro individual, pequeño televisor de hospital fijado en la pared, silla de plástico y mesilla de noche sin más accesorios que una lámpara, un teléfono y el mando del televisor. El baño estaba acorde con el resto y Max aplazó en la medida de lo posible el momento de ir a contemplar en el espejo su aspecto de entonces. Tumbado en la cama, con la nuca arqueada por la escuálida almohada adosada a la cabecera metálica, echó un vistazo a una cuarentena de cadenas públicas y privadas, regionales, limítrofes y norteamericanas. Las tres cadenas regionales transmitían resultados electorales que según le pareció entender, pese a su escaso conocimiento de la lengua, eran controvertidos. Entretanto sólo podía pensar en su cara, fluctuando entre el miedo y la impaciencia, temiendo lo que deseaba ver.

Al final decidió afeitarse, peinarse y cepillarse los dientes para poder ir al aseo privado de ventana. Como por supuesto el fluorescente que había encima del espejo no funcionaba, sólo pudo vislumbrar su silueta, pero en cualquier caso, visto así, nada parecía haber cambiado significativamente. Permaneció todavía un buen rato ante el televisor antes de llamar a recepción para pedir en su inglés chapucero que subiesen a cambiar el fluorescente —*please could you change the light in the bathroom, it doesn't work.* —*Sí, señor*—, lo cual llevó bastante tiempo. Luego, una vez efectuada la reparación y ya solo, Max hizo una profunda inspiración antes de ir a mirarse.

Buen trabajo. Lo cierto era que habían atinado. Si bien Max, incuestionablemente, resultaba irreconocible, no podía atribuirse su transformación a nada concreto. Ni su nariz ni su frente, sus ojos, sus mejillas, su boca o su barbilla, nada había cambiado.

Todo seguía allí. Era más bien la estructura de esos órganos, las conexiones entre todos ellos, lo que se había modificado insensiblemente, por más que el propio Max fuera incapaz de decir de qué manera, en qué orden y en qué sentido. Pero el caso es que ya no era el mismo, o, mejor dicho, era el mismo, aunque a todas luces otro: si bien su rostro podría sonarle vagamente a quien lo hubiera conocido, la cosa no pasaría de ahí sin lugar a dudas. Se atrevió a abrir la boca para cerciorarse de que los dientes seguían siendo los suyos, y sí, reconoció sus viejos empastes y su pequeña prótesis, pero también allí, y de modo indefinible, parecía reinar un nuevo orden maxilar.

Perplejo, con la misma sensación de alivio que de horror, Max abrió el grifo del lavabo para intentar servirse un vaso de agua. Pero en primer lugar temblaba tanto que necesitó varios intentos para llenar un infame vasito. Y encima el agua del grifo, que en nuestros climas europeos requiere sesenta y dos parámetros de calidad para ser apta para el consumo, no debía de pasar en Iquitos de una mala decena, a ojo de buen cubero. De modo que Max llamó de nuevo a recepción para pedir que le subieran un agua mineral. Y, ya puestos, habida cuenta de que no todos los días se ve metido uno en un cacao de esa magnitud, juzgando además que tras una semana de relativa abstinencia de alcohol en el Centro se lo merecía de sobra, sugirió que le trajeran de paso una botella de pisco, con cubitos y limones. Sí, señor. A la espera de que llegase, volvió a mirarse en el espejo. Se acostumbraría. Le sorprendió hacerse tan pronto a la idea de que se acostumbraría. Tampoco tenía elección pero, en fin, se acostumbraría incluso antes de lo que pensaba. Apagó el fluorescente, salió del baño y, mientras subía el volumen del televisor, llamaron a la puerta de la habitación.

Era el director con una bandeja, y con todo lo que había pedido Max en la bandeja. No bien desapareció el director, Max abrió la botella de pisco y se sirvió un vaso, feliz, cuando hete aquí que el aguardiente resultó tener un sabor inmundamente emético, y Max tuvo que correr a escupirlo al lavabo. Y ahora qué diablos sucede. Qué raro. Con lo buenísimo que es el pisco. Comoquiera que fuera, tras lavar y secar cuidadosamente el vaso, Max se enjuagó la boca con agua mineral, abrió la bolsa, sacó el sobre que había dentro, abrió el sobre, sacó el papel en el que estaba escrito el número de teléfono, se sentó en la cama, acercó el teléfono y marcó el número.

Tras colgar el teléfono, Max abandonó el hotel con su bolsita vacía y se pasó la tarde haciendo compras por las calles de Iquitos: ropa apropiada para el clima — chaqueta y camisa ligeras, pantalones de algodón, unos cuantos calzoncillos—, objetos de primera necesidad, cuchillas de afeitar, pastilla de jabón y champú, así como una bolsa más grande donde cupiera todo ello, incluida la bolsita doblada. De regreso en el hotel, cenó en solitario —el ruido de sus cubiertos producía siniestros ecos en el comedor vacío—, luego subió a acostarse enseguida, durmió muy mal y, tras levantarse muy pronto, decidió abandonar cuanto antes aquel establecimiento.

Durante la mañana, Max consiguió alquilar sin demasiado esfuerzo dos habitaciones en el destartado palacio de un antiguo magnate del caucho. La fachada de aquella residencia estaba revestida de baldosas de loza esmaltada, ornamentadas aunque ya corroídas, azulejos que, en los tiempos de su esplendor y de la prosperidad de Iquitos, el magnate había mandado traer de Portugal por vía fluvial y marítima, en los mismos barcos que transportaban cada semana su ropa sucia hacia las tintorerías lisboetas. Las ventanas enrejadas daban directamente al Amazonas más allá de la avenida Coronel Portillo y, desde su habitación, podía disfrutar de una vista sobre las casas de madera construidas en las mismas aguas del río, algunas de ellas flotantes, otras sobre pilotes. A lo lejos se veían pasar grandes barcos, los mototaxis petardeaban sobre el asfalto de la avenida, las aves revoloteaban en torno a las piraguas que desfilaban y los niños jugaban entre las basuras. Max observaba distraídamente aquel espectáculo sumido en sus ensueños, dejando que desfilaran sus pensamientos en una doble perspectiva. En primer lugar tendría que habituarse a vivir consigo mismo, con su nuevo aspecto, a la espera de que estuviesen listos los documentos de su nueva identidad, que le serían entregados al cabo de unos días en la cafetería del aeropuerto, como habían acordado la víspera por teléfono. Luego, si bien el alquiler de las dos habitaciones no era exorbitante, había comenzado a experimentar un asomo de preocupación al calcular el pellizco que supondría ese alquiler sobre su peculio. Los suministradores de identidad no serían por supuesto filántropos y, con lo que le quedara, no podría ir muy lejos. Ya se vería.

Puestos a gastarse el dinero, no tardó en encontrar el sitio donde podría comer y cenar: el restaurante Regal, situado en la Plaza de Armas, encima del consulado de Gran Bretaña, en un edificio de hierro. El hierro tenía el inconveniente de potenciar el calor como un címbalo, pero podía uno comer pescados del río mientras miraba a las muchachas que se paseaban por la plaza en grupitos inaccesibles, y a los hombres que, arracimados junto a las alcantarillas, se entretenían pescando ratas con una caña y un bramante en la punta del cual habían prendido un trozo de tortilla. Y allí como en todas partes, como en todos los restaurantes tropicales del mundo, se veían reflejarse los grandes ventiladores en las concavidades de las salseras, de las cucharas y de los cucharones, semejantes a gruesos insectos o a pequeños helicópteros. Max

examinaba todo aquello con interés pero con despego, con ojos de resucitado que regresa al mundo y mira ese mundo a través de un cristal.

Como no hablaba con nadie y como nadie hablaba con él, su principal actividad consistía en leer sistemática y minuciosamente la prensa local y nacional, lo cual le permitió conocer muy pronto los rudimentos del español. Tras una consulta manifiestamente trucada, la controversia originada por los resultados electorales seguía ocupando las primeras planas en gruesos caracteres, pero a Max le interesaban sobre todo las últimas páginas. Éstas, totalmente fotográficas, relataban al pormenor la vida mundana de las clases dirigentes, incluso las de los países limítrofes. Y así podían verse, en el transcurso de inauguraciones, recepciones, estrenos, bodas y cócteles de toda suerte, grupos de personalidades dirigiendo amplias sonrisas a los fotógrafos, copa en mano. Vestidos de noche, esmóquins, champán y pisco sour, animación general, vertiginosa multiplicidad de rostros que evidentemente Max no conocía. Este, a quien el paso por el Centro no había hecho olvidar sus preocupaciones ni perder sus hábitos, continuaba comprobando maquinalmente si Rose no aparecía por casualidad en alguna de las fotos. Ciertamente semejante hipótesis era en extremo improbable, pero en el fondo, puesta a desaparecer, nada impedía que Rose se hubiera casado con un banquero argentino o con un caballero de industria guatemalteco, por no decir con un senador paraguayo.

Se acostumbra uno muy pronto a Iquitos —mejor que a aquellos zapatos color canela para los que Max todavía no había encontrado sustitutos—, se orienta uno fácilmente y no se está tan mal. Pese al problema de dinero —preocupación que siempre dejaba para más adelante—, Max se sintió de vacaciones al cabo del tercer día. Pero ese mismo día tenía concertada la cita con el suministrador de identidad en el aeropuerto Francisco Secada, situado a cuatro kilómetros del centro de la ciudad. Para ir allí, Max tuvo que tomar uno de aquellos mototaxis cuyos conductores le ofrecían constantemente sus servicios. El mototaxi, un scooter cubierto con lona y con un asiento trasero, es el equivalente amazónico del *rickshaw*, aunque desprovisto de protecciones laterales y de armazón ligeramente distinto del de su homólogo indio. Contrariamente a éste, no está plagado de calcomanías políticas o religiosas —a veces aparecen uno o dos tigres pintados en el asiento— y no dispone de taxímetro. Pero ya sabemos de qué sirve un taxímetro de *rickshaw* y hasta qué punto es poco fiable, de modo que no se discute menos áspera ni previamente el precio de la carrera con un mototaxista que con un *rickshaw-wallah* tamil, un *zimidjan bini* o un piloto de *tuk-tuk* laosiano. En lo que atañe al confort que puedan proporcionar uno u otro de esos vehículos, es más o menos comparable a todos los efectos.

Al llegar al aeropuerto, Max no hubo de esforzarse mucho para encontrar la cafetería ni, prácticamente solo en medio de ésta, al denominado Jaime, con quien había hablado por teléfono tres días atrás y que esperaba sentado ante un humeante café doble. Jaime tendría más o menos la edad de Max, y unas irónicas gafillas de prósbita filtraban su mirada de complicidad. Llevaba el brazo izquierdo disimulado

bajo la escayola disimulada bajo un jersey disimulado bajo una chaqueta disimulada bajo un abrigo disimulado bajo una bufanda disimulada bajo un sombrero, pero, no obstante el ambiente de baño turco, tales superposiciones no parecían afectarle especialmente. Apenas comenzaron a conversar, un limpiabotas astroso, huraño y harapiento se acuclilló a los pies de Max sin preguntarle su opinión y empezó a lustrarle de inmediato los zapatos, cosa que Max dejó hacer sin vigilar la operación. Bueno, dijo Jaime, todo está más o menos listo, sólo falta una foto. Si podemos tenerla en dos días, la documentación estará disponible antes del fin de semana. Bien, y dígame, se inquietó Max, ¿podría concretarme cuánto me va a costar? No puedo decírselo en este momento, adujo Jaime, todavía no tenemos hecha una factura detallada.

A continuación, Max formuló la misma pregunta respecto al limpiabotas, quien había acabado su trabajo y se erguía silencioso, temblando ligeramente y sin despegar la mirada de él. ¿Y a él cuánto le doy? Una moneda de un sol será suficiente, estimó Jaime. Max pagó al limpiabotas sin mirarle y concertó una nueva cita con el falsario, que se alejó. Al quedarse solo, echó una ojeada a sus zapatos. A falta de betún amarillo, los zapatos de Max habían pasado a ser violetas, de un hermoso y reluciente color violeta. Bien pensado, quizá no estuvieran peor así, pero en fin. Max se levantó y salió del aeropuerto contemplando el nuevo color de sus pies. Hombre, si era imprescindible cambiar totalmente de identidad, por algo había que empezar.

Los días siguientes no fueron tan buenos. Las horas se le hacían cada vez más largas y cada vez le preocupaba más el asunto del dinero. Porque, aunque no lo parezca, pese a su estancia en el Centro y al trágico acontecimiento que precedió a ésta, su situación particular, en modo alguno inmaterial, no le impedía experimentar las sensaciones y necesidades clásicas del organismo. El hambre, el calor, la sed incluso sin pisco, el deseo de un confort elemental, todo ello plantea problemas que sólo resuelve el dinero. El más humilde tren de vida requiere un presupuesto. Y Max veía esfumarse sus fondos a ojos vistas, inexorablemente.

A ello vino a sumarse una sensación de aislamiento. Si bien, durante los primeros días, el descubrimiento de Iquitos había bastado para mantenerlo ocupado sin necesidad de hablar con nadie, Max empezaba a estar un poco harto del turismo, no aguantaba ya la soledad en aquel lugar perdido. No había modo de echar una parrafada con nadie en la Plaza de Armas, ni con las chicas guapas ni con los pescadores de ratas. Y si alguna vez logró, en su incipiente y escaso español, entablar una breve conversación con autóctonos, fundamentalmente con los ya provecos camareros del Regal, fue para recibir pesimistas y resignadas informaciones sobre la ciudad: índice de suicidios explosivo, omnipresencia de las sectas, masivo consumo de drogas, prácticas de magia negra y me quedo corto. Todo ello, que ya era desalentador de por sí, no incitaba especialmente a integrarse. Tuvo ataques de depresión y tuvo días de aburrimiento, ese aburrimiento que engendra la amalgama entre la soledad y la precariedad de medios. A veces no tenía ganas de salir a pasear por Iquitos, para qué, incluso una vez se quedó todo el día en casa, pasando sin cesar de una a otra habitación, fiera enjaulada que sólo se detenía de vez en cuando a contemplar, a través de las rejas, el río de inmutables colores.

Ese día, siquiera por entretenerse, se le ocurrió escribir a su hermana, con lo que infringía las estrictas consignas que le había dado Béliard. Se pasó más de una hora redactando la carta, en la que lo explicaba todo, lo contaba todo, se quejaba de todo, no dudando incluso, al final, en pedirle a Alice que le mandara algo de dinero. Pero una vez hubo firmado, releído, doblado e introducido la carta en un sobre cuya banda engomada lamió, sobrevino una serie de adversidades. En primer lugar Max se cortó el labio superior con la solapa del sobre —herida que, con ser muy fina y benigna, resultó desproporcionadamente dolorosa—, en segundo lugar el sabor a cola de pescado rancio que se propagó por su boca era espantoso, en tercer lugar Max cobró conciencia de los peligros a que se exponía ante Béliard —si éste hacía averiguaciones— al dejar en su carta un poco de saliva comprometedor, pues no era probable que los científicos del Centro hubieran llegado al extremo de modificar su código genético. Al final, tras meditar sobre la tremenda impresión que podía llevarse Alice al recibirla, Max abrió el sobre, leyó por última vez su carta y luego la rompió y la quemó.

En el Tropical Paradise Lodge de la avenida Putumayo, por donde había pasado para llevarse unos prospectos que le proporcionaron un rato de lectura, seguro que le ofrecerían dar un paseo en piragua para entretenerse un rato. Sería un nuevo gasto pero, de perdidos al río, una excursión de media jornada todavía podía permitírsela. En ciertos aspectos, las masas oscuras de la selva amazónica evocaban a ratos ciertas zonas del parque que visitara con Béliard. Las vías fluviales, infestadas de mosquitos, estaban flanqueadas de árboles que crecían según una extraña lógica, como si sufrieran un trastorno hereditario, lo que contribuía no poco a crear un malestar. Se cruzaban con otras piraguas de remos ocupadas por indígenas silenciosos que transportaban cajas, sacos, bidones y jaulas con pollos. Divisaron perros, en una ocasión una iguana, o más exactamente una voluminosa hembra de iguana preñada apoltronada sobre una rama saliente y a la que el piragüista intentó capturar para robarle el huevo —no hay nada tan rico, aseguró el hombre, como el huevo de iguana pasado por agua y poco hecho.

El día fijado, Max tomó un nuevo mototaxi para trasladarse al aeropuerto. Jaime seguía allí, siempre bien abrigado a pesar del bochorno, sentado en esta ocasión ante un chocolate caliente. Entregó a Max una bolsita de algodón bordado —artesanía local hecha a mano, precisó, regalo— que contenía una copia perfecta de un pasaporte francés a nombre de Salvador Paul, André, Marie, nacionalidad francesa, nacido el mismo día que Max, con la foto de Max debajo, acompañado de cero niños en la página 4 y de auténticos sellos franceses en la página 5. En la página 7, en el primer hueco reservado para los visados, figuraba incluso un tampón de entrada en la capital del país, unas semanas atrás, en el aeropuerto internacional Jorge Chávez. Todo ello parecía perfecto.

Mientras Max examinaba aquel objeto, Jaime sacó del bolsillo un papel doblado en el que aparecía escrita una larga cifra. Esa cifra era una cantidad —importe de la factura del pasaporte— que correspondía exactamente, con una diferencia de unos centavos de sol, al dinero que llevaba Max en el fondo de los bolsillos de su pantalón nuevo: a todas luces le habían vigilado de cerca, habían controlado hasta el último de sus gastos, habían calculado cuidadosamente lo que le quedaba, y de ese modo Max se quedaba totalmente sin blanca. Como debía de notársele un poco en la cara —¿Qué pasa?, dijo Jaime, ¿algo va mal?—, Max no tuvo tiempo de contestar cuando ya el otro, sonriendo como si no estuviera esperando otra cosa, le hizo una propuesta tan clásica y tan carente de imaginación que incluso molesta relatarla. Se trataba, como es usual en esa clase de enjuagues, de transportar determinada cosa al extranjero —Francia, en este caso— a cambio de cierta remuneración. Situación tan convencional que huelga precisar la naturaleza de esa cosa, metida en un maletín de piel de lagarto con cierre de metal dorado oxidado que Jaime, inclinándose, sacó de debajo de la mesa y puso encima.

Ya ve, sólo tiene usted que llevar esto, dijo señalando el maletín, no es nada. Un trabajo discreto, fácil y bien pagado. Y no en moneda local, tranquilo, se le pagará en

dólares contantes y sonantes. Bien, dijo Max, de acuerdo, pero, entonces, ¿cuándo tendría que salir? Enseguida, contestó Jaime, el avión despegará dentro de cuarenta y cinco minutos. ¿Y mis cosas?, se inquietó Max. No hay problema, dijo Jaime inclinándose de nuevo, aquí las tiene, han pasado a recogerlas nada más salir usted. Se las alargó, cuidadosamente dobladas en la bolsa, y éstos son sus billetes de avión y su dinero. Max tardó poco en contar ese dinero: dólares, sí, pero muy pocos, apenas lo justo para pasar dos o tres días en Iquitos, o sea dos o tres horas en Francia, pero ¿qué otra cosa podía hacer ya? Bueno, dijo Max, de acuerdo.

No tuvieron que esperar mucho rato Max, su maletín y su bolsa: embarque inmediato. En el vestíbulo del aeropuerto de Iquitos, autóctonos que partían hacia Lima se cruzaban con racimos de turistas que venían a recorrer las entrañas de la selva amazónica, a examinar a sus indígenas, a consultar a sus chamanes y a explorar el campo de su conciencia merced a la ingestión de la ayahuasca. El equipaje de unos y otros era cuidadosa y recelosamente husmeado por perros atados con correas y con bozal, cuya ausencia de reacción al paso de la maleta de piel de lagarto permitía conjeturar que al menos no contenía estupefacientes. Una vez se hubo instalado Max en el pequeño avión, éste se puso en movimiento a todo trapo, alcanzando en un abrir y cerrar de ojos su altitud y su velocidad de crucero, dando fe de la profesionalidad de los pilotos. En ese país se mantiene en efecto una larga tradición de expertos aviadores, que despegan a la hora prometida y aterrizan a la hora exacta sin complicarse la vida con miramientos ni sutilezas —no dudando en descender en picado hacia su meta, casi en vertical y sin apurarse por los tiempos de descompresión, ignorando los tímpanos de los pasajeros, quienes, al unísono, se aprietan los oídos gritando de dolor.

Max en cambio tuvo que esperar largo rato en Lima, donde mató el tiempo hojeando la prensa, feliz de sus fulgurantes progresos en español, pero inquieto por lo que podía esperarle en París. Luego, una vez en el avión, se abstuvo de presenciar el mimodrama de las consignas de seguridad interpretado por las azafatas, que a continuación repartieron a los pasajeros zumo de naranja y caramelos, mantas y auriculares que difundían distintos programas musicales. Una ruedecilla incrustada en los brazos de los asientos permitía elegir entre esos programas: selecciones de variedades, de jazz y de música étnica o clásica. Cuando el avión se puso en movimiento, Max se embutió los auriculares para entretenerse un poco, deteniéndose maquinalmente en la selección clásica para identificar de inmediato un Impromptu de Schubert que estaban interpretando, el allegro en mi bemol mayor de la op. 90. Pero al tiempo que reconocía la obra reconoció su propia interpretación, grabada cinco años atrás en Cerumen. Prefirió fingir que no se había dado cuenta, como se finge no reconocer a un inoportuno con el que se cruza uno en la calle, salvo que en este caso era él. Cambió al punto de programa, pero acabó renunciando, de todas formas los auriculares le hacían daño en las orejas, como prótesis mal ajustadas. Max prefería escuchar el ruido de los motores del Boeing, que es profundo y penetrante, pletórico como un hálito sin fin, no como los motorcillos del Airbus, que emiten un sonido de viejo motocultor, y al final acabó durmiéndose.

Caía una intensa lluvia sobre París cuando el avión se posó en la pista de Roissy-Charles-de-Gaulle, esa lluvia muy densa que parece caer de muy alto y que Max había divisado, unos días atrás, desde una de las ventanas del Centro. Tras cumplir con los trámites aduaneros en los que —nada que declarar— nadie se molestó en

inspeccionar el contenido de su bolsa ni de su maletín, cruzó sin problemas la puerta que daba al vestíbulo. Allí, frente al flujo de pasajeros, algunas personas parecían esperar, dos esposas pertrechadas de niños dispuestos a saltar al primer cuello que apareciese y tres anónimos que enarbolaban nombres en unos cartones. Max no reaccionó de entrada al descifrar, en uno de éstos, su nueva identidad escrita con mayúsculas, hasta que, al recordarla, se dirigió directamente hacia ella.

El anónimo que la enarbolaba lucía esperpénticamente barba, sombrero, gafas oscuras y una gabardina abrochada hasta la glotis. Sin dejar de enarbolar la identidad de Max mientras le veía acercarse, sostenía en el otro brazo una maleta de tamaño mediano que alargó de inmediato a Max, al no poder estrecharle la mano por no disponer de otro órgano prensil. Me llamo Schmidt, le dijo, y éstos son sus efectos personales. Supongo que tiene usted el maletín. Aquí está, dijo Max presentándoselo. Bien, dijo Schmidt cogiéndolo, tomaremos un taxi.

Cola bastante breve en la parada de taxis, tras lo cual el tal Schmidt dio una dirección al taxista, un número impar del bulevar Magenta. Max examinó discretamente a aquel improbable Schmidt, cuya profusión de atributos de anonimato resultaba exagerada —aunque tampoco era seguro que se tratase de artificios, todo aquello podía ser 100 % natural—. Luego, optando por abandonar su contemplación —a Schmidt no debía de hacerle especialmente feliz que le miraran—, Max se volvió hacia el otro lado para examinar el paisaje. Le parecía regresar tras una larguísima ausencia, cuando en realidad entre sus dos estancias en el Centro y en Iquitos apenas habían transcurrido quince días. Con todo, entraba dentro de la lógica que tuviese esa impresión. A través de la ventanilla del taxi, divisó las largas hileras de casas y los altos rascacielos del suburbio sur que se divisan por la zona de Bagnolet cuando se regresa del aeropuerto por la autopista A3. A Max siempre le había costado creer que aquellas construcciones albergasen auténticos pisos ocupados por auténticas personas, en auténticas cocinas y auténticos cuartos de baño, auténticos dormitorios donde la gente se acoplase de verdad, donde se reprodujese realmente; resultaba apenas imaginable.

Sin embargo, la vivienda que habían previsto para él los servicios del Centro no sería, como veremos, mucho más envidiable. Schmidt, que no abrió la boca en la autopista, precisó el itinerario que había que seguir a partir del cinturón de circunvalación y, en el bulevar Magenta, a medio camino entre la République y la estación del Este, el taxi se detuvo ante un hotel. Sin ser lujoso, aquel establecimiento, llamado Montmorency, tampoco era una cochambre. Había un vestíbulo, dos salas de reunión y un bar. No tomaron el ascensor: sin detenerse en la recepción, donde vegetaba una recepcionista informe, Schmidt indicó a Max que le siguiese por una escalera empinada que no parecía haberse construido para la clientela. En la última planta del hotel, una serie de puertas oscuras enfrente unas de otras y muy pegadas se sucedían en un pasillo color amarillo oscuro. Schmidt extrajo una llave del bolsillo y abrió la cuarta a la derecha. Era una habitación estrecha, con

un empapelado de flores marchitas, decorada con muebles exigüos salvo una cama demasiado grande. No había más sanitario que un lavabo. Bueno, dijo Schmidt, aquí vivirá usted. La ducha comunitaria y el retrete están en el rellano. Max se acercó a la ventana, corrió las cortinas cuyas anillas rechinaron en la barra metálica y la abrió al tumulto del bulevar, que rugió de inmediato, colmando de pronto el reducido espacio. El problema, recordó Max cerrándola al punto, es que prácticamente no me queda dinero. Tiene pagado el primer mes de alquiler, indicó Schmidt, luego le tocará arreglárselas a usted con su sueldo. Sueldo, repitió Max sin entender. Naturalmente que sueldo, confirmó el otro, trabajará usted en el bar, ahora le enseño.

Bajaron al sótano del establecimiento. Aprovechando que el bar estaba vacío a esa hora de la mañana, Schmidt le mostró su nuevo puesto de trabajo, la colección polícroma de botellas y los vasos de todos los tamaños con los utensilios, fuentes de entremeses, cocteleras, coladores, exprimidores y especieros. En un armario empotrado colgaba de una percha una chaqueta rojo vivo usada en cuya solapa aparecía ya prendido un rectángulo con el nombre Paul S. grabado. Éste es su uniforme de trabajo, dijo Schmidt. Los horarios son de 18.30 a 1.30 salvo los domingos. Tiene dos días libres para recuperarse del desfase horario, o sea que empezará el lunes. La dirección está al corriente, para cualquier problema que tenga hable con ellos. No creo que tengamos ocasión de volver a vernos, buena suerte.

Tras subir a su habitación, Max sacó primero de la bolsa la ropa que había comprado en Iquitos: prendas demasiado exóticas y ligeras para el clima de allí, todavía cargadas de perfumes tropicales que respiró con nostalgia antes de guardarlas en el estrecho ropero de melaminado blanco. Acto seguido abrió la maleta que le había entregado Schmidt. Contenía un traje gris oscuro, una corbata negra y tres calzoncillos, así como un par de zapatos negros envueltos en un periódico de la víspera. Todas aquellas prendas de tejido sintético, talla aproximada y calidad mediocre habían pasado ya por otras manos antes de pasar por la limpieza en seco. Bienvenido a la sección urbana.

Max dedicó los dos días libres que le habían concedido a pasear por París. Primero procedió a efectuar unas cuantas experiencias en su barrio de Château-Rouge, con intención de comprobar el efecto producido por la labor de los cirujanos. Se presentó a ver de incógnito a los comerciantes a cuyos establecimientos solía acudir, a quienes llamaba a la sazón por sus nombres y que habían acabado también, pese a su carácter poco sociable, por incluirlo nominalmente en la lista de su clientela. Max observaba su reacción cuando entraba en sus tiendas, procediendo a realizar pequeñas compras —un paquete de Kleenex en una, un diario de la tarde en otra—, mirándolos cada vez con más fijeza, pero sin que los otros diesen la menor muestra de reconocerle.

El primer día incluso, al salir de su antigua farmacia, se topó de pronto con la mujer del perro, flanqueada por este último a la izquierda y por su marido a la derecha. Era la primera vez que Max los veía a los tres reunidos. Parecían más bien contentos de estar juntos, pero no mostraron la menor reacción al encontrarse con él: incluso se cruzaron sus miradas durante unos segundos, pero se alejaron como si no existiese. Sólo el perro, tras un breve lapso de latencia, se volvió hacia Max dirigiéndole una mirada perpleja, reduciendo un instante la marcha y frunciendo el ceño, ese olor me dice algo, maldita sea, en algún sitio lo he olfateado, pero ¿dónde? Con ánimo de tomarse tiempo para profundizar sobre el particular, el animal se detuvo incluso para soltar un larguísimo pis contra la rueda trasera derecha de un Fiat Panda mientras examinaba a Max, quien, a su vez, deseoso de comprobar una vez más la transformación de su aspecto físico, se inclinaba discreta y simétricamente hacia el retrovisor exterior izquierdo del vehículo. Luego, tras recibir un brusco tirón de correa por parte de sus amos, el perro pareció relegar al olvido el problema, desviando su atención hacia una bandada de palomas empapadas, hirsutas y arrugadas que —lo cual demuestra que son conscientes de su suciedad— acababan de tomar un baño lustral en un arroyo antes de arrancar pesadamente el vuelo.

Aprovechando que estaba en el barrio, Max desafió todavía más la prohibición intentando ver a su hermana. Se limitaría a mirarla sin intentar hablar con ella, sólo para cerciorarse de que todo iba bien. Procedería con suma prudencia, sin mostrarse ante Alice, pues, pese a la pericia de los especialistas del Centro y dado lo que acababa de suceder con el perro, cabía dentro de lo posible que su propia hermana —la voz de la sangre y todas esas cosas— le reconociese por sí sola. Por eso prefirió apostarse no lejos de la entrada del edificio, ingenuamente oculto tras un periódico, y en efecto, tras una o dos horas de espera, vio salir a Alice, que se detuvo primero ante el porche al tiempo que consultaba el reloj. Y entonces, vaya, qué sorpresa, vio que Parisy salía a su vez del edificio, se reunía con ella y la cogía del brazo. El atuendo de Parisy, una leve dejadez en su traje unida a cierta llaneza, cierta familiaridad en su comportamiento, permitía conjeturar que el agente había acabado embaucando a la

hermana de Max, que tal vez estaba viviendo con ella e incluso quizá, sorprendente perspectiva, se había instalado en el estudio de Max. Con todo, a éste le dio la impresión, de lejos, de que Alice hablaba con cierta sequedad a Parisy, quien contestaba agitando su otro brazo, en una palabra, que parecía que andaban ya a la greña. Max los miró alejarse sin seguirlos antes de echar a andar. Continuaba mirando a toda la gente con la que se cruzaba en las calles, haciendo cábalas sobre la condición de cada uno: tal vez había alguno entre ellos que había pasado por el Centro como él antes de regresar allí, incluso tal vez eran muchos, tal vez en realidad eran una mayoría.

Una vez transcurridos los dos días de recuperación, Max comenzó como estaba previsto su trabajo vespertino de barman. El bar no solamente resultó estar vacío por las mañanas sino casi siempre. No lo suficiente, no obstante, como para que Max pudiese tomarse sus obligaciones a la ligera: siempre se dejaba caer algún cliente, hacia última hora de la noche, en ocasiones solitario pero muchas más veces acompañado de una mujer. Max observó muy pronto que solía ser la misma mujer pero no el mismo cliente y que sus breves tránsitos por el bar —conciliábulos en voz baja durante los que salían a relucir cifras— concluían las más de las veces con la petición de dos copas o incluso de una botella para subir a la habitación, y enseguida comprendió de qué iba la cosa. Así pues, no había mucha gente para distraerle, lo que no quitaba para que, a veces, le pidieran también cócteles atípicos, cuya preparación era sumamente dificultosa. Tampoco podía contar con el alcohol para distraerle: sobre ese punto, daba la impresión de que, desde su tentativa de tomar pisco en Iquitos, las ansias étlicas de Max curiosamente se habían evaporado.

Y cada noche, a eso de la una y media, regresaba a su habitación tras hacer la caja y limpiar el bar. Se quitaba la chaquetilla roja y lo demás, y se acostaba de inmediato, revisando sus recetas de cócteles en un libro especializado y esforzándose en memorizarlas. A continuación se dormía con dificultad en su gran cama, pues las camas grandes, no lo olvidemos, están ideadas, se diga lo que se diga, para dormir dos entre sus sábanas, las cuales a su vez están concebidas para doblarlas entre dos. Véase, si no, lo incómodo que le resulta a un hombre doblar solo una sábana grande, estorbado tanto por su persona como por la propia sábana, véase el penoso esfuerzo que se ve obligado a realizar con sus cortos brazos para abrirlos como se requiere. En cambio entre dos, mientras se dobla la sábana hablando de otra cosa, todo pasa a ser mucho más sencillo —con un interés añadido, incluso: esa íntima estrategia que consiste para ambos, desde lejos, desde los dos extremos de la sábana que les separa, en prever por anticipado en qué sentido va a darle la vuelta el otro tras haberla doblado para acoplarse a su movimiento.

Pero véase también cómo suceden las cosas. Tras unas penosas semanas de soledad embutido en su chaqueta roja, Max acabó conociendo a alguien. Como ocurre con frecuencia en la vida, el encuentro se produjo en su lugar de trabajo, en el hotel. La recepcionista. No era en absoluto un mamarracho como le había parecido de

entrada. Era por el contrario una rubia alta un poco pelirroja, nada del otro mundo pero tampoco estaba tan mal, siempre vestida más bien sexy con tacones muy altos. Hubiera podido reparar en ella antes, pero lo cierto es que, los primeros días en el Hotel Montmorency, Max no había reparado en nada, ni siquiera en que no cesaba de llover.

Hasta que un día el cielo tuvo a bien despejarse. Max se cruzó con la recepcionista no lejos del hotel, en plena calle, en medio de una mancha de apacible sol. Iba con un niño, de unos cuatro o cinco años, que no dejaba de quejarse con voz inquieta de que le seguía una cosa negra, que estaba allí, que no quería irse. Pero si es tu sombra, cariño, le contestó la mujer, no es nada. Bueno, no es que no sea nada, pero es tu sombra. Esa frase decidió a Max, que se sentía bastante sombra de sí mismo, a interesarse por aquella mujer. Actuaría progresivamente. Tenía tiempo.

Tenía tiempo pero aun así todo fue más rápido de lo previsto. Max le propondría un miércoles tomar café juntos, de acuerdo. Le regalaría unas flores, totalmente de acuerdo. El domingo siguiente, como no trabajaba en el bar, la invitaría a cenar, tanto más de acuerdo cuanto que el hijo de la recepcionista dormiría en casa de su abuela. Se aventuraría a piropearla de manera manifiesta, absolutamente de acuerdo, y Max, a decir verdad, no se contendría ni se reconocería a sí mismo: es usted tan femenina, le diría trazando curvas en el aire, es usted la viva imagen de la feminidad. Ella se reiría entonces con una risa muy bonita. Sería madre soltera y se llamaría Félicienne. Qué preciosidad de nombre, diría entusiasmado Max. Y lo bien que le sienta a usted. Tanto es así que aquella noche acabarían en un hotel cercano, no muy distinto del Montmorency.

La noche siguiente, al acabar el trabajo, Max acudió a casa de Félicienne, y las noches siguientes no dormiría ya muchas veces en su habitación del hotel. La recepcionista vivía en un apartamento de tres habitaciones apenas mayor que el de Bernie en la calle Murillo, un cuarto de estar y dos habitaciones, en la mayor de las cuales dormía el niño, cuyo cociente intelectual todavía no había medido nadie, y que respondía o no, según su humor, al nombre de William, pero a quien llamarían en general el niño.

Durante los primeros tiempos, Max se limitaba a pasar las noches en casa de Félicienne, con quien se reunía después de hacer la caja del bar y de cambiarse de chaqueta, pero nada más levantarse salía escapado de su casa. Tras tomar un café en una cervecería próxima, pasaba a ducharse al hotel y salía a caminar por París, deteniéndose a veces en un cine: era preferible ver películas que mirar pasar el tiempo en el techo de su habitación inhospitalaria, tumbado en la cama como un muerto. Pero Félicienne supo convencerle poco a poco de que desayunara con ella, se aseara después que ella, la acompañara a casa de la cuidadora a dejar al niño y la escoltara hasta el Montmorency —eso sí, tampoco hasta la entrada del hotel, no había necesidad de que se enterara todo el personal: se separaban una calle antes.

Así fueron las cosas durante un primer periodo, pues a veces sucede que todo va deprisa, luego muy deprisa y al final demasiado deprisa: enseguida a Max se le adjudicó una copia de las llaves y se le asignó un estante del armario empotrado para su ropa de recambio, que aterrizaría rápidamente en la cesta de la ropa sucia que estaba junto a la lavadora, hasta que Félicienne, quien opinaba que Max no tenía nada que hacer durante el día, le enjaretó la plancha. A la responsabilidad de esa plancha le sucedió muy pronto la adjudicación de listas de compras, entre ellas gran número de artículos de limpieza en cuya etiqueta, tras mostrarle el armario de escobas y bayetas, Félicienne enseñó a Max a descifrar las instrucciones antes de usarlas, tarea que le mantendría ocupado mientras llegaba el momento de ir a buscar al niño a casa de la cuidadora. A partir de entonces, Max frecuentó mucho menos los cines, pues ahora pasaba el tiempo libre que le dejaban las compras y las faenas de la casa ante el aparato de vídeo de Félicienne, aprovechando que estaba abonada a un videoclub.

Tal evolución no es desde luego envidiable, pero, en el fondo, como sexualmente la cosa no funcionaba tan mal con Félicienne, esa vida en común no era peor que otra. Siempre era algo, a falta de otra cosa. Y así iba pasando el tiempo. Al regresar del trabajo, Max se encontraba a Félicienne durmiendo, esta le concedía un ratillo de amor al despertar antes de marchar al hotel a recibir a la parroquia y contestar al teléfono, dejando a Max, perdón, dejando a Paul, encargado de las faenas de la casa y regresando justo antes de que éste marchase a su vez al hotel a vestirse de rojo a fin de preparar spritz, bronx, manhattans y otros cócteles para una clientela que, dicho sea de paso, tendía a degradarse. Hablando en plata, los vagos hombres de negocios

provincianos que aprovechaban su paso por París para disfrutar de una moza habían dado paso a una creciente población de autóctonos aficionados a ese tipo de mozas, y que a menudo no eran ni siquiera clientes del hotel, total, que había allí cada vez más putas, con frecuencia las mismas y con frecuencia simpáticas. A Max no le disgustaba —antes al contrario— ese cambio de parroquia, mucho menos exigente respecto a la dosificación y la calidad de los cócteles, que siempre le costaba lo suyo preparar como Dios manda.

Habida cuenta de sus condiciones de trabajo, Félicienne y Max se veían poquísimos en realidad, salvo los domingos cuando sacaban a pasear al niño, niño que, al principio hosco con Max, acabó dejándose domar, hasta el punto de mostrarse con él muy natural, cada vez más natural, muy pronto demasiado natural para el gusto de Max. Los domingos iban al Champ-de-Mars, a Les Halles, a los parques, o a dar una vuelta por los Campos Elíseos. A Max siempre le invadía cierta desazón cuando Félicienne le proponía ir a pasear al parque Monceau. Ya no temía la estatua de Gounod junto al quiosco de las bebidas, ni siquiera la de Chopin junto al espacio reservado para los niños, donde el niño pataleaba siempre para conseguir que le dejaran dar una vuelta más en lo que fuera.

Así y todo, Max empezaba a cansarse. Curiosamente, se había habituado bastante deprisa a su nuevo aspecto físico, en cambio le costaba mucho más aceptar que le llamasen Paul, aunque tal vez acabara también acostumbrándose. Y así pasaba el tiempo en un ambiente de sala de espera, hojeando revistas tan caducas, machaconas y arrugadas como la propia Félicienne. Porque, en el fondo, qué sabía Max de Félicienne salvo que ésta desvariaba de manera delirante repitiendo siempre lo mismo, asegurando con amargura haber tenido en su juventud unas medidas de ensueño, don de lenguas y un oído de fábula. Pero, al ser de origen modesto, se había visto obligada a ponerse muy pronto a trabajar, sacrificando una carrera múltiple de top-model mundial, intérprete internacional y concertista universal al abandonar el piano. Mientras cortaba la pierna de cordero de los domingos, Max ocultaba tras su indiferencia el alivio que le producía esta tercera información.

Indiferencia, sí, a ese punto llegarían. No duraría mucho aquella aventura con Félicienne. Y es que el amor —en fin, cuando digo amor no sé si es ésa la palabra— no es solamente volátil sino asimismo soluble. Soluble en el tiempo, en el dinero, en el alcohol, en la vida cotidiana y en un puñado de cosas más. Y sexualmente, por ejemplo, aquello ya no iba a ser en absoluto lo mismo de antes, pues Félicienne se mostraba cada vez más reticente sobre el particular. Hasta tal punto no era ya lo mismo que Max escuchaba con frecuencia, pensativamente, un disco que había encontrado en una prendería junto a la puerta Saint-Denis, *The Best of Doris Day*, lo cual provocaba que Félicienne, como si sospechara algo, se descompusiera y le preguntase cómo podía perder el tiempo escuchando semejantes gilipollecas. Tampoco contribuía a arreglar las cosas el que Max cada vez aguantara menos al niño, quien, técnicamente muy precoz, acaparaba el aparato de vídeo para su uso

exclusivo, privándole de ver, como era su deseo, una de las dos cintas protagonizadas por Dean Martin —los grandes papeles de su vida en *Some Came Running* y *Río Bravo*— adquiridas el mismo día en la misma prendería.

Así transcurrieron unas semanas cada vez más mustias hasta aquella noche en que, en el bar, mientras discurría el modo de poner término a su lío con Félicienne, Max se hallaba preparando con escasa técnica un alexandra —cuya composición tampoco es de las más complejas: tres partes iguales de coñac, crema de leche y crema de cacao—. Mientras lidiaba con la crema de leche, demasiado compacta tras una prolongada estancia en la nevera, vio entrar de lejos a un hombre bastante bajito acompañado por una inmensa pelirroja apenas vestida.

Max conocía un poco a la pelirroja, una de las nuevas asiduas, y le caía bien. Era una chica simpática consumidora de whisky-fizz, que es una bebida refrescante servida directamente en un vaso largo, una de las cosas más sencillas de preparar. Max, demasiado concentrado en su tarea, no prestó atención al nuevo admirador que la acompañaba, quien, tras sentarse con ella ante una mesita al fondo del bar, se levantó al cabo de unos segundos y se dirigió hacia Max, sin duda para solicitar lo que deseaba consumir. Pero Max, por el momento, tenía otra cosa que hacer que atender a un cliente, pues acababa de derramar toda la crema de leche en la coctelera y, sin alzar la cabeza, se disponía a mandar a paseo al maromo. ¿Señor Max?, farfulló el maromo.

Max se sobresaltó, agravando la dispersión de la crema de leche y alzando los ojos hacia el maromo. Bernie.

Señor Max, repitió Bernie fascinado. Pero ¿qué hace usted aquí? Llevaría tiempo explicártelo, dijo Max restregándose un chorro de nata que le había caído en la manga, pero ¿cómo me has reconocido? Bernie no pareció entender la pregunta. No sé, es usted, dijo, ¿por qué? (Ésos son los amigos de verdad, se enterneció Max para sus adentros.) No sabe lo que me alegra volver a verle, aseguró Bernie, me he preguntado tantas veces qué había sido de usted. Como no parecía estar al corriente de nada, Max evitó extenderse sobre el particular. ¿Y tú qué, inquirió, qué es de tu vida? Tuve problemas con Parisy, contestó Bernie, ¿no se lo ha contado? Es que me enfadé con él, no era un tipo legal, me fui justo después de que diera usted el concierto en la sala Gaveau, ¿se acuerda? Desde entonces no he vuelto a verle. Claro, se desentendió Max, comprendiendo que Bernie, quien aseguraba siempre no leer nunca la prensa, no había debido de enterarse de lo que le había sucedido, ni de su desaparición ni por supuesto de todo lo demás. Pero enseguida encontré algo mucho mejor, prosiguió Bernie. Ahora me dedico al negocio del espectáculo. He roto por completo con el mundillo de la clásica, organizo espectáculos, bueno, no exactamente. Monto tournées de conciertos, por decirlo así, y no me va nada mal. Cualquiera se esperaba encontrarle aquí.

Sí, dijo Max, me he desvinculado un poco de lo que hacía antes, ya sabes, el ambiente artístico y todo eso, yo también necesitaba cambiar de aires. Ya, dijo Bernie con tono dubitativo, ¿y está usted a gusto? No mucho, dijo Max, pero no es para siempre, ¿me entiendes?, es algo provisional. Un hombre de su condición, la verdad, deploró Bernie, encontrarse aquí. No conocía este sitio, pero no me parece nada del otro mundo. Sólo he entrado a tomar una copa con una amiga. Claro, dijo Max dirigiendo una afable sonrisa a la amiga, lo que provocó que Bernie se mirase un instante los pies. Bueno, dijo éste tímidamente, si quiere usted cambiar, quizá podría ayudarle. ¿Tú crees?, fingió sorprenderse Max con aire desenvuelto. Claro que sí, dijo Bernie, estoy seguro de que puedo encontrarle algo, ¿sigue tocando el piano? Verás, es un poco complicado, dijo Max, pero bueno, de momento ¿qué te pongo? Aquí sirven sobre todo cócteles, ¿no?, preguntó Bernie. Pues sí, reconoció Max. Bien, pues tomaré un arco iris, decidió Bernie. Espere un momento, que le pregunto a mi amiga qué quiere tomar. Deja, dijo Max, creo que lo sé.

Cuando Bernie regresó al día siguiente, solo, Max se dedicaba a secar vasos, mientras miraba distraídamente a las dos o tres chicas sentadas aquella noche con sus clientes. Si bien le consolaba que alguien le hubiera reconocido por fin, le preocupaba un poco desobedecer las instrucciones de Béliard. Claro que en el fondo no había provocado él aquella situación. Bernie le había reconocido, había actuado espontáneamente y ahora regresaba a verle. Y también se había informado: un

conocido suyo llamado Gilbert acababa de abrir un establecimiento por la zona de Alésia. Un sitio muy fino, precisó Bernie señalando con un ademán a las chicas, nada que ver con esto. Un local nocturno, muy distinguido, la mar de tranquilo, y resulta que falta un pianista. ¿Qué me dice usted? En principio, lo tengo un poco complicado, dijo Max, pero al fin y al cabo. Sí, ¿cómo podía enterarse al fin y al cabo el personal del Centro? Ciertamente que suponía trabajar de nuevo en un bar —lo cual, dado el pasado de Max, respondía a la justicia inmanente o a la neurosis del destino—, pero, por otra parte, quizá fuese esa la ocasión de deshacerse de una vez de Félicienne. Tampoco sabía cómo proceder exactamente, por lo que expuso la situación al detalle a su ex guardaespaldas. Escucha, Bernie, verás, no puedo más, estoy harto de esa mujer. No tengo ni idea de cómo librarme de ella. Eso es pan comido, señor Max. Vamos a hacer lo siguiente.

El domingo siguiente, tras el paseo con el niño, Max anunció a Félicienne que la invitaba aquella noche a cenar en un restaurante, sería una excelente ocasión para presentarle a un amigo suyo.

Quedaron delante de un gran restaurante especializado en pescado, en la plaza del Odéon. Allí les esperaba Bernie, muy elegante, muy tieso, embutido en un traje negro, informal y de buen gusto, nada que ver con los atuendos que le conociera Max. Este sólo había podido ponerse el sórdido traje gris que le dejara Schmidt y una corbata de rayas que le había comprado Félicienne sin acertar a elevar el listón. Apenas entraron, el personal les atendió con una solicitud que nada tenía que envidiar al restaurante del Centro. Félicienne, impresionada por el ambiente, y por la elegancia de Bernie, tuvo buen cuidado de no evidenciarlo. Aprovechando que se ausentó un instante antes de que se sentaran a la mesa, Max parlamentó un momento con Bernie. Se me había olvidado una cosa, le dijo. Dígame, señor Max, dijo Bernie. Escúchame bien, esta noche no me llames así, ¿conforme? Me llamas Paul a secas, ya te explicaré. Estupendo, dijo Bernie, mi hijastro se llama igual, así no se me olvidará.

Tal vez ha quedado claro que Max no es el hombre más alegre, relajado ni locuaz del mundo, pero, tan pronto se sentaron a la mesa, se convirtió en otra persona. Sin dejar de esgrimir una sonrisa sucesivamente afectuosa, cómplice, seductora, afable, distendida y generosa, tomó desde el principio la palabra y ya no la soltó, hilvanando con chispa toda suerte de anécdotas y sutiles ingeniosidades, delicadezas y cumplidos, ocurrencias y chascarrillos, agudas observaciones y citas insólitas, recuerdos imaginarios y evocaciones históricas, sin ponerse pesado en ningún momento ni querer parecer demasiado brillante. Bernie se partía de risa a la menor cosa que dijera Max, y Félicienne, fascinada, miraba a éste con una ternura inédita y grandes ojos emocionados.

Y así, desde el aperitivo hasta el postre, Max ejecutó un número deslumbrante. Félicienne y Bernie, pendientes de sus labios, sonreían y reían sin cesar. Ella se volvió varias veces hacia Bernie para que el delicioso amigo de Paul fuese testigo de lo bien que se lo pasaba, mientras el delicioso amigo de Paul posaba de vez en cuando una mano discreta en el hombro de Félicienne para corear su hilaridad. Ambos se miraban a ratos, encantados como espectadores entusiastas sentados en butacas contiguas por el azar de las localidades y que espontáneamente, sin conocerse, se sienten cómplices en su fascinación. Delicioso ambiente, encantadora velada. Algunos clientes sentados alrededor, incluso los propios camareros, el mundo sonreía seducido a aquel trío dirigido por un Max en plena forma.

Cuando de repente, al filo de una frase, este plantó bruscamente el tenedor en el plato al tiempo que su sonrisa se petrificaba y clavaba en Félicienne y en Bernie una mirada glacial. Silencio desconcertado en torno a la mesa. Pero bueno, dijo con voz cambiada, ¿qué os habéis creído vosotros dos? ¿Acaso os pensáis que no he

observado vuestro tejemaneje? ¿Os imagináis que no veo vuestro juegucito? ¿Os cabe en la cabeza que voy a tolerar esto ante mis ojos? Y Max, levantándose, sacó un fajo de billetes del bolsillo interior y lo arrojó sobre la mesa antes de desaparecer para siempre, sin pronunciar una palabra más, y esgrimiendo una amarga expresión de dignidad ofendida.

A la mañana siguiente, se reunió con Bernie en un café cerca del Châtelet. Bueno, preguntó Max, ¿qué tal estuve? ¿Lo hice bien? Muy bien, señor Max, dijo Bernie, estuvo usted perfecto. Pues mira, a ti te lo debo, ¿sabes?, dijo Max, fue idea tuya. ¿Cómo se lo tomó ella? Pobre chica, dijo Bernie, andaba perdida, y había que consolarla, pero yo me ocupé de eso. La acompañé a su casa, y luego ya sabe usted lo que pasa en estos casos. Muy bien, dijo Max, hiciste bien. Bueno, en fin, dijo Bernie, he quedado con ella el jueves. De todas formas ándate con cuidado, se inquietó Max, el trato con ella no es nada fácil. Descuide, dijo Bernie, conozco el paño, pero ¿ahora dónde va a dormir usted? No quiero volver al hotel, anunció Max. Ningún problema, dijo Bernie, se viene a vivir conmigo. Pero es que ya conozco tu casa, recordó Max. Es muy pequeña. Me he mudado, dijo Bernie, ahora vivo en el bulevar du Temple, es menos elegante que la Plaine Monceau, pero tengo mucho más sitio, ahora puedo permitírmelo, ya vio usted el traje de anoche. Por cierto, dijo Max, tendré que pagarte la cena. Tranquilo, señor Max, dijo Bernie, ya lo arreglaremos más adelante. De momento vamos a ver a Gilbert.

El establecimiento que acababa de abrir Gilbert era grande, oscuro y silencioso a esas horas, lo que le sucedía a Gilbert a todas horas. El marco era elegante, sobrio y distinguido, cosa que Gilbert resultaría ser igualmente. O sea, que es usted pianista, dijo. Hombre, matizó Max, digamos que lo he sido. El señor Max es un gran artista, ratificó Bernie, abriendo desmesuradamente los ojos. Verá, dijo Gilbert, lo que pasa es que necesito a alguien de confianza, conozco todos los problemas que acarrear los músicos, ¿sería tan amable de interpretar algo? Pero hombre, Gilbert, se indignó Bernie, no irás a hacerle ese feo, olvidas que es un artista internacional. Ningún problema, dijo Max, como quiera, ¿qué le gustaría oír? Música clásica o de piano-bar, como prefiera. Comoquiera que Gilbert le dejó campo libre, Max interpretó de un tirón *Laura*, *Liza* y *Celia* seguidas de un par de polonesas. Coincide perfectamente con lo que busco, consideró Gilbert, pero en ese mismo instante se abrió violentamente la puerta del establecimiento e hizo su aparición Béliard, visiblemente furioso.

Sin dirigir un saludo ni una mirada a Gilbert y a Bernie, Béliard caminó hacia Max con paso decidido. ¿Qué le dije yo?, gritó. Si cree que no le vigilamos, anda equivocado. Lo que está haciendo es una doble infracción, no es correcto, supone una doble violación de nuestros reglamentos. No sólo se da usted a conocer, espetó. No ha sido culpa mía, le interrumpió Max señalando a Bernie, me ha reconocido él, la culpa la tienen sus cirujanos, que hicieron mal su trabajo. Pongamos que sea así, vociferó Béliard, pero encima está usted ejerciendo su antigua profesión. En absoluto, se defendió Max señalando el piano, sólo les estaba mostrando a estos caballeros lo que sé hacer. Bueno, dijo Béliard calmándose un tanto precipitadamente, pase por esta vez.

Estaba cambiado desde los tiempos del Centro. Ya no hacía gala de aquella frialdad altiva, ausente y distante que había desagradado a Max apenas se conocieron. Ahora parecía muy tenso, muy susceptible, tan propenso a crisparse como a claudicar. Gilbert y Bernie optaron por retirarse a un anexo. Salgamos de aquí, decidió Béliard, fuera estaremos más tranquilos para discutir.

Salieron. La calle. Los coches que pasaban. Las distintas músicas de las radios de los coches que salían de las ventanillas bajadas. A veces no eran más que unidades rítmicas, otras veces profundos bajos que producían escalofríos en la espalda. Al principio caminaron sin decir nada, hasta que Béliard tomó la palabra. He venido a poner un poco de orden, indicó pausadamente. Ahora me va a hacer usted el favor de volver a su trabajo en el bar, verdad, al hotel adonde le destinamos. Ni hablar, dijo Max. No quiero volver al bar, declaró con voz firme, considero que no me merezco eso. Empieza usted a tocarme las narices, Delmarc, se puso a gritar de nuevo Béliard, me está complicando tremendamente la vida. No es usted un cliente nada fácil, ¿se entera?

Pero, una cosa, ¿qué hace usted aquí?, preguntó Max, yo pensaba que trabajaba usted fijo en el Centro. Me han dado una comisión de servicios, dijo Béliard, me encuentro un poco cansado últimamente. Y además quería ocuparme de usted. Me quedaré unos días aquí, lo justo para poner orden en lo suyo. Además, tengo que resolver otro problema más importante. Una persona se escapó del parque —¿se acuerda usted del parque?— y tengo que encontrarla. Va a ser trabajoso, realmente muy trabajoso. Antes tendría usted que descansar, observó Max. ¿En qué hotel se aloja? No lo sé, dijo Béliard abatido, acabo de llegar, no he tenido tiempo de ocuparme de ello. ¿Conoce alguno?

Tras desaconsejarle el Montmorency, Max le sugirió que se alojara en el Holiday Inn de la plaza de la République. No está mal, ponderó, es confortable y céntrico. Además, tengo un amigo que me ofrece alojarme en el bulevar du Temple, a dos pasos de la République, estaremos cerca y podremos vernos cuando usted quiera. Quizá, dijo Béliard encogiendo los hombros, no lo sé. Estoy realmente cansado. Sí,

quizá lo haga. ¿Está lejos de aquí la République? Un poco, dijo Max, será mejor que coja un taxi. Bueno, dijo Béliard, de acuerdo. Luego añadió recobrando el aplomo y agitando un dedo: Pero no se le ocurra hacerme ninguna putada, ¿eh? No le haré ninguna putada, dijo Max, vaya al hotel. Se acomoda a gusto, descansa bien y mañana por la mañana le llamo, ¿de acuerdo? De acuerdo, dijo Béliard, quedamos así. Max llamó a un taxi y Béliard subió sin añadir una palabra. Max lo miró alejarse. Béliard, a decir verdad, parecía completamente deprimido.

Nada importante, dijo Max al regresar al café de Gilbert, un amigo, que está pasando un mal momento. Bien, prosigamos, ¿toco alguna cosa más? No es necesario, dijo Gilbert, me ha parecido muy bien. Bueno, dijo Max, entonces, ¿cuándo empiezo? Pues digamos el lunes, propuso Gilbert. No sabe cuánto me alegre, exclamaba diez minutos después Bernie, en otro taxi que los llevaba hacia el bulevar du Temple. Señor Max, estoy orgulloso de usted. Yo sí que te doy las gracias, dijo Max. Y una cosa, a partir de ahora podrías llamarme Max, a secas. O Paul. Como quieras.

El nuevo apartamento de Bernie, en el número 42, era en efecto más espacioso que el de la calle Murillo, pero también mucho más ruidoso, pues daba directamente al bulevar. Como la habitación del hijastro estaba desocupada —ahora está en Suiza, explicó Bernie, un gran colegio privado en Suiza, porque es que cada vez es más inteligente—, Max se instaló en ella sin ir a recoger sus cosas al hotel. Un adelanto al que había consentido Gilbert le permitiría renovar su vestuario al día siguiente, una vez se reuniese, como habían acordado, con Béliard.

Este estaba mucho menos excitado que la víspera. He dormido bien, anunció, y me he quedado descansado. Me hacía falta. Sin que Max necesitara abogar por su causa, no puso más pegos a su trato con Gilbert. Admito que lo de meterle en el Montmorency era un poco severo, juzgó, bien pensado haga lo que quiera, ya hablaré con Schmidt. Aprovecharé que estoy aquí para hacer un poco de turismo, ¿tiene algo que hacer esta tarde? Sólo unas cuantas compras, dijo Max, porque necesito ropa, pero podemos cenar juntos esta noche, si le parece. Pásese por casa de Bernie, a mi amigo le hará ilusión conocerle. Así que Béliard se pasó por casa de Bernie, simpatizó con Bernie, regresó la noche siguiente y la siguiente, hasta que al final pasó a cenar cada noche y acabaron acostumbrándose a él.

Así como Max se mantenía firme en su nueva sobriedad, resultó que Béliard, ocasionalmente, cedía de buena gana a los estímulos espirituosos. Una noche de excesos, se sinceró un poco, evocando de modo confuso su vida diaria en el Centro —parece que no, pero trabajar allí es duro. A pesar de su aspecto exterior, Lopez es un tipo temible—, y algunos episodios de su trayectoria profesional también. Conforme apuraba copas ante la mirada inquieta de Max y de Bernie, evocó con voz pastosa una supuesta misión durante la cual había tenido que atender a una joven en apuros. Por aquel entonces comenzó a trabajar en el Centro, trató de explicar, era un periodo de prácticas, y resultaba especialmente horroroso estar de prácticas, aseguró

volviéndose a escanciar, allí le imponen a uno ser bajo, feo y malo, cuando a mí sólo me gusta lo que es hermoso y bueno, pero, en fin, tuve que pasar por eso. A todas luces Béliard deliraba.

Corrían los días, y Béliard, que había empezado a beber mucho, en ocasiones desde por la mañana, acudía a diario al bulevar du Temple, hasta el punto de que muy pronto hubo que alojarlo allí permanentemente. Bernie le despejó otra habitación y lo paseaban, lo llevaban al Louvre o al museo de Orsay, lo arrastraban hasta la Mer de sable o Versailles, o a respirar el aire saludable del parque des Buttes-Chaumont. Comoquiera que no ponía ya ninguna objeción a que Max trabajase en el café de Gilbert, Béliard le acompañaba una noche sí otra no, sentado a una mesa muy cerca del piano con un vaso que no dejaban de llenarle, y absolutamente empeñado en opinar sobre la música al concluir la actuación.

Pero ese proceso de alcoholización le condujo, como sucede en ocasiones, al abismo de la depresión. Cuando Béliard comenzó a quejarse sin cesar de su soledad, pese a tener que cargar constantemente con él, buscaron nuevas soluciones. Bernie le ofreció incluso presentarle a chicas. No chicas complicadas, le explicó, chicas sencillas y simpáticas, como por ejemplo las había a montones en el bar del Montmorency, pero Béliard se negó en redondo. Mi condición me lo prohíbe, balbució con solemnidad de borracho. A Max, aunque no hizo ningún comentario, le pareció esnob ese rechazo a comprometerse con mortales.

Comenzó pues una época difícil en la que Béliard se quejaba tanto y tanto, que hicieron todo lo que pudieron por ayudarlo. Le aconsejaron que consultara a un médico, pero no confiaba en la medicina de las almas. Max, que recordaba haber atravesado momentos difíciles similares, se brindó a facilitarle antidepresivos de todo tipo, productos con litio que hubieran podido aportarle algún alivio, pero Béliard también se negó. Rechazaba cuanto le proponían. Ya no sabían qué hacer con él.

Hasta que, no se sabe muy bien ni cómo ni por qué, la situación mejoró poco a poco. Al cabo de unas semanas, Béliard comenzó a sentirse mejor. Sin por ello pasar a la fase maníaca, clásico ciclo de la depresión, el humor de Béliard fue serenándose: volvió a vérselo sonreír, entablar conversaciones e incluso tomar iniciativas. Max y Bernie no necesitaron ya devanarse los sesos para encontrarle distracciones: salía solo todas las tardes, con la guía de espectáculos en el bolsillo, y ya no se le veía hasta la hora del aperitivo —asunto sobre el cual, por lo demás, parecía en vías de moderarse.

Mientras que desde que vivía en casa de Bernie no había movido un dedo para ayudar en nada, ahora Béliard podía regresar por la noche trayendo, por propia iniciativa, alguna cosa para la cena. Lo cierto es que estaba progresando: se hacía la cama nada más levantarse, ayudaba a fregar y a limpiar y restregaba la bañera antes de salir del baño. Asimismo acompañaba gustoso a Max al supermercado, y no ponía tampoco la menor pega a la hora de cambiar una bombilla o de llevar las botellas vacías al contenedor verde de la esquina de la calle Amelot sin que nadie se hubiese atrevido a pedirselo. El huésped ideal: amable, colaborador y tan discreto que Max, que regresaba tarde de su trabajo en el café de Gilbert y que por lo tanto también se levantaba tarde, a veces no se lo cruzaba en todo el día.

Uno de esos días en que había desaparecido —rumbo a la Sainte Chapelle, el Gran Rex o la sala Drouot—, Max aprovechó la tarde libre para ir a los Grandes Almacenes du Printemps con el prosaico designio de renovar su ropa interior. Rápidamente solventado ese asunto, deambuló un rato por las distintas plantas de los almacenes, sin ánimo de comprar nada ni más propósito que detenerse, aquí y allá, ante cosas que no necesitaba en lo más mínimo, una cabina de ducha multifunción, un televisor 16/9 o por ejemplo una panoplia de cuchillos —para verduras, para tomates, para el pan, para jamón, para salmón, para deshuesar, para cortar lonchas y para mechar—. Entretanto escuchaba distraído los anuncios que difundía la megafonía y que podían hablar de una semana de la cortina, de rebajas en electrodomésticos, del 20 % de descuento en los estores o de doña Rose Mercœur, a quien alguien esperaba en el servicio de atención al cliente de la planta baja.

Desde luego no es un nombre tan infrecuente pero en el fondo por qué no. Tampoco era, antaño, el apellido de Rose, pero todo el mundo tiene derecho a casarse. En definitiva resultaba todavía más improbable que en Passy o en Bel-Air pero al fin y al cabo tenía tiempo, sí, por qué no ir a echar una ojeada. Sin embargo, salta a la vista que esa situación le pone un poco nervioso, que avanza discretamente hacia la escalera mecánica, sin aparentar prisa, con el mismo aire desenvuelto —pese a los latidos de su corazón— que si, acabando de cometer un robo, temiera ser observado: no es cosa de traicionarse con un gesto sospechoso bajo la vigilancia electrónica de las videocámaras. En la escalera mecánica, Max siguió fingiendo esa lentitud distendida. Luego, al llegar a la planta baja, buscó con mayor nerviosismo el

servicio de atención al cliente y, una vez lo encontró, imagínate que esta vez era ella, sin la menor duda ella en persona.

Enseguida saltó a la vista que Rose, quien no había cambiado tanto en unos treinta años, digamos cambiado normalmente, se había hecho retocar la nariz, cosa que a Max le produjo cierta contrariedad. Como se recordará, en tiempos, aquella nariz no era quizá lo más hermoso de su cuerpo, pero precisamente, precisamente. Apenas un pelín aguileña, quedaba tan bien enmarcada en un rostro perfecto que, antaño, resultaba enormemente turbadora. Bueno, ahora la nariz había pasado a ser tan hermosa como lo demás, y aunque daba un poco de pena, tampoco había que insistir en tonterías. En cualquier caso era una excelente intervención de cirugía plástica, totalmente a la altura de los profesionales del Centro. En cuanto al atuendo de Rose, esta no vestía en el servicio de atención al cliente ninguna de las prendas en las que reparara Max el día de su persecución en el metro. Vestía bastante clásica, un conjunto de jersey y chaqueta de cachemira color camello y falda de tweed moteada —no sin emoción, Max observó que la etiqueta del conjunto se había salido del jersey y asomaba del revés en su nuca.

Estaba sola. Parecía esperar a alguien. Reconociéndola, pues, de inmediato, Max quiso acercarse a ella, pero estaba claro que ella no le reconocería —cosa lógica dado el tiempo transcurrido, sin contar el tratamiento a que le habían sometido en el Centro—. No, evidentemente no lo reconocería pero, en el fondo, tratar de seducirla con su nuevo nombre y aspecto no dejaría de resultar excitante después de tantos años. Era mejor abordarla espontáneamente, pero algo retuvo a Max, pues tan embarazoso le resultaba su miserable paquete de calzoncillos metidos en una bolsa de plástico como el riesgo, una vez más, de que lo tomaran por un, aunque, en esta ocasión, pareciera menos justificado que con la mujer del perro. Aun así, aguardó un instante, lo justo para que se aplacaran los latidos de su corazón y para imaginar el modo de acercársele.

En ese preciso momento Max vio aparecer a Béliard al fondo de la planta y, atravesando toda la sección de perfumes, dirigirse hacia Rose y abordarla, en su caso frontalmente y sin preámbulos, como si la conociera de toda la vida. Entre Chanel y Shiseido, entablaron de inmediato una charla animada, natural y alegre, al principio de la cual Max, pasmado, vio cómo Béliard, con total familiaridad, arreglaba con un toquécillo la etiqueta del jersey de Rose, y la ponía en su lugar. Tras lo cual pareció insistir sobre un punto, argumentar con elocuencia y grandes gestos, siempre los mismos gestos, lo que sin duda indicaba que insistía sobre ese mismo punto. Conforme se prolongaba la conversación, Rose, por su parte, manifestaba cada vez más señales de aquiescencia, provocando con ello que la sonrisa de Béliard se hiciera más radiante.

Max no pudo evitar ir a su encuentro, como un fantasma, aunque no olvidemos que eso es lo que es, hasta que se detuvo a unos pocos metros. Cuando Béliard reparó en él, le indicó que se acercase sin dejar de esgrimir aquella sonrisa de oreja a oreja,

acérquese, hombre, que le presentaré. Paul, un amigo. Rose, una vieja amiga a la que había perdido de vista hacía tiempo, dijo Béliard ensanchando cada vez más la sonrisa, casi desesperaba ya de encontrarla. Max se inclinó torpemente ante Rose, quien se limitó a hacer un gesto con la cabeza sin mostrar, como era de prever, la menor señal de reconocerle. Ahora mismo nos íbamos, anunció Béliard, teníamos que hacer un recadito. Un momento, dijo Max. Discúlpeme, pero creo que a esta persona soy yo quien tenía que encontrarla. Ya, dijo Béliard con una fría sonrisa, lo sé. Lo sé perfectamente, pero quien se marcha con ella soy yo. Ya ve usted, así son las cosas en la sección urbana. Consiste en eso. Es lo que ustedes llaman infierno, en cierto modo. Entonces, ¿estamos de acuerdo?, añadió volviéndose hacia Rose, ¿la llevo de vuelta al parque? Querido Paul, a usted le veré luego.

Max, que al principio había permanecido inmóvil ante el servicio de atención al cliente, ve, destrozado, cómo Rose y Béliard se dirigen hacia las puertas vidrieras, las empujan y abandonan su campo visual hasta que, por puro automatismo, él arranca a su vez a andar. Al salir de los almacenes, los ve dirigirse hacia el bulevar Haussmann, en dirección oeste, pero él se detiene allí, ya sólo los sigue con la vista sin intención de alcanzarles. En el cruce con la Chaussée d'Antin, Béliard se vuelve, le hace un leve gesto y Max, más muerto que nunca, ve cómo reanudan la marcha y van haciéndose más pequeños bulevar adelante, hasta doblar a la derecha y desaparecer en la calle de Rome.